BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

SUMARIO

ARTIGAS, MIGUEL: *Un artículo inédito.*—ESCALANTE, LUIS DE: *Artigas y la Sociedad de Menéndez Pelayo.*—COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE: *Artigas entre nosotros.*—VÁZQUEZ LÓPEZ, ENRIQUE: *Don Miguel Artigas en sus ocios de ateneísta.*—RÍO SAINZ, JOSÉ DEL: *El Santander de Miguel Artigas.*—SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Artigas íntimo.*—AGUILERA, IGNACIO: *Artigas: Curriculum vitae.*—*Noticiario necrológico.*

AÑO XXIII 1947 NÚM. 4

SANTANDER

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

AÑO XXIII - OCTUBRE - DICIEMBRE, 1947. - NÚM. 4

SUMARIO

ARTIGAS, MIGUEL: *Un artículo inédito.*—ESCALANTE, LUIS DE: *Artigas y la Sociedad de Menéndez Pelayo.*—COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE: *Artigas entre nosotros.*—VÁZQUEZ LÓPEZ, ENRIQUE: *Don Miguel Artigas en sus ocios de ateneísta.*—RÍO SAINZ, JOSÉ DEL: *El Santander de Miguel Artigas.*—SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Artigas íntimo.*—AGUILERA, IGNACIO: *Artigas: Curriculum vitae.*—*Noticiario necrológico.*

SANTANDER

ALDUS, S. A. de Artes Gráficas.—Santander

† D. MIGUEL ARTIGAS FERRANDO

Busto de Barral en la Biblioteca de Menéndez Pelayo

†

AL INSPIRADOR Y GUÍA DE NUESTRAS EMPRESAS MENÉNDEZPELAYISTAS, A NUESTRO PRESIDENTE DE HONOR, AL PRIMER DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA, AL HOMBRE CABAL Y AL FIEL AMIGO

La Sociedad y la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

UN ARTÍCULO INÉDITO DE ARTIGAS [1]

«Aunque la ciencia no tenga patria, la tienen los hombres que la cultivan, y nunca medra mucho un pueblo que tiene que vivir de ciencia importada, a cuya elaboración él no contribuye, porque la conciencia de su propio atraso se lo veda.»

Estas palabras de Menéndez Pelayo, que fué, en el siglo pasado, el despertador de la conciencia científica nacional y sus notables trabajos de reivindicación, han sido y siguen siendo en España la bandera de una Escuela que contra todos los pesimismos decadentes ha logrado afirmar y renovar el sentido nacional; en muchos aspectos la obra de Menéndez Pelayo puede compararse a los *Discursos* de Fichte, que tanto contribuyeron a levantar los ánimos de Alemania.

Desde muy antiguo, desde los tiempos en que España tuvo contra su imperio la opinión de gran parte de Europa, fué un lugar común negar o desfigurar la aportación española a la obra de la cultura en el mundo. Esta enemiga contra España culminó en la famosa pregunta de la *Enciclopedia* francesa: *Que doit on a l' Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu' a-t-elle fait pour l' Europe?*

Esta pregunta no quedó sin respuesta adecuada y justa, y fué precisamente en una Memoria o Discurso leído en la

[1] *Nota de la Redacción.*—Estas cuartillas, sin título alguno, que se encontraban en la mesa donde trabajaba D. Miguel Artigas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, debió escribirlas en 1938, durante su estancia en Santander, y con el propósito de leerlas en conferencia pública.

Academia de Berlín el 26 de enero de 1786 por el sabio italiano el Abate Denina, donde se respondió, con brío y con copia de datos, a tan impertinente cuestión. Resucitado más tarde el problema se han amontonado tal cúmulo de datos y de pruebas en defensa de la aportación española a la obra de la cultura del mundo, que no un simple artículo, sino varios volúmenes, pueden llenarse con ellos.

Más que una aportación nueva, más que un resumen de la actividad cultural de España, serán las líneas que siguen una revisión panorámica y una a modo de fijación de puntos esenciales: un esquema.

Los trabajos modernos sobre la Prehistoria de la Península ibérica son tantos, y tan notables y conocidos los descubrimientos, que basta citar el nombre de la Cueva de Altamira para demostrar que en aquellos remotos y oscuros tiempos florecía en España un arte realista magnífico que aún hoy es la admiración de los artistas y de los hombres de ciencia. Publicaciones recientes de especialistas han hecho luz suficiente sobre estas manifestaciones artísticas primitivas en éste y en otros numerosos descubrimientos.

También de las influencias de los fenicios y griegos han quedado muestras en muchos de los territorios, donde estaban asentadas las viejas colonias, y cada día, sobre todo en los últimos años, se han hecho excavaciones de gran interés científico y artístico.

Situada España en el extremo occidental de Europa entre los dos mares, Mediterráneo y Atlántico, y frente al Continente africano, los atrevidos exploradores conocieron pronto las riquezas naturales del país, que fué visitado por exploradores y negociantes, que establecieron pronto un intercambio comercial. Hasta en la Biblia hay un eco de las riquezas y del tráfico de las naves, y la misma Mitología situó en el sur de España el escenario de sus creaciones. Todavía no está clara la cuestión de la Atlántida.

En tiempos ya históricamente documentados deja de ser España pronto tierra de colonias y de mercados para convertirse en una provincia romana, con una cultura y una civilización romanas, pero que recoge y salva precio-

sos elementos de los pueblos aborígenes. Es más, en lo que se llamó edad de plata de la literatura romana, los principales y más originales de sus escritores, como Lucano y los Sénecas, eran españoles.

Y no eran sólo los literatos y filósofos españoles los que influían en Roma. En todas las clases sociales descollaban notablemente. Hubo bien altos dignatarios y hasta emperadores españoles, como Teodosio, Adriano y Trajano.

Séneca, espíritu fuerte y sutil, fué acaso el pensador más original de Roma; y el senequismo arraigó tan fuertemente en el alma española, o el filósofo español supo dar vida tan eficaz y duradera a sus ideas, que aún hoy el nombre de Séneca es en España sinónimo de sabio. Sabido es que en la Edad Media continnó esta influencia de Séneca de tal modo, que llegaron a confundirse sus escritos con los de algún santo moralista español.

La romanización de España fué casi absoluta y hasta el primitivo o los primitivos idiomas hicieron acatamiento a la lengua latina. Los restos romanos, que a cada paso se encuentran en España, son numerosos y los descubrimientos en este orden innumerables.

Una nueva fuente de vida espiritual vino a mantener viva y a fecundar la civilización y la cultura española. No es seguro, ni se sabe precisamente cuándo empezó la predicación del Cristianismo en España; pero parece cierto que alguno de los Apóstoles o discípulos de los Apóstoles fueron los primeros en extender estas doctrinas en la Península. La romanización preparó el terreno y por eso es verdaderamente asombrosa la rapidez e intensidad de su propagación. Los nombres de los poetas Juvenco y Prudencio en el siglo IV, son una muestra de cómo el idioma y el arte latino pudieron ponerse en servicio, muy pronto, de las nuevas ideas.

La inmigración de los Visigodos en España puso aquí en contacto a los dos pueblos, germanos e hispano-latinos. Ya entonces, en el siglo V, los pueblos del Norte que entraron en España, tenían conocimiento y profesaban el cristianismo en alguna de sus sectas o ramas. Tras algunas

luchas entre los hispano-romanos y los germanos en el último decenio del siglo VI, se celebra el III Concilio Toledano y el Rey Recaredo hace la solemne unión religiosa de los dos pueblos.

Esta convivencia y fusión tuvo gran importancia en la cultura y civilización. Modernas investigaciones y estudios como los *Monumenta Germaniae Historica* y el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum* de Viena, han derramado abundante luz en este período de la historia española.

En el siglo siguiente, VII de la era cristiana, da sus frutos esta fusión latina-germánica y es entonces cuando aparece el gran español Isidoro de Sevilla, que en sus numerosas obras viene a ser el testamentario y difusor de la cultura romana durante cuatro siglos. Sus *Etimologías* son una especie de enciclopedia que manejaba el mundo culto de las escuelas en los días tristes que sucedieron a la caída del imperio romano. Gracias al *ardente spiro d' Isidoro*, como decía el Dante, no se apagó del todo la lumbre de la cultura antigua en la Europa Occidental.

A comienzos del siglo VIII desaparece el reino visigodo ante la invasión de los árabes, que durante siglos vivieron en tierra española, en guerra, es cierto, pero con largos períodos de paz y de tratados, que dieron ocasión a que la cultura hispano-romana y la cultura árabe se influyesen mutuamente. La literatura mozárabe y el arte mudéjar fueron creaciones de la convivencia de árabes y cristianos.

Después de la conquista de Toledo esta convivencia se convirtió en verdadera colaboración, y es de notar la trascendencia que para la cultura europea tuvo lo que se ha llamado después el Colegio de Traductores de Toledo, que introdujo importantes textos árabes en el acervo de la cultura europea. Dominico Gundisalvo y Juan Hispalense extendieron así los textos de Avicena, Algacel, Avicebrón y otros varios. Se traducían primero los textos árabes en lengua vulgar, que después se escribían en latín escolástico, y se divulgaba en todas las escuelas europeas el pensamiento griego a través de los árabes. A esta escuela o colegio acudieron también extranjeros: ingleses, italianos y

el conocido Herman, el alemán. Esta empresa, trasmisora de la ciencia oriental a Europa, se continuó más tarde con más intensidad, por Alfonso el Sabio, y a semejanza de Toledo se fundaron colegios de traductores en Sevilla y Murcia. Munk y Renán han estudiado, con gran copia de datos, la filosofía arábigo-española y han hecho destacar la figura gigantesca de Averroes, cuya influencia en el aristotelismo escolástico ha sido estudiada en Alemania por Werner y en Italia por Florentino, principalmente. La erudición moderna ha sabido analizar y estudiar este movimiento de ideas extraordinario de la España Medieval, en la que surgió, como ya dijimos, el metafísico Domingo Gundisalvo, que con su sistema da un valor filosófico a la labor de los traductores de Toledo, merced a la cual el pensamiento alejandrino se filtra en la escolástica y es fuente, por una parte, de las herejías varias de aquel tiempo, y aviva, por otra, los sistemas ortodoxos de Alberto Magno, de Tomás de Aquino y de Escoto.

En la importantísima publicación *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittel alter*, se han publicado muchos tratados de este período oriental español.

Al lado de los árabes es preciso poner a los pensadores judíos españoles, cuya histórica evolución ha sido reconstruída en las obras de Munk, de Geiger, de Guggenheim, de Benedetti y otros que nos han dado a conocer el pensamiento de Gabirol, Judá Leví, Maimónides y de los escritores de la Cábala.

Pero no era España en la Edad Media solamente trasmisora, fué creadora también de sistemas y de pensamientos originales, como el *lulismo*, que tomó su nombre del mallorquín Raimundo Lulio, y cuya influencia, muy grande en su tiempo, se ha trasmitido hasta las obras de los nominalistas modernos. Un filósofo español más, que ha logrado fama y renombre, gracias, sobre todo, a la traducción y comentarios por Montaigne de su libro *Teología Natural* o *Libro de las Criaturas*, que es considerado como uno de los antecedentes y precursores de Descartes.

De esta ligera enunciación resulta claro que tanto en

los tiempos anteriores a la historia documentada como en los de las repercusiones de las civilizaciones griega y latina, en ésta sobre todo, España ha contribuído indudablemente a la cultura del mundo. Los restos arqueológicos y artísticos de las edades prehistóricas y las excavaciones cada día más numerosas y hechas con mayor rigor científico, son una prueba de que España supo no sólo asimilar los elementos culturales de otros pueblos y razas, sino que, además, supo poner en ellas el sello propio de su carácter. La cultura y civilización romana está patente, sobre todo, en los escritores hispano-romanos, que convierten a España en una prolongación de la historia de Roma. Y es Isidoro de Sevilla el último representante de esta cultura, el que mantiene viva su influencia en la primera Edad Media.

Asimiló también ricos elementos de las gentes germánicas que vinieron a nuestro suelo.

La guerra de la reconquista tuvo tan absorbidos y ocupados los pensamientos de los españoles y tan alejados de la comunicación del resto de Europa, que el Renacimiento, con sus nuevas ideas, tardó algo más que en Italia en sentirse en España, aunque nunca faltaron hombres de ingenio y erudición que participaran de este movimiento moderno. El Dante es conocido, imitado y traducido en la primera mitad del siglo XV, y en la corte aragonesa de Alfonso V encuentran protección real humanistas italianos, como el Panormita, Lorenzo Valla y Jorge de Trebisonda.

Termina la Edad Media española y comienza la moderna en los últimos años del siglo XV con la conquista de Granada y el fin de la Reconquista.

No es preciso insistir en la importancia que para la cultura occidental tuvo esta guerra de siglos. En las varias invasiones que España tuvo que contener, libró a Europa de caer bajo el dominio árabe que le amenazaba. Expulsados del territorio peninsular los árabes, una nueva y trascendental empresa comenzaron los españoles: completaron el mundo con el descubrimiento y colonización del otro nuevo. Sólo este hecho, el más importante en la historia

moderna, bastaría para ser la gloria y orgullo de una nación. Fué idea de un genovés italiano, que, haciéndose eco e intérprete de un vago presentimiento generalizado tiempo hacía, se lanza a descubrir nuevas tierras, o más bien por un error de cálculo, a encontrar un camino más corto para las tierras de Indias; pero fué España, que acababa de salir de su gran empeño de la Reconquista, el pueblo que tomó sobre sí tan magna empresa y le dió un aspecto y un carácter de obra civilizadora. Las consecuencias que el descubrimiento y colonización de América trajo para la cultura universal, fueron trascendentales, y los españoles, con ocasión del descubrimiento, trasformaron viejas ideas y enriquecieron el contenido y los términos de los conocimientos humanos, que hubieron de aplicarse al nuevo objeto que se presentaba ante sus ojos.

La navegación, la geografía, la astronomía, el derecho, los conocimientos lingüísticos y de las ciencias naturales, encontraron nuevos problemas y nuevos ideales. El espíritu de misión, el afán de civilizar a las nuevas gentes, despertó un celo extraordinario y constante.

Los Reyes, para regular las relaciones jurídicas y sociales de sus súbditos del Nuevo Mundo, aprovecharon el saber y la prudencia de sus Universidades y de sus hombres de ciencia, y con las *Leyes de Indias* levantaron los españoles de entonces un ejemplar monumento de justicia.

Es cierto que en España preocupaban entonces, sobre todo, los problemas del espíritu, y que la teología era la ciencia de las ciencias; pero las ideas fundamentales de la Teología católica, aplicadas a los problemas que el descubrimiento traía consigo, obligaron a resolver otros problemas más inmediatos o no tan apartados de la vida y realidad histórica. Un teólogo español, el P. Vitoria, en sus famosos tratados estudió moral y jurídicamente el derecho de conquista y los derechos de los indígenas americanos, y estableció las normas fundamentales del Derecho de gentes o Derecho internacional antes que Grocio escribiese sobre este asunto.

Entonces, en los últimos años del siglo XV y principios

del XVI, comienza la que se llama *Edad de Oro* de la cultura española, porque en Teología, en Filosofía, en Derecho, en Bellas Artes y en otras disciplinas, sobresalieron los ingenios españoles. Sólo un catálogo de los más notables llenaría muchas páginas. Baste decir que fueron españoles los teólogos que llevaron el peso de las discusiones del Concilio de Trento, que vino a asentar los principios y la disciplina del Catolicismo. Entre los filósofos es suficiente nombrar a Luis Vives, renovador de los estudios, amigo y corresponsal de Erasmo y autor de muchos estudios, en los cuales modernamente se han señalado los antecedentes de nuevas tendencias filosóficas, y a Suárez, cuyas doctrinas han corrido por el mundo y que han merecido un fundamental estudio de Werner.

En la vida del pensamiento, en el aspecto especulativo, trae España los sistemas que Menéndez Pelayo llama *Senequismo*, de Séneca, que trasforma el estoicismo clásico y le convierte en el puente del cristianismo y sigue influyendo en el pensamiento por medio de sus comentadores y apologistas hasta nuestros días. (Los tratados y estudios alemanes y franceses sobre Séneca son numerosos); el *averroísmo* y el *maimonismo*, derivado de las obras de Averroes y Maimónides y sus discípulos; el *Lulismo*, de Raimundo Lulio, que tiende a reducir las antinomias y quiso identificar la lógica y la metafísica, fundando una especie de realismo racional; el *Vivismo*, de Vives, o filosofía crítica que coloca frente al principio de autoridad el de la razón, proclama la necesidad de la experiencia y de las observaciones y traza un método de renovación de los conocimientos humanos; el *Suarismo*, del P. Suárez, con su sistema completo de Filosofía, que no es el escolasticismo o el tomismo, sino una derivación o superación del mismo, muy española; doctrina dentro de la más pura ortodoxia católica, que ha tenido y tiene todavía numerosos partidarios, principalmente en la Compañía de Jesús.

Hay que advertir que durante el siglo XVI el Imperio español se extendió a gran parte de Europa y suscitó por esto una gran oposición, que abarcó no sólo al campo polí-

tico, sino al de las ideas y dió lugar a que se formara un frente antiespañol en religión, en historia, en filosofía, en literatura y en todas las manifestaciones de la cultura.

De entonces nacen los primeros ataques a España y las primeras negaciones del valor y de la significación de ésta en el mundo. Sobre todo, después del Concilio de Trento, convertida España en cabeza directora y en brazo poderoso de la Contrarreforma, tiene que sufrir las envestidas de los adversarios y se encuentra en cierto modo aislada en un mundo de enemigos, que aprovechan todas las ocasiones y todas las ideas para hacer política contra España.

Sin embargo, dentro del campo de su influencia sigue trabajando y llega en el desarrollo de su arte y su ciencia a conseguir obras de gran valor, no sólo en el aspecto religioso y filosófico, sino en otros campos más o menos alejados de estas controversias.

En el reinado de los Reyes Católicos fundó el Cardenal Cisneros la Universidad de Alcalá y bajo sus auspicios y con la colaboración de eminentes filólogos, unos españoles, otros griegos y otros judíos conversos, se publicó la primera *Biblia Políglota*, impresa en Alcalá. También fué obra española, cincuenta años más tarde, la edición de la *Biblia Políglota de Amberes*, hecha bajo la dirección de Arias Montano. Estos trabajos presuponen una previa formación humanística y un florecimiento de estos estudios.

Nebrija, nuestro gran filólogo, que intervino en la *Políglota Complutense*, fué quien comenzó en España a enseñar y propagar el estudio racional de las disciplinas clásicas, y a él y a sus discípulos, numerosos y muy expertos, se debió, principalmente, la formación de una generación de humanistas.

Este fondo humanista y un conocimiento profundo de las letras griegas y latinas, sobre todo de estas últimas, da valor y vida a la literatura española de los siglos XV, XVI y XVII, y de esta levadura clásica y de la imitación decidida y programática de sus modelos, se deriva en el siglo XVII todo el barroquismo de conceptistas y culteranos españoles, si bien el genio nacional y la tenden-

cia realista de los escritores patrios, se levantan sobre todas las imitaciones, que les sirven de instrumento y de forma, para crear una literatura originalísima, como la novela picaresca, como el asombroso teatro de Lope, como la poesía de Góngora, como la genial y eterna concepción de Don Quijote de la Mancha.

De las artes plásticas, pintura, escultura, etc., nunca hubo cuestión, porque su gloria y esplendor son universales.

Es indudable que cuando el pensamiento europeo empieza a sacar las consecuencias de los principios apuntados y defendidos por Luis Vives, España, ocupada y preocupada por problemas de orden religioso y por empresas de otro carácter, de las que dependía su existencia, no participó, como hubiera podido y con la intensidad suficiente, para teñir con un matiz hispano las nuevas direcciones de la cultura. El *peripatetismo clásico*, el *ramismo antiaristotélico*, el *onto-psicologismo* de Fox Morcillo y el *cartesianismo*, anterior a Descartes, de Gómez Pereira y otros sistemas que estaban en germen en la filosofía de Luis Vives, no se desarrollaron con la necesaria amplitud en España y fueron pensadores extranjeros los que completaron nuestros sistemas. La especulación metafísica requiere una paz y una tranquilidad de ánimo de que España estaba muy alejada en el siglo XVII.

Fernando el Católico y su esposa Isabel habían, con una gran previsión política, echado las bases y puesto en marcha los antecedentes que pudieran libertad a su reino de las asechanzas de sus enemigos; el tiempo dió la razón a las previsiones y a la política que Fernando heredara de la Casa de Aragón, antagonista de Francia y a ello se debió que, bajo las coronas de su nieto Carlos V, el Emperador de Alemania y Rey de España, y del hijo de éste, Felipe II, se pudiera decir del Imperio español que en su extensión inmensa *no se ponía el sol.*

La grandeza de este imperio, para ser mantenida, necesitaba una vigilancia y una capacidad en las cabezas directoras que no era fácil se mantuviese durante siglos, si además se conjuraban contra ellas por varios motivos,

otras naciones y otras capacidades políticas. El lastimoso final de la monarquía austríaca, con Carlos II y el advenimiento al trono español de la dinastía francesa, cambiaron la dirección y los ideales de la tradición hispánica, y se encuentra España entonces en una difícil encrucijada entre dos culturas que no se compenetran, que no aciertan a soldarse.

Si en el siglo XVII Saavedra Fajardo, Campanella y Quevedo defienden el sentido y el valor de la cultura española contra las acusaciones e injurias de Mureto, Scalígero, Mercator, en la centuria siguiente, introducido y dominante en España el Enciclopedismo a través de la influencia francesa, ya no son solamente los extranjeros, son también algunos españoles los que escriben contra la tradición española. En realidad, en estas discusiones se confundían varias cosas.

Había en la vieja cultura tradicional algo llamado a desaparecer; pero los defensores de las novedades envolvían en sus ataques, con una generalización superficial, lo bueno y lo malo, y los defensores de la tradición, en sus censuras apasionadas, no separaban las cuestiones puramente políticas de las de tradición y cultura.

Desde entonces el ardor político se apodera de las plumas más doctas y la historia y el juicio del pasado se convierten en un arma política. Cavanilles, Denina y Forner en su *Apología por España y su mérito literario*, salen en defensa de la cultura española, cuando la Enciclopedia estampa aquel juicio tan injusto y depresivo para España. Estos escritos, y sobre todo el de Forner, hombre violento y mordaz, suscitaron una verdadera nube de disputas. No se hizo el silencio y la paz entre los españoles, que cada vez más divididos políticamente y en guerra de armas, ya no de plumas, sostuvieron luchas sangrientas en torno a las ideas tradicionales y liberales.

Ya bien entrado el siglo XIX volvió a encenderse la vieja polémica con ocasión de un artículo publicado por un discípulo de Krause, cuya filosofía, ya olvidada en Alemania, se había puesto en moda en España, convirtiéndose en

bandera del liberalismo progresista. En este artículo venía a reproducirse la acusación de la Enciclopedia; pero ahora el vindicador de nuestra ciencia no se contenta con discursos más o menos eruditos. Era éste un joven de clarísimo talento, que se llamaba Marcelino Menéndez Pelayo. Su refutación en defensa de la cultura española y de su influencia en la cultura universal, formó primero un pequeño volumen, que fué creciendo con nuevas aportaciones y estudios, y en la edición 4.ª llena dos gruesos tomos, con un total de un millar de páginas. Con espíritu tranquilo y objetivo y con gran erudición, examina el problema de *La Ciencia Española;* éste es el título del libro, que trae, además, interesantísimo inventario bibliográfico, en el cual se anotan cronológicamente y en una clasificación por materias, las obras escritas en España hasta el siglo XIX. Este inventario, incompleto, se ha ido completando y se ha ido aumentando considerablemente en los últimos años por los discípulos y continuadores de la obra de Menéndez Pelayo, que han sido y son cuantos se ocuparon y ocupan en España y en otras naciones, de los estudios históricos referentes a la cultura española. Como muestra de cómo está hecho y de lo que comprende este Inventario, analizaremos la parte correspondiente a la *Filosofía*, la materia más discutida y regateada al ingenio español.

Del siglo I de la Era Cristiana apunta a Séneca en sus *Quaestiones naturales* y en las *Epístolas a Lucilio*. De Quintiliano anota los libros *de Institutione oratoria*, como un ensayo de la filosofía del arte.

Del siglo IV cita la traducción del *Timeo*, de Platón, hecha a ruegos de Osio, obispo español, a los priscilianistas, y los *Poemas filosóficos* de Prudencio.

Del siglo V, el *Moesta Mundi*, de Orosio, verdadera filosofía de la Historia.

Del siglo VII, San Isidoro y Tajón, que en sus *Sentencias* sistematizó, por vez primera, la ciencia escolástica.

En el IX comprende a Galindo, impugnador del panteísmo de Escoto Erígena: *De divisione naturae.*

Desde el siglo X al XV examina la producción filosófica

arábigo-hispana y judaico-hispana; la influencia en las escuelas cristianas y en los primeros escolásticos peninsulares, entre los cuales incluye, con gran detalle de sus obras, a Lulio.

Tiene otro apartado para los escolásticos de los siglo XIV y XV y de los pensadores independientes en este período, como Sabunde y Fernando de Córdoba.

Sigue una enumeración de los escolásticos de los primeros años del XVI. Dedica sección aparte al *Averroísmo* italiano y al *Aristotelismo* alejandrino, helenista o clásico.

Comprende luego el examen de la tendencia antiaristotélica: el *ramismo* de Pedro Ramus. Viene luego el *platonismo* y *neoplatonismo*, con los traductores y comentaristas. Después los pensadores independientes: *Vivismo*, de Luis Vives.

Anota las producciones de la escuela *Luliana*, de Raimundo Lulio, y de su influencia fuera de España.

Recopila la bibliografía del *Peripatetismo* escolástico: tomistas puros, disidentes, escotistas e independientes y los rabínicos de los siglos XVI y XVII.

Recapitula la bibliografía de la decadencia del escolasticismo en el siglo XVIII.

Los innovadores filosóficos en España (gassendistas, cartesianos, empíricos, sensualistas, wolfianos, eclécticos), y termina con el grupo dedicado a los impugnadores del Enciclopedismo.

Creo que este rápido y compendiado resumen del contenido del apartado filosófico del Inventario de la Ciencia Española, tendrá más importancia que cuantas reflexiones y exposiciones pudiera yo hacer con objeto de dar a conocer su valor científico.

Téngase en cuenta que la Filosofía, a partir del siglo XVIII, ha sido muy poco cultivada en España y que no entran en el *Inventario* de Menéndez Pelayo las aportaciones de España a estas disciplinas en el siglo XIX, aunque es necesario decir aquí que, habiendo sido éste el siglo del liberalismo, de nada ha servido la libertad de pensar y escribir de que se ha gozado, porque la producción ha sido de muy poca importancia.

Veinte años después de haberse publicado *La Ciencia Española*, volvió Menéndez Pelayo a tratar el tema en un ensayo, al hacer la crítica de un discurso académico sobre *La cultura científica española* en el siglo XVI. Con gran ecuanimidad estudia en esta crítica el problema de la ciencia española. Hace resaltar en ella las aportaciones indudables de nuestros sabios a la cultura del mundo, pero señala también las lagunas que en el cultivo de las ciencias en España se notan y condensa así su pensamiento: «De la historia de la ciencia española, aun conocida de la manera incompleta que hoy la conocemos, se deduce una consecuencia de las más extrañas e inesperadas para los que persisten en el falso y romántico concepto que tradicionalmente se tiene de nuestro pueblo. En este país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas, y en cierto modo utilitarias. Lo que más ha faltado a nuestra ciencia en los tiempos modernos es desinterés científico. Libri tiene razón en decir que la única gloria que Dios ha negado a España hasta la hora presente, es la de producir un gran geómetra, y tiene razón, si por gran geómetra se entiende, como debe entenderse, un émulo de Euclides, de Leibnitz o de Newton. Pero, en cambio, abundan, y son de mérito indisputable, los científicos, que pudiéramos llamar *útiles*, en el sentido en que lo útil se contrapone, no sólo a lo bello, sino a la pura ciencia. Nuestros más eminentes astrónomos, aun en los tiempos modernos, son astrónomos náuticos: Ulloa, Jorge Juan, Galiano, Mendoza Ríos, Ferrer, Ciscar, Sánchez Cerquero. Los más positivos servicios de nuestros matemáticos del siglo pasado son el *Examen marítimo;* es decir, una aplicación de la Mecánica Racional a los progresos del arte de la construcción naval; y la Cinemática Industrial, es decir, otra ciencia aplicada a la composición de las máquinas. Nuestros grandes botánicos, sin exceptuar al mismo Rojas Clemente, que tuvo tan altas ideas de filosofía natural, prefieren el estudio de la Ceres al de la Flora, las plantas útiles a las plantas bellas, y tanto

o más que la botánica pura, cultivan la geopónica. Hemos tenido metalurgistas más bien que químicos propiamente dichos; si don Fausto Elhuyar descubrió el tungsteno y don Andrés del Río el vanadio, fué en los laboratorios de una escuela de Minería. El nombre más celebrado entre nuestros físicos, el de Salvá, es el de un electricista. Y así en todo, para no hacer interminable esta enumeración.»

Indudablemente, en los últimos años del siglo XIX y en lo que va del XX, en España se había realizado un esfuerzo grande en el campo de la cultura. Cuando empezábamos a recoger los frutos de la labor científica nacional, cuyo impulso más poderoso se debió a las enseñanzas de Menéndez Pelayo, a las que hasta sus enemigos de ideología aportaban también valiosa cooperación, esta guerra, que fundamentalmente es una guerra contra la cultura y la tradición, desencadenada y sostenida por la barbarie roja, que se ha ensañado con la civilización cristiana de occidente, ha paralizado su impulso, siquiera sea temporalmente. Esperamos que los nuevos días que ya amanecen redoblen nuestros ímpetus, y que, cancelando definitivamente el enervador influjo de la política del pasado siglo, vuelvan para España días de paz y de gloria científica.

† MIGUEL ARTIGAS.

ARTIGAS Y LA "SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO"

En esta velada necrológica que el Ateneo de Santander dedica a don Miguel Artigas, se me ha asignado el tema de *Artigas y la Sociedad de Menéndez Pelayo*, y he de ceñirme a él, aunque acaso me extralimite, llevado de los muchos recuerdos que la memoria del llorado y querido amigo en mí evoca.

Recuerdo la llegada de Artigas a Santander como si fuera hoy. Varias veces lo he contado.

Las referencias que de él se tenían y su triunfo en las oposiciones al cargo de bibliotecario, constituían sólo una fundada esperanza. Gracias a Dios, la realidad superó bien pronto a todo lo esperado.

Porque una de las características de Artigas era el dinamismo, la vitalidad expansiva, la invención. Como decíamos aquí familiarmente, discurría cosas, y una de las varias cosas que él discurrió fué la *Sociedad Menéndez Pelayo*.

Muerto don Marcelino, quedaban, por un lado, sus obras; por otro, su Biblioteca; aquéllas habían ya creado escuela, cuyo espíritu debía de continuar entre los discípulos y seguidores, y ésta era una cantera de investigación y estudio que había que poner a punto y facilitar a quienes de ella hubieran de servirse.

Parece que la misión del bibliotecario quedaba reducida a esta segunda labor, meritísima, sin duda alguna; pero Artigas no era un mero bibliotecario; era, como dije antes, un ingenio creador y vió claro que la difusión de la obra de don Marcelino y la transfusión de su espíritu a las nuevas generaciones de investigadores, historiadores y literatos, con significación perenne en el fondo como producto de un sólo embrión generativo, aunque varia y mudable en matices y accidentes a través de los tiempos y de las evoluciones del pensamiento, se conseguiría más fácil y eficazmente injertando en la Biblioteca una nueva rama que se nutriese de su savia y que sirviese de enseña a los que quisieran secundar aquella idea madre.

Y para unir todo ello y sacarlo a la calle, él fué el que discurrió, como decía, la *Sociedad de Menéndez Pelayo*, cuyo órgano de expresión era, nótese bien, el *Boletín*, no de la Sociedad, sino de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Así vinieron juntos a la vida *Sociedad* y *Boletín*, como fruto de un mismo pensamiento de Artigas.

Su iniciativa tuvo la acogida calurosa que era de esperar en este pueblo, tan devoto de la gloria de Menéndez Pelayo y tan orgulloso de éste su hijo predilecto.

A la reunión convocada para la formación de la Sociedad, en la Cámara de Comercio, el día 16 de octubre de 1918, la concurrencia fué numerosísima y de personas de toda clase, profesión u oficio, que para esto de rendir fervoroso tributo de admiración a don Marcelino, en este nuestro pueblo no hay diferencia entre doctos e indoctos, ni de posiciones sociales.

Todos conocimos a un estimable cobrador de arbitrios municipales en las puertas de la ciudad, muerto hace unos días, que, con privilegiada y envidiable memoria, recitaba, a quien oírle quería, el discurso entero que pronunció el maestro en la inauguración de la estatua de Pereda y otros largos trozos de sus obras.

La coincidencia no puede ser más significativa y convincente: la *Sociedad de Menéndez Pelayo* nació en la Cámara de Comercio.

Al declinar de la vida ¡con qué cariño, con qué nostalgia se evocan los tiempos de su plenitud en que se tendía la vista, segura y confiadamente, a lejanos y despejados horizontes! Auras acariciadoras, impregnadas de grises nostalgias, llegan a mí en la senectud al recuerdo de tantas personas queridas. Al leer actas, en las que ya la tinta toma ese tono parduzco de los años, revive ante mis ojos una pléyade de venerables y doctos varones, de jóvenes entusiastas, de acaudalados y modestos mercaderes, de profesionales, de humildes empleados y artífices, de gentes de toda condición, que sabían y conocían y querían confirmar, una vez más, que eran fieles a aquel mandato del Maestro a su Sidon Ibera, a su dulce Cantabria, tierra santa, la tierra de los montes y las olas, cuando en aquella cordial epístola, que todos recordamos, la apostrofó en estos términos:

Y no olvides jamás, patria adorada
que fueron como tú, de mercaderes
cuna y albergue Rodas y Florencia,
recuerda que el Magnífico Lorenzo
no fué educado en el feudal castillo
que alzó el señor germano entre las ruinas
de la inmortal helénica cultura,
sino en la abierta florentina lonja,
y de aquel mercader so el regio manto
medró la ciencia, sublimóse el arte;
la lámpara platónica encendida
volvió a brillar en manos de Ficino
y del latín en las marchitas frases
el alma juvenil de Policiano
supo infundir calor y nueva vida:
recuerda que togados mercaderes,
los que sus leyes al Oriente dieron,
cuando temblaba la inmortal Bizancio
del león de San Marcos al rugido,
ardieron en la misma noble llama:
que no el amor del oro allí extinguía
del genio vividor la pura llama

ni ha de apagarla en ti: con larga mano
premia el ingenio y al saber ayuda.

Premia el ingenio y al saber ayuda mandó el maestro y Santander no desdeñó el mandato.

De aquella reunión, en la abierta lonja de mercaderes cántabros, y por propuesta de don Manuel López Arana, muerto en la sede episcopal de Ciudad Rodrigo, y a la sazón capitular de la Santa Iglesia Catedral santanderina, que no podía faltar, tratándose de Menéndez Pelayo, la asistencia de la venerable Abadía de San Emeterio y San Celedonio, salió la primera Junta de Gobierno de la Sociedad. Presidióla don Carmelo de Echegaray, albacea de don Marcelino, de profundos conocimientos históricos especializados con la región vasca, de la que era Cronista, y varón de cristianas virtudes. Fué Vicepresidente el piadoso y castizo escritor don Eduardo de Huidobro, filólogo depurador del lenguaje en su *Pobre Lengua*, historiador de Cisneros, cuentista de depurado gusto en *A la buena de Dios* y *Castellanas*, y ferviente admirador de don Marcelino, que no dejó un sólo año de publicar en *El Diario Montañés* un erudito recordatorio el día del aniversario de su muerte. Quedaron nombrados vocales Roberto Basáñez, entusiasta y genuino hijo de Santander, que supo hermanar los menesteres de su comercio con una sólida instrucción y amor al arte, que lució tantas veces en estimables trabajos de revistas y conferencias de extensión universitaria. Alfonso Ortiz de la Torre, José María Quintanilla y Federico de Vial, tertulios de las Catacumbas de la Rúa Mayor, inmortalizadas por Pereda en *Nubes de Estío;* distinguido poeta el primero, que publicó tres libros en prosa *Amores de Verano*, *Los últimos alientos* e *Historia increíble*, y que sucedió a Echegaray en la presidencia; discípulo de *Clarín* el segundo, que perpetuó en los anales de las letras montañesas su pseudónimo de *Pedro Sánchez*, con críticas, crónicas y escritos variadísimos, y el tercero, personaje de señoril y original empaque, austero, estoico, incansable coleccionador de toda clase de documentos y escritos montañe-

ses, alma y vida de la Biblioteca Municipal, a la cual legó sus fondos bibliográficos de alto valor. Don José Ramón Lomba y Pedraja, también albacea y discípulo de don Marcelino, docto catedrático de literatura de la Universidad de Oviedo, crítico profundo, de juicios acertadísimos y vastísima erudición y cultura, famoso por su *El Rey Don Pedro en el Teatro*, sus estudios sobre Larra, Somoza y la Avellaneda y otros trabajos de subido mérito sobre escritores del siglo XIX. Fué Tesorero el ingeniero don José Pardo Gil, que une a sus conocimientos profesionales una gran cultura literaria, y que sabe de memoria, pues la tiene privilegiada, todos los versos y no poca de la prosa de don Marcelino. Yo, sin otro título que el heredado, figuré entre los primitivos vocales.

Secretario, como no podía menos, lo fué Artigas, y desde entonces continuó siéndolo, hasta que, al ser nombrado Director de la Biblioteca Nacional, pasó a ser Presidente perpetuo y honorario.

El más sentido recuerdo fué para el también glorioso hermano de don Marcelino, el inspirado y apacible cantor de la *Vida quieta* y de *Los interiores*, autor de la *Oda a Fray Luis* y de aquella *Golondrina*, en la que «el manso llorar de la niña pálida y el manso llorar de la noche triste», penetran y calan hasta lo más hondo de nuestros valles montañeses, en los que, «a la sombra de un roble», soñó y nos hizo soñar el amado poeta, a quien se nombró Presidente de honor. Agradeció don Enrique el nombramiento en una sentida carta exhumada por Sánchez Reyes en un número de nuestro *Boletín*, comparándose a «aquél que, velando solitario junto a su amado sepulcro, viera de pronto llegarse hasta él y rodearle, a muchedumbre de esforzados paladines, que, ostentando en su escudo la empresa y blasón del muerto, extendieran a una sus manos y juraran sobre aquella tumba llevar a buen cabo, no obra alguna de venganza, sino aquella otra por él comenzada, la de la segunda reconquista de la patria, reconquista espiritual, que más que nunca urgía continuar y dejar acabada».

Perdónenseme éstas, que acaso se estimen digresiones

impertinentes al tema propuesto, pero para mí son ineludibles, como sobreviviente que soy, en unión sólo de Lomba y de Pardo, de aquellos fundadores de la *Sociedad de Menéndez Pelayo*, con los cuales conviví muchos años, en el remanso ciudadano de la calle de Gravina, de fecundo silencio, de ambiente reposado y fraternal convivencia espiritual. El conventículo, como le llamaba Artigas.

Aquéllos se fueron, otros les sucedieron, que también son idos, como Argüello, el laureado poeta; Regatillo, el incomparable organizador de los Cursos de Extranjeros. Otros beneméritos les han sustituído, y hoy componen la Directiva de la Sociedad, y los primeros y los segundos y los actuales, todos puesta la vista en un mismo fin, hemos, a decir verdad, secundado, servido, continuado la obra de su único autor original: Artigas.

Ved los libros de actas, anales de la vida social, y allí leeréis Artigas propuso, Artigas dió cuenta, Artigas recordó, Artigas lo hizo todo, y cuando dejó de actuar como Secretario y pasó a ser Presidente honorario, continuó siendo el alma y el inspirador, en unión de su sustituto en la Secretaría efectiva: Sánchez Reyes.

Éste contó hace poco en el número extraordinario del *Boletín*, la labor entera llevada a cabo en veinte años de vida social. Sería prolija redundancia reproducirla aquí.

Yo os digo, como quien ha seguido esa labor día por día y paso a paso, que los trabajos, los afanes, los desvelos y el celo desplegado para llevarla a cabo han consumido una gran parte de la fecunda vida de nuestro querido y nunca bastante llorado Artigas, el bueno, el noble, el generoso, que sabía brindar a quien demandaba sus auxilios, temas, datos, antecedentes para trabajos e investigaciones, críticas históricas o literarias, siguiendo en esto, como en todo, los ejemplos del maestro.

Supo establecer y organizar, con los escasos medios, exclusivamente privados, con que entonces se contaba, los Cursos para Extranjeros que, andando los tiempos, han llegado a convertirse, después de varias vicisitudes, en la actual Universidad de Menéndez Pelayo.

Hoy las lejanas perspectivas y los cambios operados acaso no consientan apreciar en su justo valor aquella labor de roturación de un terreno virgen, pero aquel origen de los Cursos, preñado de estrecheces y dificultades, privados de toda clase de recursos, contando sólo con el trabajo personal de los que desinteresadamente le acometían con austeridad espartana y espíritu ateniense, constituye un esfuerzo, cuyo alto mérito sólo puede aquilatar quien reviva aquellos tiempos heroicos del proselitismo de la Sociedad, en que hasta los sobres se escribían y pegaban por los miembros de su Junta, bajo la dirección del infatigable Artigas.

El órgano de la Sociedad es el *Boletín de la Biblioteca.* Abridle y recorrer sus páginas, y en ellas salta a la vista más distraída la labor de Artigas en trabajos y publicaciones, pero no os darán cuenta de la otra labor oculta, que yace ignorada, y que ha de irse a buscar en los libros de actas. Quien no lo ha vivido no se penetra bien de lo que supone el dirigir y editar un *Boletín* de erudición y literario años y años, sin remunerar colaboraciones, sin contar con auxilios especiales; *Boletín* en el que se han publicado numerosos trabajos del mismo don Marcelino y de renombradas personalidades de la intelectualidad española y extranjera, y hasta un *Nuevo poema por la cuaderna vía; Boletín* que se lee en casi todos los centros de cultura, Academias, Sociedades, Ateneos y Universidades de España; en Portugal, en la Facultad de Letras de Coimbra e Instituto español de Lisboa; en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en América española, en Canadá, y solamente en los Estados Unidos en más de once de sus Universidades.

A todos estos centros de cultura llegan los trabajos que se fraguan en aquella Biblioteca, en que parece todavía aletear el laborioso espíritu de Menéndez Pelayo, gracias a la felicísima iniciativa de crear esta Sociedad, Biblioteca de la cual son inseparables la obra y el recuerdo de Artigas, que sigue presidiéndola en broncíneo busto desde su estancia central.

Tended la vista a las demás actividades sociales y en todas toparéis, necesariamente, con la mano de Artigas. Las publicaciones, que constituyen ya una completa bibliografía: *Cachetero del Buscapié*, Certamen Conde de Cerrajería, con su tema *La Patria y la región según Menéndez Pelayo*, cuyo premio se adjudicó a nuestro consocio y docto catedrático, más tarde Ministro de Educación Nacional, don Pedro Sáinz Rodríguez; la primera edición del *Epistolario de Valera y don Marcelino*, preparada por éste y Artigas; *Las Poesías de Lista*, ordenadas por Cossío; *El Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca;* las cartas de la Avellaneda, que prologó Argüello; *Las Poesías de Fray Luis de León*, anotadas por don Marcelino y prologadas por Artigas, y tantas otras que no enumero, porque todos las recordáis. Se deben esos eruditos trabajos a los especialistas, que de ellos se encargaron, como dicho queda, pero puede asegurarse que fueron casi siempre iniciativa de Artigas, que descubría y preparaba los materiales.

Tuvo otros varios proyectos no logrados, que nunca llega a granar toda la siembra, como aquel de fundar, de acuerdo con el Sr. Conde Montes, en Buenos Aires, una Sociedad de Estudios Hispánicos.

Hubo trabajos y gestiones de toda y varia índole que él acometió, como sus viajes a Madrid para recabar de la Academia de la Historia la revocación del acuerdo de destinar nuevamente a sus servicios las habitaciones que había ocupado don Marcelino y que se conservaban tal como él las habitó, y una muy curiosa y desconocida. Hizo Artigas un viaje de propaganda por los Centros Hispanistas de Alemania, de los Cursos de la Sociedad y de la Biblioteca, y en la reunión de la Junta de Gobierno del día 1.º de julio de 1926 expuso su extrañeza de que las obras de don Marcelino no figuraran completas, ni mucho menos, en las Bibliotecas alemanas, y propuso que la Sociedad estudiase el medio de extender a ellas el contenido de la obra del maestro, y el 29 de octubre se acuerda que Artigas vaya a Madrid para llegar a un arreglo con el editor de las obras completas para adquirir unas cuantas colecciones con des-

tino a las Bibliotecas de la Sección de Filología Románica de Alemania, Francia e Inglaterra.

Dije que después de ser nombrado Artigas Director de la Biblioteca Nacional cesó en la Secretaría de la Sociedad, pero continuó con el alma puesta en ella, siendo su Presidente honorario. Uno de los fines capitales de la Sociedad fué desde su creación conseguir la publicación de las obras completas de Menéndez Pelayo, editadas por don Victoriano Suárez con lentitud aterradora. En esa empresa fué donde puede decirse que culminó la inteligente pertinacia aragonesa de Artigas. No se percatan los que no han vivido esos largos años de incesantes gestiones, unas tras otras, todas infructuosas, de dictámenes en derecho de graves jurisconsultos, navegando sin brújula fija en el proceloso piélago de disposiciones, doctrinas y confusa jurisprudencia sobre propiedad intelectual, del empuje y el tesón que han sido necesarios para llegar la nave a feliz puerto.

Don Marcelino tenía convenido con don Victoriano Suárez la edición de sus obras completas, sin fijar plazo de publicación, y por unas o por otras causas transcurrieron más de diez años de la muerte del autor, que sólo había publicado en vida el primer volumen de la *Historia de los Heterodoxos*, y no pasaban de diez los tomos publicados, sin que insistencias de don Enrique Menéndez Pelayo y después de su viuda, herederos de la propiedad literaria, ni apremios de toda índole, lograran satisfacer a las cada día más numerosas solicitudes, de todas partes venidas, reclamando la publicación íntegra de las obras prometidas.

Ya en la Junta de 15 de octubre de 1923, Artigas dió cuenta de la propuesta de la *Editorial Voluntad* solicitando la intervención de la Sociedad para un posible traspaso de los derechos de Suárez, y el 29 del mismo mes se comisionó a don Alfonso Ortiz de la Torre y a Artigas para llevar a cabo esa intervención, y el 22 de noviembre notifica Artigas el fracaso de tan excelentes propuestas por un cambio repentino de parecer del Gerente de la casa Suárez, oponiéndose en absoluto a toda cesión de derechos.

Siguió este enojosísimo asunto siendo la constante

pesadilla de la Sociedad, y al cabo Artigas, ideando la transmisión de la propiedad literaria que tenía la viuda de don Enrique Menéndez a la *Sociedad de Menéndez Pelayo*, para que ésta pudiera actuar con absoluta libertad y eficacia, consiguió llegar al contrato con el Instituto de España y después con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, merced a lo cual va saliendo regularmente a la luz la *Edición Nacional de las Obras Completas*, dirigida por Artigas y preparada por Sánchez Reyes.

Sólo por este inapreciable servicio prestado a la cultura universal ha de ser reconocida como benemérita la Sociedad, y la prez del torneo nadie podrá disputársela al que desde su Secretaría pasó a ser su Presidente honorario.

Otras de las empresas de que puede enorgullecerse la Sociedad es la de haber incorporado a la Biblioteca la casa donde vivió y cristianamente entregó a Dios su alma privilegiada Menéndez Pelayo, convirtiendo el conjunto en un verdadero monumento nacional. Y también esto se debe principalmente a Artigas: él fué quien realizó las más eficaces gestiones con la familia de don Marcelino para comprar su casa, de la que ha llegado así a ser dueña la Sociedad, particularidad muy singular, ciertamente, el que sociedades de esta índole sean propietarias de inmuebles, adquiriendo un arraigo que las singularísimas características de la casa hacen ya inseparables perpetuamente, cuanto cabe dentro de lo perecedero de todo lo humano, el Hogar y la Sociedad de Menéndez Pelayo.

Sea la obra de Artigas ejemplo que todos secundemos en la medida de nuestras fuerzas, propaguemos con decidido entusiasmo las creaciones de su fecunda iniciativa, llevando a nuestra Sociedad a quienes quieran secundar la empresa, cuyo sólo nombre marca su destino, siga reinando la más fraternal unión en todos cuantos nos enorgullecemos con pertenecer a ella, sin olvidar nunca que el espíritu de don Marcelino, lo fundamental de su ideario, ha de ser lo que sirvamos, sin claudicaciones acomodaticias ni pleitesías a la moda intelectual tornadiza, y mucho más perni-

ciosa a las veces, que la de la atrevida indumentaria femenina.

No debemos ofrecer lágrimas por los muertos, sino oraciones, y de Artigas me atrevo a decir con el salmista: «Eterna será la memoria del justo; no temerá oír nada que le aflija.»

LUIS DE ESCALANTE.

ARTIGAS ENTRE NOSOTROS

Permítase al afecto que profesara a Miguel Artigas no ocuparme en esta ocasión de los aspectos que pudiéramos llamar públicos de sus trabajos de investigador o de sus desvelos de bibliotecario, sino de rebuscar en mi memoria y entre los papeles y cartas que de él conservo algunos rasgos de su personalidad, y de entre ellos, los más íntimos y abandonados, los que él jamás sospechara que pudieran salir a la publicidad. No contrarío, a mi entender, algún deseo al recogerlos e imprimirlos. Aunque no fueran destinados al público, creo que sirven para mejor conocer cualidades atractivas y honrosísimas de su carácter, y que el recuerdo de bondad jovial e inteligente que perdura, sin duda, en cuantos le trataron, se refrescará con estos trazos, y aun darán a conocerla a los que con él no tuvieron relación ni conocimiento.

Mi amistad con Miguel Artigas puede decirse que data de la fecha en que llega a Santander a hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca de Menéndez Pelayo; pero yo le recordaba, más que él a mí seguramente, de su estancia en la Residencia de Estudiantes madrileña, que yo frecuentaba, por tener en ella amigos, que lo eran de Artigas. Tal el poeta Jorge Guillén, a quien en varias cartas he de recordar, cuando redactaba la biografía de Góngora. Así, en marzo de 1923 me escribía a Valladolid: «*Amice: salve, et me ama.* He comenzado ya los preparativos para la parte

crítica de don Luis, y se me ocurre que, tal vez, esté por ahí Jorge Guillén, nuestro amigo, perfecto admirador de don Luis y frecuentador de los cenáculos parisinos, donde se rinde culto al gran cordobés. Yo quisiera tratar de orientarme en varias cosas; pero, sobre todo, en una ahora inmediatamente. La rehabilitación de Góngora ha venido a España por vía de simbolistas franceses. Verlaine puso aquello de «A batallas de amor, campo de plumas».

¿Cómo conocieron estos pajoleros simbolistas a don Luis? ¿Sabía Verlaine castellano? Item más. Bibliografía más o menos estética de los modernos admiradores franceses de Góngora. Si no estuviera ahí Guillén y te es fácil saber su dirección, mándamela, y yo le escribiré. Somos antiguos y residenciales amigos...» No recuerdo si hablé con Guillén o le envié la dirección que pedía, ni si Guillén le asesoró en esta parte de su estudio. El episodio simbolista ocupa en el capítulo XIV de su libro el lugar y espacio que a la economía de su estudio cuadraba. Dámaso Alonso había de publicar años andados, y precisamente en el *Homenaje* que le dedicamos a Artigas, un importante estudio, *Góngora y la literatura contemporánea*, en el que esta cuestión se discrimina y apura con la información, lucidez y pulso habituales en tan admirable crítico.

Ya que por un inciso he venido a reproducir y comentar esa carta, voy a copiar algunos párrafos de otras en que me habla asimismo de su fundamental estudio gongorino. He aquí cómo me daba cuenta del final de su trabajo. «Góngora se terminó (Dios sea alabado) y estoy ahora como dicen que están aquellos a quienes les amputan algo que todavía lo sienten vivo. Yo he probado a descansar y no puedo; me ha quedado una velocidad de bicicleta sin freno cuesta abajo... Con las cartas voy dándole pasto y cansancio. He escrito estos días a parientes lejanos, cosas oficiales, etc., etc.; he corregido pruebas... Llevó el trabajo 270 cuartillas a máquina (de aquellas proporciones). Unas 150 de igual tamaño manuscritas de notas, y siete apéndices...» Remitido el estudio al concurso académico, en el que había de ser premiado, no dió muestras de impacien-

cia, ni para nada pensó en la intriga. Aprovechó un viaje que tenía por objeto tratar en Madrid de la edición de obras completas de Menéndez Pelayo, que iba «a paso de vacas tudancas—con perdón de la raza montañesa—», me decía humorísticamente en carta de que reproduciré otros párrafos, para husmear en el asunto que le importaba. «Se habló de Góngora con algunos rabadanes; pero la discreción es una virtud particular de los grandes hombres, y fueron discretos. Tengo la impresión de que los dos trabajos concursantes no deben ser mejores que Góngora. Lo que falta es que éste dé la talla. Y Dios, sobre todo.»

Al salir el libro debí prometerle una recensión en la *Revista de Historia*, que publicaba esta Facultad en la Universidad de Valladolid. Al agradecerme el proyecto, me decía: «Te voy a proporcionar dos vergajos para que me pegues. Al hablar de lo que cobraba don Luis como capellán del Rey se han caído dos ceros, y resultan 700 y 800 maravedís, en contradicción manifiesta con el documento que se copia al pie. Se dice, o dijo el impresor, que el Rey Felipe III cayó enfermo en Covarrubias, léase Casarrubios. Buena ocasión para meterte conmigo.»

En 1915 llega a Santander, e inmediatamente pone mano en la tarea de ordenar, catalogar y organizar los servicios de la Biblioteca. Desde el primer día traba conocimiento con lo más selecto y prócer de la ciudad, y sobre todo le place conversar con los que conocieron a Menéndez Pelayo, de los que gustaba recoger datos, anécdotas y noticias referentes al gran polígrafo. Pero de entre ellos, su hermano don Enrique, fué cultivado por Artigas, como se debía a su representación familiar y a sus dotes excepcionales de bondad, agudeza y juicio. Yo recuerdo las reuniones en el despacho del director de la Biblioteca. Presidía el que llamábamos *conventículo*, don Enrique, y eran asistentes asiduos Alberto López Argüello, Elías Ortíz de la Torre, José María Quintanilla *(Pedro Sánchez)*, Luis Escalante, y Alfonso Ortiz de la Torre y don Carmelo Echegaray, cuando por dicha se encontraban en Santander. No eran ajenos a tales reuniones poetas como José del Río Sáinz y Gerardo

Diego, que a poco comenzaba su ruta poética precisamente con un *Romancero de la novia*, paralelo del *Romancero de una aldeana*, de Enrique Menéndez, y su primer libro, y como éste publicado en edición privada, destinada tan sólo a contados amigos. En estas reuniones se leyó y censuró el *Florilegio montañés*, que Elías Ortiz de la Torre había de publicar poco después, y se escucharon con deleite los capítulos de las *Memorias de uno a quien no sucedió nada*, del propio don Enrique. Tenía éste una memoria privilegiada y recitaba de coro largas tiradas de versos, especialmente de Zorrilla, su gran devoción poética. Aún recuerdo verle, ya ciego, en una sesión del Ateneo recitar de memoria la leyenda *A buen juez, mejor testigo*, sin errar un sólo verso. Por cierto que Artigas leyó unas eruditas palabras preliminares, en las que hacía, con la elegancia habitual en todos sus escritos, historia de los orígenes y vicisitudes del tema. Y es lo digno de saberse que al anunciársele antes del acto el propósito de publicar tan interesante estudio, se negó rotundamente a ello, y sin duda, por comprobar que no era falsa modestia lo que le impulsaba a la negativa, en el mismo acto, y en lo que don Enrique hacía su recitación, Artigas, ocultando las manos tras de la mesa, pero no tanto, que los que estábamos bien situados para ello no lo percibiéramos, reducía a pequeños trozos las cuartillas en que había escrito su comentario.

Día emocionante fué el de la reunión habitual del *conventículo* en el que don Enrique nos diera a conocer su espléndida *Invocación a Fray Luis de León*, verdadero «canto de cisne», como le calificó Artigas, auténtico testamento poético en que se transparenta toda la nobleza de su alma. Aunque don Enrique, ya ciego, no podía leer sus composiciones, gustaba de aparentar que las leía, y así solía recitarlas, tomando en la mano una resmilla de cuartillas en blanco en las que fijaba la muerta mirada, y a su tiempo pasaba las cuartillas como si hubiera terminado la lectura de lo escrito en cada una. Probó ser un apasionado amante del teatro, y quedó recuerdo de alguna prueba pública de actor felicísima, pero esta representación pri-

vada de una fingida lectura era verdaderamente impresionante, como ficción en la que, situado el actor entre nosotros, nos era dado apreciar el artístico disimulo de una auténtica desgracia.

Los versos de su invocación llegamos a saberlos todos de memoria, especialmente los que contenían la nobilísima confesión, tan verdadera y tan efusiva.

Nunca por el laurel que el triunfo abona
mi pobre corazón latió impaciente,
ni al ver en otra frente una corona
la de espinas sentí sobre mi frente...
. . . . . .
... ¡Goce el mundo del himno que ha sonado
y el nombre del autor quede ignorado
como voz que clamara en el desierto!
¡De Dios es toda gloria y todo acierto!
Él es el manantial de donde brota
toda agua de poesía; la corriente
que, en mil fragmentos rota,
a través de las almas se abre paso
y de la vida la aridez repara.
¿No será indiferente
que el agua surja, si surgiere clara,
por una u otra boca de la fuente?

He copiado estos versos, porque de ellos se acordó Artigas al dedicar a don Enrique un ejemplar del *Libro de miseria de omne*, que publicara por entonces. He aquí los versos afectadamente arcaicos de esta dedicatoria, que Artigas me envió, copiados en una carta:

Este viejo poema que ha seis siglos trobara
un monje que de Elines en San Martín morara,
fué el que en la primería la Montaña escuchara,
aquesta tierra noble e por sus fijos clara.

A Vos que agora sodes el su juglar mayor,
que acrescienta sus glorias e su prez e su honor,

vos dedica esta copia el fiel trasladador,
de antiguas escripturas feliz pesquisidor.

Recibid de este abuelo con amor el ditado,
e non paredes mientes cuando mal ha rimado;
como Vos a nosotros con vuestro canto alado,
él a su ruda gente bien habrá deleitado.

Muy tórvida es la suya e sabe fridamente,
cristalina e temprada es la vuestra corriente;
él es el caño tosco, Vos pulido e luciente;
por los dos surge el agua de la divina fuente.

Murió don Enrique, y en la Biblioteca y en el afecto de todos dejó un hueco de imposible relleno. Se le dedicó un número del *Boletín*, se planeó una edición de sus obras, se pensaron, y algunos se realizaron, otros proyectos de conmemoración y homenaje, y entre ellos cuajó el de dedicarle una *Corona poética*, al estilo de las usuales en casos semejantes en el tiempo romántico. Artigas acogió con entusiasmo la idea, de que creo fué autor Gerardo Diego. Decidimos que fuera un tomito de los que yo publicaba por entonces en ediciones privadas, con el título de *Libros para amigos*. Se titularía éste, *Sobre la tumba de Enrique Menéndez Pelayo.—Corona poética de sus amigos*. Se convocó a todos los que por paisanaje, amistad con el poeta o contacto con nuestro grupo, pensamos que podían acudir gustosos, y, naturalmente, Artigas se veía obligado a ser de los primeros. Acaso no pensó, al iniciarse la idea, el compromiso en que iba a ponerse. Salvo el juguete literario que he transcrito, y otro aún menos cuidado que transcribiré, creo que era la primera vez que se decidía a usar del medido acento, ya que no rimado. Su modestia y timidez se pusieron entonces a prueba. Por fin, escribió una breve composición alegórica, *Crepuscular*, cuyo envío me anunciaba en la siguiente carta. «Sin juramento me podrás creer que hace más de quince días que tengo *sobre la mesa* esa crepuscular, y que tengo hace quince días una vergüenza

atroz de enviártela. Temo que alguien tome el soneto de Quevedo, y diga:

Ten vergüenza, purpúrate, don Luis.

No los conocen más que Argüello y Elías Ortiz de la Torre, y creo que no les gustan. No se han atrevido a decírmelo. Tú verás si del primer ímpetu los rompes. Y nada más por hoy.

Ten vergüenza, purpúrate, don Luis.»

La alegoría del sol y de la nube (las palabras subrayadas por él son de un soneto, entonces muy repetido, de Ricardo León a la muerte de don Marcelino), enlazaba el recuerdo y la gloria de los dos hermanos, y la imagen y la dicción eran sobrias y dignas como correspondía al gusto y a los estudios de Artigas. He aquí la composición, que nunca ha trascendido de las páginas de una edición privada.

La luz del viejo sol *se hunde en las ondas*
tras la dorada nube
que, vestida del sol, radiante brilla.
Aún hay luz en la tierra, tibio el aire
lisonjea el sentido, y el recuerdo
se tiñe de esperanza.

Tras la nube está el sol y es sol la nube:
el corazón se aquieta
y el temor a la noche desaparece.

La nube se deslíe; negras tintas
el oro manchan que del sol es oro,
despierta el aire frío a los sentidos,
llega la noche oscura
y el aterido corazón se aflije.

La luz del viejo sol *se hundió en las ondas;*
la nube se esfumó, del sol vestida.

Por aquellos años, exactamente en julio de 1920, visitó la Montaña, en viaje de exploración folklórica, Aurelio M. Espinosa, el ilustre profesor de la Universidad de Stanford (California). Traía valiosas credenciales para que se le facilitara la búsqueda de cuentos populares, de los que habría de formar una colección ejemplar, editada, primero, en tres volúmenes (a falta del cuarto de estudios comparativos), por su Universidad. En la popular *Colección Austral* dió después una selección, que ha tenido la amabilidad de dedicarme, recordando aquellos gratos días, ya remotos, de la colecta. Tengo entendido que el *Consejo de Investigaciones Científicas* prepara para muy en breve la colección completa, con notas y estudios. Artigas le recibió en Santander, donde recogió los primeros cuentos entre los viejos asilados de las Hermanitas de los pobres. En una carta me avisaba de su proyecto de seguir la recolección por estos valles. «Ha venido a Santander en viaje folklórico el señor Espinosa, profesor de Stanford, director de *Hispania*, la revista de los maestros de español de Norteamérica. Ha publicado muy interesantes trabajos de folklore español de América, y viene a recorrer la provincia en busca principalmente de cuentos, de los que tiene teorías curiosas. Viene recomendado (aunque él solo se recomienda), por Schevill, don Ramón Menéndez Pidal, Bonilla, etc. Yo le aconsejo que se vea contigo en Tudanca, que le aprovechará mucho. ¿Quieres escribirme *el día* que puedes recibirle y cómo hará el viaje? Si fuese un día que me permitiesen mis quehaceres, le acompañaría yo también. Él está dispuesto a obedecer mis indicaciones. Es hombre muy simpático y ha de gustarte su conversación. ¿Desde allí no podría ir hacia Liébana o a Cabuérniga?...»

No pudo acompañarle en este viaje Artigas. Llegó Espinosa solo, en viaje primitivo por Cabuérniga, y desde allí, a caballo, hasta Tudanca. La estancia del ilustre profesor en esta casa fué para mí gratísima, y sin duda, el éxito de la recolección de cuentos y el ambiente aldeano, insólito para un profesor norteamericano, impresionaron a Espinosa, que en su revista *Hispania* publicó una relación

de esta visita. Pero antes había escrito a Artigas una graciosa carta en verso por la cuaderna vía, pues estaba aún reciente la publicación del poema de clerecía, de que antes hablé. Aunque se trata de una broma amistosa, reproduzco esta epístola, no poco graciosa. En la de Artigas se hace alusión a una molesta indisposición sufrida en Santander, en el Hotel Europa, por culpa de un malhadado pez comido, sin duda, en malas condiciones.

Mi bueno y fino amigo Artigas compañero,
perdone no haya escrito del mío paradero.
Debo darle las gracias por cierto a usted primero
por las sus atenciones para este romero.
Gracias a los amigos de Santander cabal
y a la bondad inmensa del Padre espiritual,
mi labor va creciendo, el éxito es atal
que el frío de Reinosa, eso sí non min cal.
Comienza en Santander, según arriba digo,
el recoger los cuentos que me llevo conmigo,
y si agora poco recoger yo consigo
me contento con poco y non me importa un figo.
Y para que sepades de esta mi romería,
de lo que me ha pasado algo contar querría.
A Reinosa llegué a las nueve del día.
He ido a Fontibre y un cuento recogía
en la fuente del Ebro ¡qué gozo, qué alegría!
En Santander ustedes me animaron primero;
después en la casona un hidalgo de vero,
Cossío ha por nombre, un fino caballero,
me recibió en Tudanca como a un compañero.
Y agora en Reinosa, en Fontibre, he encontrado
un cuento de un Obispo que había visitado
a los pueblos cercanos en busca de un arado;
y allí acaba el cuento del Obispo afamado.
Según he dicho ya hace frío en Reinosa,
pero para un yanqui el frío es poca cosa,
que el caso es recoger el espino y la rosa.
El folklorista yanqui, servidor, Espinosa.

El día seis de agosto de mil novecientos veinte.
Con hiato o sinalefa las sílabas usted cuente.

Esta última observación añadida a la fecha alude a estudios que por entonces publicara Espinosa sobre problemas de medidas del verso. No era Artigas hombre para dejarse ganar en humor, y contestó por el mismo metro y donosísimamente. He aquí los versos y la carta con que me los remitió. «*El folklorista Espinosa, escribió desde Reinosa, parte en verso parte en prosa, y como curiosa cosa* te envío su cuaderna vía. Era ya caso de menos valer no contestarle por el mismo camino o vía, y le he perpetrado las adjuntas estrofas. Diviértete un rato con estos disparates arcaicos...»

Grado al Dios Padre e todo poderoso,
ca sé que sodes sano e mucho venturoso,
que non vos comió lobo nin tigre nin raposo,
nin como al rey Favila vos diera muerte el oso.
Fué de grande alegría leer vueso ditado,
pleno de gayas nuevas, con maestría rimado,
do ninguna se lee del afer malfadado
que os ficiera en Europa el mesquino pescado.
A don Joaquín el metge, omne de gran saber,
que cata las feridas al que lo ha menester
e en las revueltas tripas orden suele poner,
ya di vueso recabdo que ovo de gradescer.
Al Ateneo, amigo, escribirle podedes,
dotor Joaquín Martínez se le nombra, sabedes;
con los otros amigos que vos bien conoscedes
mucho se encomienda a las vuesas mercedes.
Vuesa nueva fortuna fué de muy gran contento,
que al Obispo pescasteis, el que yace en el cuento,
en las fuentes del Ebro, noble río entre ciento,
ca es de nuestra Iberia origen e cimiento.
Commo ese del Obispo más podedes trobar,
quier en las altas sierras, quier en el ancho mar,
ca buen cazador sodes, non vale lo negar,
si non las Hermanitas *lo podrían contar.*

De Tudanca al hidalgo caballero cumplido
envié vuesas rimas, mucho le habrán placido.
Quiere saber do estades e yo también vos pido
nos digáis vuesa adresse *en ese pueblo frído.*
Adiós amigo mío e maestro Espinosa,
que tengades deseo, la cosecha abundosa
de cuentos e romances, quier rimados o en prosa,
e non nos olvidedes como a cativa cosa.

He querido entresacar de mis recuerdos y de sus cartas estos rasgos de buen humor, ya que lucho porque el recuerdo del inolvidable amigo y maestro sea siempre el del jovial y entusiasta trabajador de la cultura que conocimos en esos años. Podría espigar entre su correspondencia mil espontaneidades, alusiones e ingeniosidades. Nos muestran su carácter de claro aragonés, ajeno a retruécanos y frialdades, y graciosos cuando la ocasión se depara, directamente y con la intención lograda de serlo. No hay en su gracia nada inconsciente o ajeno a su voluntad, como en otras regiones de España. La hora de la risa es en Aragón la hora de la risa, y la proverbial franqueza aragonesa no creo que debe consistir sino en saber situar cada hora al viso que se cree debe corresponderla.

Pero en estas cartas hay a veces referencias a asuntos que piden gravedad en el tratamiento, y buen juicio y sereno en el planteamiento y en la resolución; y esa lucidez la tuvo Artigas en grado superlativo. En una ocasión, la de un viaje a Madrid, me comunicaba haber leído unos capítulos del notable libro de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, que el propio Castro le dió a conocer antes de que se publicara. He aquí la lucidez con que interpretó el sentido del libro. «Américo prepara su *Buscón* (nueva edición) y aprovechará el manuscrito de Santander. Tiene un libro sobre *El pensamiento de Cervantes*. He leído dos capítulos. Me parece bien el conjunto. Verás; parece que la idea madre es la siguiente, si yo no soy un zote: *No pueden algunos, resignarse a que España haya sido sólo la de Trento; es decir, un poco arrimados a la cola o un mucho. Hay que*

buscar y bucear. Cervantes, otros, eran europeos, en su tiempo erasmistas, y dicen verdaderas cosas graves, y ocultan otras muchas fingiendo y disimulando con toda sinceridad. Como pasaba fuera. Con esto ya comprendes el truco: los *Heterodoxos* al revés. Pero, en fin, está bien. En el fondo es claro y confortante que ya tenemos algo en que coincidimos todos, gracias a don Marcelino: España la sentimos por la cara o por la cruz, pero la sentimos todos. El libro es un poco esotérico, pero de idea y de método bien trabajado.»

Esta división de lo que se ha llamado *las dos Españas* preocupó siempre a Artigas, que odiaba tal división. En una carta, y comentando los sucesos políticos de aquel tiempo, que era el de la Dictadura de Primo de Rivera, me decía: «Maeztu parece que quiere formar un partido de la Cultura, pero no parece que la Cultura sea cosa de partidos.» Y precisamente con ocasión de la visita de Espinosa, hacia mil novecientos veintidós, y conversaciones que con él tuvo sobre los cursos de extranjeros, que ya se daban por nuestra Sociedad de Menéndez Pelayo, escribía: «Trae entre sus proyectos el de intercambio de profesores y alumnos. Hemos hablado de ello y, como *nosotros*, cree en la necesidad de la unificación de esfuerzos. Para él, el ideal sería que operásemos en Santander en combinación con Madrid (Centro), donde el hombre está convencido de que no se puede vivir en verano (y ha de convencerse, con el tiempo, de que en paz y con comodidad tampoco en invierno se puede trabajar). El problema ahora es doble. ¿Cómo podrá ser esto sin perder nadie su independencia y autonomía? ¿Y quién le pone el cascabel al gato? Esto último, y tal vez lo primero, pueden conseguirlo automáticamente ellos mismos, si les da por ir y venir a Madrid y a Santander. Pero es claro que aquí sería indispensable, también, una inteligencia, pacto o lo que fuera. Hay que pensar sobre esto. El señor Espinosa es allá una potencia, aparte su valer personal, por dirigir la revista de maestros de español. Por su orientación, manera de ver las cosas, etc., etc., está dentro de la corriente Menéndez Pelayista más que en la que tal vez algún elemen-

to trate de dar a los estudios hispánicos y a la cultura española.»

Tocó ver a Artigas la ruptura trágica de las dos mal prendidas Españas. Ella precipitó su acabamiento y le inhabilitó para ver la etapa, aún perezosa, de los intentos para unir lo separado. Pero yo quiero evocar al Artigas optimista que entonces me animaba a trabajar «dos lustros, porque ya desde los cuarenta años los hombres empiezan a formar planes absurdos», aquel Artigas del que, al leer su carta, me parece oír la voz noble y queridísima, diciendo con su franca jovialidad juiciosa de buen aragonés: «No parece que la Cultura sea cosa de partidos.»

José María de Cossío.

DON MIGUEL ARTIGAS EN SUS OCIOS DE ATENEÍSTA.—ALGUNAS ANÉCDOTAS PINTORESCAS.

La sección de Literatura del Ateneo de Santander, que durante buen número de años consecutivos presidió brillantemente el esclarecido polígrafo don Miguel Artigas, y de la que es hoy presidente, con el lustre tradicional en esta Casa, mi docto amigo don Ignacio Aguilera, me ha hecho el honor de designarme para que desde esta tribuna evoque a mi manera popular, la gran figura de aquel llorado maestro de la erudición española; no estudiando altas actividades, que no son de mi competencia, sino tomándole a la llana en algunas de las facetas de su vida de relación con muchos de nosotros; es decir, en sus ocios de ateneísta.

No tienen ustedes, pues, a la vista a un discípulo del grande hombre, puesto que cuando don Miguel vivía entre millares de volúmenes, pasaba yo mi existencia en una tienda de juguetes; gobernaba él su ciudad de los libros, en tanto que yo regentaba un mundillo de muñecos. Habla a ustedes el admirador del sabio, su contertulio, su amigo. Nada más. En realidad, yo creo que únicamente en esta nuestra ciudad, para el caso una pequeña Atenas, resulta posible que entre los literatos y los comerciantes se formen lazos de amistad eterna. Y es que, por lo menos, en el Santander de antes del incendio, no todos los establecimientos,

o como dicen todavía algunos castellanos viejos, las *boticas*, eran lonjas vulgares entregadas por sus dueños exclusivamente a la ganancia. Tiendas como la de Juan Alonso, *el guantero* por antonomasia, se honraron en el siglo XIX y a principios del que corre con la cotidiana presencia de don José María de Pereda; más tarde, al establecimiento de óptica de Roberto Basáñez acudía, gustoso, Menéndez Pelayo. Y en cuanto al queridísimo don Miguel, no se me tome a vanidad si digo que hallaba sus mejores holganzas en mi *Paraíso de los Niños*.

Bien mirado, sus altos destinos literarios fueron la gloria principal de la inolvidable calle de la Blanca, la vía de los tenderos de chifladura generosa. En algunos de los establecimientos que abrían allí sus puertas, la dependencia estaba autorizada a leer novelas; había patronos que traducían a Horacio, especialmente en los días lluviosos, de los llamados de *cajón seco*. Muchos cerraron—o cerramos...—aquellos comercios, de puros artistas que éramos; es verdad. Mas hemos dejado una estela romántica que tardará en borrarse. Y nadie nos quitará el haber vivido familiarmente con los mejores ingenios de la ciudad, ni el placer de haber bebido en la copa de oro que ellos nos tendieron. A Roberto Basáñez le ocasionó bastantes pérdidas el preocuparse demasiado del arte difícil de escribir sonetos *fechos al itálico modo*, ya que en sus ratos dedicados a la métrica perdió de vender buen número de pares de anteojos. Él mismo les decía a veces a sus clientes, señalándoles con amabilidad suma la puerta de un su competidor, no muy distanciado de su propia tienda: «Allí abajo les servirán a ustedes más rápidamente su receta... Yo estoy tratando ahora, mano a mano, con don Marcelino, cuestiones muy arduas...» Tampoco las damas coquetas del siglo pasado—de a fines del siglo pasado—que iban en busca de aguas de olor para hermosearse, se atrevían a pisar la perfumería de Juan Alonso, por no ponerse a pedir, entre tantos hombres reunidos, como eran los que componían aquella tertulia memorable, esos afeites, esas unturas, esos secretos del arte cosmética que entonces se solicitaban en voz baja de

un dependiente, con todo el misterio de una confesión auricular; aunque tengo entendido que al presente se piden por esas droguerías sin ningún misterio, y a veces casi a gritos. Por mi parte, el amor a las bellas letras estoy seguro de que me ha quitado de vender bastantes *peponas*. Porque lo cierto es que me metía en este Ateneo por las tardes, a las tres y media, y a menudo me daban las seis cultivando las ciencias estéticas desde las honduras de una poltrona. El ingenio suelen decir que se mejora con estos asuetos; pero menester es convenir en que la caja registradora se resiente, y sus timbres funcionan poco.

LA TERTULIA DE AQUEL ATENEO

Soy yo un superviviente de aquella tertulia del Ateneo, de su *cacharrería* famosa. A ella venía Artigas directamente desde su *barrio latino*, para procurarse unos ratos de esparcimiento y de bien ganado vagar. Como es costumbre, una mala costumbre, que quienes no saludan los libros llamen *ratones de biblioteca* a quienes viven la vida del espíritu entre sus amados libracos y mamotretos, cuando llegaba a estos salones, después de comer, el grande y diligente archivero, nos solía decir desde su rincón, con unas miajas de ironía socrática: «El afanoso roedor, harto de hincarles el diente a los manuscritos y a los impresos, les viene a hacer un rato de compañía a los gatos remolones que son ustedes.» No le faltaba razón, porque los había entre nosotros tumbones como sultanes. Para los unos constituían tales reuniones un descanso en la actividad, un derivativo, un cambio de ideas, un palique sedante; pero también había contertulios que echaban aquí sus siestas, con cabezaditas y musiquilla de ronquidos; afortunadamente eran los menos, pues el café se tomaba entonces muy cargado. Era la Arabia feliz servida en taza.

Y es que había dos tertulias, fija la una, de todo el año; la otra, ocasional y veraniega. Los nombres de los tertulianos más distinguidos y constantes están en todas las memorias. En torno a don Miguel Artigas se sentaban

el actual presidente de esta docta Sociedad, don Fernando Barreda, entonces y ahora devotísimo mantenedor de la alcurnia de los buenos estudios montañeses; su hermano don Francisco, cuyo variado talento fué tan grande como su final desventura; el benemérito fundador de este Ateneo, don Gabriel María de Pombo Ibarra; los señores Elías Ortiz de la Torre, el capitán Lamadrid, inmolado también, como el citado don Pancho Barreda, por las furias revolucionarias; José del Río, Gerardo Diego, Pancho Cossío, don Francisco Mirapeix, don Cástor V. Pacheco, José Regatillo, Daniel Alegre, José María de Cossío, el doctor Martínez, don Joaquín G. Domenech, el teniente coronel Burgués, ambos hermanos Espinosa, Ricardo Bernardo, Jaime Espina, José Domenech, Mirapeix, Estanislao de Abarca, Gerardo Alvear, Luis Corona, Flavio San Román, Pepe Ugidos. ¡Qué sé yo! Tantos... y lo peor es que ¡cuántos son los que nos contemplan ya desde el reino de las sombras! Al canónigo de voz estentórea, don Jaime Espases, que ha dejado en esta casa una luz de meteoro, yo no le llegué a conocer, puesto que no pertenecí a esta Sociedad más que a partir de 1920, ya instalada en los amplios locales donde hoy nos hallamos. Y, al margen, como oyente, hoy se dice como observador, pues... también quien hoy les dirige a ustedes la palabra, venía a tomarse aquí el legítimo moka de la cantina de Macario, el conserje, cantina con honores de círculo charlamentario, porque en ella se conspiraba más de la cuenta.

TIPOS TRASHUMANTES

Una tertulia insigne como aquélla, de la que don Miguel Artigas era figura de primer orden, precisamente por el prestigio de la lumbrera científica que la gobernaba, tenía que atraer a numerosos *asteroides*, especialmente durante el verano, que es cuando nos visitan con sus caras y carátulas los sabios e ilustrísimos señores de la casta de los llamados por el cántabro terrible que fué don José María de Pereda, *tipos trashumantes*. Santander, hasta cuando no

tenía Universidad Internacional—empresa cultural ideada y puesta en actividad por el numen infatigable de la ilustre personalidad que nos ocupa—, se llenaba al llegar las *nubes de estío* de grandes y de pequeños filósofos; unos de oro por el talento, y otros de alquimia o relumbrón. Y algunos de estos forasteros eran los *números* de verdadera risa a su llegada a esta casa, y los que con sus palabras, fanfarrias y patochadas nos colmaban la medida de nuestro sano regocijo provinciano. A costa de algunas figuras de circo de las que Madrid nos remite cuando aprietan los calores, gozábamos en esta casa de una sección de burlas provocantes a risa que no es fácil de olvidar.

El caso es que, como presidente de la Sección de Literatura, el niño grande, que fué siempre el señor Artigas, se las tenía que entender con los grandes pedantones foráneos que deseaban poner cátedra estival en este salón de conferencias. Y recibió visitas en extremo curiosas. Sabido es que un autor italiano, Giulio Cordara, dejó escrito un poema sobre los insectos, en el principio del cual sostiene que esos molestos y abominables animalejos fueron creados para darnos desazón, por lo que seguramente no existieron en el paraíso terrenal. Pues bien, un tal don Néstor de la Fonfría, no satisfecho con ese punto seudo-teológico, pretendió probar desde esta tribuna la existencia de mosquitos en el Edén primitivo. Como suele decirse, se vió muy mal el queridísimo presidente para quitarse de encima, por las buenas, a aquel entomólogo porfiado, que al verse acompañado hasta la puerta por el más amable de los eruditos, todavía insistía sobre su tema desde la escalera, diciendo: «Don Miguel, protesto y protestaré cien veces de quienes suponen o afirman que no se presentó la hormiga en el mundo hasta que fué construída el arca de Noé.» Y el señor Artigas, con su flema de aragonés zumbón, de un Gracián no conceptuoso, todavía, lejos de enfadarse por el asalto de aquel ente estrambótico, comentaba, lleno de espíritu de caridad: «Hay, ciertamente, en este hombre, una individualidad poderosa; pero, ¡caramba...! y ¡qué cargante es!» Y era un espectáculo curioso el ver a un verdadero

sabio encomendado a los trabajos de la austera erudición, en la decoración polvorienta de su revuelta biblioteca, lector de catálogos, rebuscador de libros raros y curiosos, archivero paleógrafo, descifrador de casi ilegibles documentos, un águila en las lenguas sabias, símbolo vivo, en fin, de un ramo severísimo de la sabiduría contemporánea, el avenirse a soportar con buen ánimo y mejor humor a personajes extravagantes que, sin fundados motivos que alegar, como no fueran disparatados, le visitaban en su *sancta sanctorum*, en su ciudad de los libros, y de cuya extraña presencia protestaban con un *miau*, *miau* enfurecido, incluso los gatos de la Biblioteca. Algunos le comparábamos, por su bondad y sus puntas y ribetes de humorista, si no en lo físico, en lo moral, con el inmortal Mr. Pickwick de Dickens, o con el Silvestre Bonnard, miembro del Instituto de Francia, suave, melancólica creación del barbudo Anatole France. Porque humorista, y humorista a la inglesa; es decir, con la guasa seria, lo era nuestro amigo. Con el rostro grave de un eclesiástico se entregaba a la facecia y a la chanza; y parecía revestirse de ceremonia para soltar sus mejores chistes. Y como en los humoristas de verdad, en él se encerraba un poeta que alumbraba con soles líricos las brumas y monotonías de la prosa. Como en esos *asomos* que se dan en las altas montañas, desde los cuales, súbitamente, al doblar de una peña, se contempla en la hondura temerosa, como en un abismo, un deslumbrante paisaje de llanura en su silencio verde, abrillantada por un río de gloria, o por trémulas lejanías de mar, en nuestro llorado bibliotecario el fluir de una lágrima vertida por amor al prójimo, suavizaba los perfiles siempre rocosos y crueles de la burla. También su divisa era: ironía y piedad. Habló una tarde desde esta tribuna cierto politicón, a quien parecía gustarle el traguillo, el *bon vino*, de que habla regaladamente en sus versos de *mester de clerecía* el bueno de Gonzalo de Berceo. Como el público, por el encono partidista que reinaba en aquella época, iniciara un pateo al presentarse el orador, el señor Artigas me dijo al oído: «Protestan de que, conocidos su amor a los buenos caldos de la Rioja,

el conserje le haya puesto sobre la mesa únicamente un vaso de agua. No callará el bullicioso senado hasta que le saquen una botella de lo caro. Está pagando el disertante las culpas de nuestra falta de organización. Al Ateneo le falta una buena bodega.»

ARTIGAS Y LA JUVENTUD

La generosidad de don Miguel, si fuera menester probarla a estas alturas, quedaría bien de manifiesto por el cariño que en todo tiempo demostró tener a los jóvenes. La juventud, como las aguas corrientes, siempre refresca los ojos de quien la contempla con amor. Huyamos de ciertos hombres maduros que tienen la mirada triste como el agua de un sifón. Evitemos el apagamiento de los que dicen estar ya de vuelta de todo, en quienes se han roto todas las cuerdas vibrantes del entusiasmo. El señor Artigas se juntaba de buen grado a los muchachos, en quienes descubría el primero fosforecencias de gloria. Participaba de sus ilusiones. Soñaba sus sueños. Sin ser él viejo entonces, ni mucho menos, invitaba a los ancianos a contemplar las luchas en el estadio. Y les decía a las personas mayores: «Aunque no por eso les vaya a ustedes a retañar el pelo, es digno de la escuela anacreóntica el frotarse la calva con hojas de rosa.» De aquí la buena cara y mejor talante que les puso desde el primer momento a los nuevos poetas de la bulliciosa escuela ultraísta; *in diebus illis*, el terror de los garcilasistas de esta ciudad. En su día, el hoy ilustre académico Gerardo Diego halló en el señor Artigas un hermano mayor. Éste le infundió, sin duda, su propia pasión por las obras de don Luis de Góngora, puesto que todos sabemos que los estudios sobre el gallardo cordobés, concienzudos, definitivos, son la corona inmarcesible de la obra del maestro. Góngora, como el poeta italiano Juan Bautista Marini—il Marino—de quien se llevó cronológicamente poco, así en el nacer como en el morir, encerró su programa poético en estos dos versos del vate napolitano:

E del poeta il fin la meraviglia.

Es menester maravillar, adueñarse continuamente del lector por medio de las imágenes, ora atrevidas, ora suaves, y de los ritmos conmovedoramente musicales. Como en el arte poética de Pablo Verlaine—un gongorista por adivinación más que por el exacto conocimiento de la obra del autor de *Las soledades*—, la música ha de pasar antes que nada, y luego el color, y sobre el color, las sutilezas del matiz. Mas no olvidemos que entre las legiones generosas y patéticas de quienes merecieron el nombre de poetas de antaño, cantores hoy silenciosos que ya descansan en sus tumbas, además de la destreza en la elección de las palabras y de haberse quemado sus alas multicolores en los fuegos de la eternal hermosura, poseyeron ternura de sentimientos, don de lágrimas, gravedad en la reflexión, prendas por las que elevaron sus poemas a la categoría de formas permanentes. El poeta debe ser el intérprete de la naturaleza, el rejuvenecedor perpetuo de la humanidad y un maestro de amor; el mago que, como cierta fuente de las Azores, de que habla Palgrave, acierta a conferir a cada edad lo que más suele faltarle: da experiencia a los mozos, influye calma en la madurez y llueve frescuras de mocedad sobre la postración de los ancianos.

Participaba como pocos el señor Artigas de la incomparable alegría que reina en las reuniones de artistas jóvenes. «Miradlos—nos decía—todos conservan aún fresco el esmalte de sus pocos años. No son rivales aún. Forman una pléyade y se llevan como hermanos. Y esto pasa porque aún no ha triunfado plenamente ninguno. Bello, bellísimo es el feliz período de la vida en que el rencor no levanta murallas entre los candidatos a la gloria, procedentes de una misma generación. Lloran y ríen juntos. Nada más.» No era, no, nuestro bibiotecario de los que se aferran a los clásicos por odio a los contemporáneos. Les pedía a los libros de los grandes muertos fuerzas para la lucha por la vida. Adoraba a los conspicuos abuelos de la literatura y del arte, pero no hacía de ese amor un pretexto para despreciar a los hijos del siglo, nuestros amigos, nuestros hermanos. En toda ocasión le satisfizo el riesgo y ventura de

la vanguardia. Y no hubo joven con algo nuevo que decir en nuestro querido Santander, y aun fuera de éste, a quien él no brindara generosamente esta tribuna. Y al propio tiempo, gracias a sus extensas relaciones literarias, no hubo maestro del pensamiento español, entre los ya consagrados, a quien él no nos le trajera aquí, sin que a nadie se rechazara por sus particulares ideas. Decía el severo don Miguel de Unamuno: «Artigas, mi discípulo universal, sería mi favorito, si yo pudiera tener un favorito.» La flor y la nata de la intelectualidad española pasó por este sitial, que indignamente ocupo yo hoy con título, sino ilustre, bastante zaragatero de *chico de la prensa.* Y después de que los intelectuales pasaban por esta casa acogedora, el gran poeta José del Río le encargaba a Alberto Espinosa—otro gran amigo que se nos fué—perfecto organizador de cuchipandas de carácter literario o artístico, el consabido besugo a la marinera en casa de Eleofredo. Y aquí permítanme ustedes que encaje una reflexión incidental. «Lo más triste del pescado servido en fuente o en cazuela son los ojos; pero yo no sé cómo se las arregla Eleofredo—decía un ilustre comensal de su taberna famosa—que sus besugos a la marinera tienen la mirada atrayente de las cupletistas. ¡Palabra! Diríase que les pinta ojeras.»

Puesto que hablamos de la gestión de don Miguel Artigas en esta casa, no podemos pasar en silencio que nosotros conocimos el Ateneo de Santander cuando éste era una Sociedad para hombres sólos, ni más ni menos que la Real Academia Española. Fué don Miguel quien secundó con todas sus fuerzas la iniciativa de don Gabriel María de Pombo, para que la mujer, como asociada, pudiera figurar en estos salones, en donde olía demasiado a pipa. La reforma no fué fácil empresa. Hubo mucha oposición, y una mareta sorda entre los varones, que metía miedo. No es extraño. Era una nueva experiencia la que se intentaba, que en su época pasó por muy atrevida. Como que por votación se acordó que, para empezar, las señoras y señoritas ateneístas se reunieran en un cuarto aparte, en cierto gabinete azul, como vía de ensayo. Felizmente, desapare-

ció ya en el Ateneo, aquella clausura, tan ridiculizada por don Miguel, para quien la mujer era un elemento siempre educador en cualquier reunión de hombres. Bajo la fiscalización de ojos femeninos, las Sociedades de recreo se mejoran.

Eva ha resultado victoriosa en este Ateneo. La vemos ahora un poco por todas partes en esta casa. Si la imagen no estuviera tan desacreditada, diríamos que es una mariposa de paz entre nosotros.

Sería nunca acabar si yo me ocupara de los donativos de libros extranjeros que, merced a las excelentes relaciones del señor Artigas como bibliotecario, se recibieron en esta Sociedad, y la riqueza de revistas internacionales que logró para nosotros.

Pero es preciso poner fin a tanta parola...

Tened, señoras y señores, que me habéis oído con paciencia, bien presente, que hasta mis bromas aparentes son, en realidad, una ferviente oración por el alma del sabio desaparecido, a quien los grandes triunfos, como suele suceder, le trajeron los grandes dolores, cuando nos le llevaron de aquí para elevarle a la dirección de la Biblioteca Nacional. Tan verdad es que quien añade gloria añade dolor.

Me place a mí ahora refigurarme al esclarecido archivero en este Santander nuestro, en la calle de la Blanca, cuando se allanaba a decirme, bonachonamente, a la puerta de mi tienda de juguetes, parodiando a don Francisco de Quevedo y Villegas:

Tú, el mayor padre de todos
que han tenido las muñecas...

Y entre risas y lágrimas, con un dejo de humorismo germánico a lo Enrique Heine, es profundo, mucho más profundo mi acerbo, inacabable dolor por el amigo del alma muerto, por el crítico eminente que en la madurez fecunda de su vida y en el auge de su fama me tendió a mí, hombre sencillo, como si dijéramos el tendero de la esquina, su preciada mano en prenda de amistad entrañable.

Nada más.

ENRIQUE VÁZQUEZ LÓPEZ.

EL SANTANDER DE MIGUEL ARTIGAS

Corría 1915, año que a muchos pareció de desgracia, por ser el segundo de la guerra Europea, pero que los que vinieron después hicieron bueno; corría 1915 y más que correr puede decirse que volaba, dada la marcha de los acontecimientos. Los *más ancianos de la localidad*, que no habían visto nada semejante, no sabían más que decir:

—¡Señor, qué tiempos éstos!

Lo cierto es que la pequeña ciudad que era el Santander de principios del siglo, la capital de provincia de tercer orden, donde todos nos conocíamos y éramos más o menos parientes; la población de ritmo lento y paso cansino, caricaturizada por Pereda en *Nubes de Estío*, habíase convertido, por arte de birlibirloque, en uno de los nervios del mundo.

Porque aquí teníamos durante el verano a los reyes, con todo lo que su presencia suponía, y en torno de la Magdalena y del Sardinero, y también de los maizales de Solórzano, donde veraneaba don Antonio Maura, movíase un enjambre exótico de príncipes, diplomáticos, periodistas internacionales y espías y agentes de todos los servicios secretos.

Santander, amurallada por sus montañas, en las que hacía centinela la guardia tradicionalista de Pereda, convertida en *Orden de caballería del Santo Sepulcro* después de la muerte del Maestro, había vivido hasta muy poco

antes en un estado de inocencia paradisíaca, inmune al contagio, de lo que unos llamaban con énfasis y con mayúscula, el *Progreso*, y otros, *El espíritu del siglo*. Ni el zarpullido de la generación del 98, que hizo rascarse a tanta gente, tuvo para nosotros consecuencias mayores, pues los poetas de aquel tiempo, Luis Barreda, Enrique Menéndez, Antonio García de Quevedo, Ramón Solano, José María Aguirre y Escalante, Alejandro Nieto, Alberto López Argüello, Ignacio Zaldívar, José Montero y Gabino Gutiérrez, eran, todos o casi todos, epigonos de don Amós, y no se permitían otras licencias que las que hubiese aceptado, de haber vivido, el autor de *Costas y Montañas*.

Si por excepción alguno pretendía romper moldes, como el pintoresco Jesús Amber, creábase tal vacío en torno suyo, que tenía que tomar el tren y refugiarse en la bohemia madrileña, prefiriendo sus hambres e intemperies, que novelaría Emilio Carrère en su *Amber el Luchador*, al cocido pobre, pero seguro de la casa paterna, que se le antojaba insoportable, por la incomprensión de sus paisanos y la rutina de *la ciudad levítica*, como designaba al terruño nativo.

Lo de *ciudad levítica* no pasaba de ser un tópico muy desgastado por el uso que de él habían hecho todos los *rompedores de moldes*. Pero, en cambio, era una verdad como un templo, que Santander podía competir en tradicionalismo con cualquiera de los pueblos del mundo. Entendámonos: tradicionalismo de gustos y costumbres, no de regímenes políticos.

Porque en punto a ésto, Santander tenía una historia liberal, que en el siglo XIX se tradujo en la fabulosa batalla de Vargas, y en su conmemoración anual con morriones de milicianos y gigantillas, y en las barricadas del 24 de septiembre de 1868 contra Calonge.

Pero eso era lo externo, la etiqueta pegada en la tapa. Del contenido habría mucho que decir. En el fondo, cualquiera de los concejales republicanos de las mayorías, que de vez en cuando padecía el Ayuntamiento, se diferenciaba muy poco del cordonero o el confitero de la calle del Peso,

suscriptores de *El Correo Español* y *El Siglo Futuro* y terciarios de San Francisco. Unos y otros vivían como sus remotos abuelos, atenidos a las normas antiguas.

Eran personas de costumbres morigeradas, con la virtud burguesa del ahorro, y la ambición modesta de dejar a sus hijos *un buen pasar*. Como los santanderinos de hace mil años. Como los de siempre.

Podrían titularse creyentes en Pi y Margall o en Nocedal y decir que les entusiasmaban las hogueras de la *Commune* o de la Inquisición. Pero no había que hacerles mucho caso. El único fuego que de verdad les deleitaba era el del fogón de su cocina, en el que hervoteaba el sabroso puchero diario.

Bien echadas las cuentas, en el Santander de aquel tiempo no existía otro revolucionario que don Ángel Basave, el cual no era republicano, ni liberal siquiera, sino paradójicamente carlista. Vivía de acuerdo con sus ideas originales, que algunos consideraban estrafalarias. No se contradecían sus pensamientos y sus actos.

Siendo dueño de una fortuna, ganada en muchos años de comercio honrado, dormía en un camastro de penitente en la bohardilla de su propia casa, siendo más el dinero que empleaba en limosnas que el que le costaba la manutención de su cuerpo, apergaminado y flaco. No tenía otro compañero de habitación que *León*, un perro prohijado por él, como consta en la curiosa ficha, incluída en el padrón de vecindad. «Nombre: León. Apellido: Basave. Profesión: perro.»

El inconmensurable don Ángel no necesitaba cantar *La Marsellesa* ni dejar de ir a Misa—oía dos o tres a diario—para dar a entender que la organización social no era de su gusto y oponer a sus leyes y a las Ordenanzas municipales su concepto quijotesco de la justicia.

La vida moderna se había insinuado en Santander con los flamantes automóviles de don Alberto Corral, don Pedro Acha y don Luis López Dóriga, que si no los primeros que vimos, son, por lo menos, los primeros que recordamos. Y con la avioneta hazañosa de don Juan Pombo.

Pero todo eso no pasaba de ser un espectáculo, que si interesaba a los ojos no imprimía su sello en las almas. El cambio decisivo no empezó a operarse hasta la edificación del palacio de la Magdalena, verdadero punto de arranque del Santander moderno.

Tres años llevaba en este de 1915 sirviendo el palacio de corte veraniega, y en ese breve plazo habían sucedido tal cantidad de cosas, que estaba muy justificado el asombro de los vecinos más ancianos. Las luchas locales se hacían cada día más agrias y ásperas. A la convivencia de sabor patriarcal de las generaciones anteriores, había sucedido un estado de ánimo desagradable. Las familias se separaban en clases y bandos. Empezaba también el crepúsculo de las casas patricias, y la ascensión de los nuevos ricos, neologismo que nació entonces. La guerra, que sacudía al viejo mundo con el ímpetu de un terremoto, era causa de todo. Hoy nos parece natural, a fuerza de estarlo viendo un día y otro, que el carretero y el chatarrero o el pescador se hagan millonarios en unos pocos años y se paseen en automóviles lujosos por los mismos lugares que vieron sus alpargatas proletarias. Pero en 1915, estas cosas, por ser nuevas y raras, causaban sensación. Y así se hablaba como de algo que rebajaba toda medida, del caso de un empleadillo que *se estaba hinchando* con los carbones, o de un inspector del timbre que había redondeado su primer milloncejo.

Santander vivía con la alta fiebre producida por los injertos de piel y las transfusiones de sangre que se operaban en su organismo. Y esta calentura señalábala el termómetro clínico de la prensa local en el tono de sus artículos, gacetillas y hasta de las secciones por su naturaleza más inocuas. ¡Qué despiste el de aquellos folicularios, entre los cuales nos contábamos! El mundo, en trance de alumbrar monstruos, se debatía con los dolores del parto gigantesco. Batallábase en todos los ámbitos de Europa, en Asia, en África y en Oceanía. En la superficie del mar y bajo ella; en el aire. Empleábanse medios destructores que parecían apocalípticos: los submarinos, los gases asfixiantes, los zepelines, los aeroplanos, los cañones del 75 y La *Gran Berta.*

Y mientras pasaba todo eso, los periodistas de Santander sólo teníamos ojos y oídos para las elecciones de Valderredible, como si la suerte del mundo cristiano se decidiese en ese rincón rústico de la Montaña.

No éramos sólo los periodistas. Para cantar las luchas valderredibleñas, donde a cada elección chocaban con estrépito de pucheros rotos ruanistas y mauristas, que eran los giles y negretes de la Edad Media redivivos, escribió el ingenioso y ocurrente Ramón Solano, un *romance de moros y cristianos*, que, a pesar de su tono jocoso, recordaba por su sabor a los romances fronterizos. De esta poesía se habló por entonces más que de la batalla del Marne, e imprimióse la en pergamino, con caracteres y adornos arcaicos.

La lucha de ruanistas y mauristas se libró durante muchos años en todos los palenques. En los periódicos, con una violencia desaforada; por medio de banquetes y actos públicos, que se sucedían con cualquier pretexto; en los organismos y Corporaciones, cuya dirección pasaba de unas manos a otras, al compás de las crisis ministeriales, y en el seno de las familias, divididas y con sus miembros combatiéndose. Podría apostillar ésto que digo con nombres propios. Pero no es necesario. Lo saben bien los santanderinos supervivientes de aquella época, en la que no hubo apenas uno que no participase en la refriega.

Para que las cosas se complicasen más, las discordias se enredaban como las cerezas. A la lucha de tipo regional vino a sumarse, como en el resto de España, la de los germanófilos y francófilos. Dábase la circunstancia curiosa de que quienes coincidían en la apreciación de la política montañesa, discrepasen cuando se ponía sobre el tapete el bombardeo de la Catedral de Reims o el torpedeamiento, sin aviso, de los barcos mercantes. Había ruanistas germanófilos y ruanistas francófilos, y lo mismo sucedía en el bando contrario. Con lo cual las polémicas eran incesantes y la crónica de aquellos días registra el planteamiento de algunos duelos, que no pasaron, por fortuna, de un alarde de sables y pistolas, sin más sangre que las dos o tres gotas que en algún caso se escaparon de una minúscula rozadura.

Todo lugar de reunión de la ciudad era un grito polémico, con la única excepción de la tienda de óptica de Roberto Basáñez, en la inolvidable calle de la Blanca. Allí, ni se reñía ni se gritaba, y eso que fatalmente encontrábanse en su recinto los más ardidos y vocingleros de los dos bandos. Incluso los jefes de éstos, don Juan José Ruano y don Eduardo Pérez del Molino, coincidían a veces en la tienda, olvidándose por unos minutos de los papeles que representaban.

Porque allí sólo se hablaba de temas que no pudiesen enconar las pasiones. Don Pedro Escalante, el venerable mayorazgo de la familia hidalga de la Acera del Correo, hermano de don Amós, el poeta, ya muerto, refería episodios de su lejana vida diplomática, cuando estuvo agregado a la Embajada de Turín, en los días del Reino del Piamonte y de la batalla de Solferino.

Se hablaba mucho, también, de arqueología e historia montañesa. La tienda de Basáñez, en aquel Santander turbulento, era una pequeña y pacífica Suiza incrustada en la Europa beligerante. Ruanistas y mauristas, francófilos y germanófilos, clericales y anticlericales, acudían a aquel terreno neutral en busca de unos minutos de sosiego cuando la discusión del café dejábales afónicos y exhaustos. En aquella tertulia conversaban amistosamente los canónigos don Pedro Santiago Camporredondo y don Alejandro Gil de Reboleño con los republicanos don Heraclio Carús y don José Fernández Orbeta, y don Luis Bustamante, el hidalgo de las almadreñas, que representaba el más puro señorío aldeano; con don Julián Fresnedo, educado en Inglaterra, y de atuendo y de ideas británicas. En suma, lo que, según el manoseado cliché, se entiende por *tirios y troyanos*, aunque nunca pudiera decirse *que allí fué Troya*, porque, al entrar, dejaba cada uno sus armas en la puerta.

Lo curioso es que Basáñez, por cuyo benéfico influjo habíase logrado aquel milagro, no era neutral, ni mucho menos. Partidario de Ruano, defendía la política de éste en el Ayuntamiento, al que pertenecía como concejal. Pero eran tales su bondad, su simpatía y su inteligencia, que en

todas partes tenía amigos. Como ejemplar humano, era único, y su mérito tal, que en aquel Santander de las mordaces burlas y de los motes *que quedaban*, no se le puso ninguno a cuenta de su cojera, demasiado notoria para pasar inadvertida.

Sólo se veía en él al varón generoso y completo, pese a su falla física, y al más caracterizado de los componentes de aquella cofradía de los *hijos de Santander*, que defendió donosamente Enrique Menéndez en sus *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. La tienda, separada por un sólo portal de la famosa *Guantería*, hacía pensar, por su disposición y aspecto, en la camareta de un barco mercante. De los mamparos de tabla barnizada pendían mapamundis, barómetros, termómetros y largos catalejos marinos. A veces, sobre la mesa del mostrador, descansaba un cronómetro de barco o un sextante. Aunque no se tenían vistas al mar, soplaba allí el viento henchido de aventuras y de salitre del Océano.

El marchamo intelectual obtúvole la tertulia por un acto que, metafóricamente, tiene también sabor marino: el salvamento de los náufragos de la *Guantería* inmediata. Fué cuando, muerto el patrón literario, que era Pereda, y su armador o dueño, don Juan Alonso, el célebre comercio de guantes se iba al garete como una nave desarbolada. Entonces Basáñez, su vecino más próximo, echó al agua su esquife y recogió a los pasajeros y tripulantes. Así empezaron a ser sus contertulios José María Quintanilla, más conocido por su seudónimo de *Pedro Sánchez;* don Federico Vial, don Alberto Gutiérrez Vélez, don Eduardo de la Pedraja, don Javier y don Luis de la Revilla, don Antonio Mazarrasa, el Marqués de Villatorre, don Eduardo Huidobro, y los poetas Luis Barreda, Enrique Menéndez y Ramón Solano. Y también Ricardo León, empleado en la sucursal del Banco de España, que no había escrito todavía *Casta de Hidalgos*.

Años después, cuando ya era novelista famoso, complacíase don Ricardo en evocar estas horas lejanas de su vida santanderina en el prólogo que escribió para *Valle del*

Norte, de Luis Barreda: «¿Cómo no recordar—dice—las charlas en el rincón hospitalario de Roberto Basáñez, en aquel mentidero y parnasillo de la calle de la Blanca, que está pidiendo a voces salir en una novela de Enrique Menéndez? ¡Oh noble tierra de amigos: no acierto a nombrarte sin que me salga al paso, como una hermana, la Musa de las íntimas memorias!»

¡Memorable tienda de Basáñez! De no haber sido destruída como la casa que la aposentaba y toda la entrañable calle de la Blanca, por *el gran incendio*, hubiéramos tenido que declararla reliquia santa montañesa para que nadie la tocase. Porque en ella estaban las huellas de los últimos pasos del glorioso don Marcelino, por su ciudad amada.

Yo le vi allí muchas veces, y estuve a su lado, sin atreverme ni a moverme ni a respirar. Ya el hombre portentoso vivía sus horas finales. El pelo entrecano, la barba blanca, y el respirar penoso, denunciaban que sus achaques eran más que sus años. Sentado en una silla, en el centro de la tienda, escuchaba, en silencio, a sus fieles discípulos que le rodeaban. Allí estaban don Carmelo Echegaray, que hablaba por los codos; don Gonzalo Cedrún, al que le costaba arrancar y hasta tartamudeaba antes de soltar el chorro de su elocuencia fulgurante; don Víctor Fernández Llera, ático y malhumorado; don José Ramón Lomba, barroco y conceptuoso, y don Alfonso Ortiz de la Torre, el más mundano y el más dentro de la realidad.

Era un espectáculo impresionante el de don Marcelino con sus discípulos, sentados como en un bosque de laureles griegos, en aquella tienda de la calle de la Blanca, al borde del paseo de las modistillas, siempre rumoroso, siempre animado. Yo lo vi, y me parece que por eso sólo, mi vida no está malograda.

¡Memorable tienda de Basáñez! En ella se fraguó la vida montañesa de principios del siglo. De allí salieron dos jóvenes arquitectos novicios: don Gonzalo Bringas y don Javier Riancho, para ponerse a trabajar en el proyecto del Palacio

de la Magdalena, concebido en la misma tienda, entre don Luis Martínez y Basáñez.

Todas las clases sociales llegaron a estar representadas en la permanente asamblea de la tertulia. Viejos y jóvenes, clérigos y seglares, militares y paisanos, próceres y mesócratas: los Condes de Basoco y Mansilla y los Marqueses de Robrero, Villatorre y Hazas, se codeaban con Andrés Mezo, Víctor Poyo y Pepe Regatillo, y los senadores don Ramiro Pérez Eizaguirre y don Gregorio Mazarrasa, con empleados de oficina y aprendices de literatos. Lo incomprensible es que cupiesen todos. Bien es verdad que a veces la tertulia se derramaba en la calle como el agua que colma una vasija.

Hay que advertir también que la concurrencia se renovaba constantemente, cediéndose los puestos unos a otros, a medida que los rezagados llegaban. Sin embargo, había un grupo de contertulios permanentes, que resistían en la tienda casi toda la tarde. Solían ser, con algún otro que quizá se escape a mi memoria, el tío de Roberto, don Pedro Arce, corredor de comercio retirado, y persona por todos conceptos respetable; el director de *La Atalaya*, don Eusebio Sierra; don Luis Martínez, exalcalde, a quien se debía el Palacio de la Magdalena; don Julián Fresnedo, don Gonzalo Alzola, don Jacinto Gutiérrez y don Antonio Fernández Baladrón. Ellos acompañaban constantemente a Roberto o a su hermana María, que le reemplazaba en el mostrador cuando él iba al Ayuntamiento o a cualquier otro lugar donde sus servicios se necesitaban.

Me parece recordar que eran esos señores, y yo con ellos, los que formábamos la tertulia una tarde del mes de mayo de 1915, en que se nos apareció el locuaz, sabio y bondadoso don Carmelo Echegaray, anunciándonos, con el chispear de sus ojillos a través del cristal de sus lentes, que tenía más cosas de qué hablar que de costumbre. Y para que se redoblase nuestro interés, llevaba consigo a un desconocido, cuya presencia nos intrigó bastante. No tenía este acompañante de don Carmelo ese aspecto *sui géneris* que ya entonces distinguía a los intelectuales. Nada

de gafas de concha ni empaque de catedrático. Por el contrario, la vestimenta y los modales eran de un hombre del estado llano. Chaparro, con una cabeza poderosa asentada en un ancho cuello, y brotes de pelo por todo su rostro, aquel hombre, que aparentaba de veinticinco a treinta años, daba la sensación de una fuerza de la naturaleza. Se adivinaba en él a un hijo del campo.

Don Carmelo le presentó, atropellándosele, como siempre, las palabras:

—El director de la Biblioteca... don Miguel Artigas. Llegó esta mañana para posesionarse de su cargo...

Todos fuimos estrechando la mano, que nos tendía el recién presentado, y alguno le registró con la mirada, como si quisiese descubrir el secreto que se ocultaba bajo su chaqueta. Y quizás no quedó muy satisfecho de este examen.

Porque aquel hombre iba a ser el primer director que tuviera la Biblioteca de Menéndez Pelayo; es decir, el sucesor directo del propio don Marcelino, al frente de aquel Centro, en el que convergían las miradas del mundo intelectual. Y como el pueblo soñaba para capitán de la magnífica nave, un hombre aureolado ya por la fama y consagrado por los años, a los contertulios de Basáñez parecíales poca cosa aquel casi muchacho, de aspecto sencillo, que contestaba a las preguntas en tono natural, con un marcado acento baturro y sin darse importancia. Probablemente — pensaban los más suspicaces — será uno de tantos funcionarios como manda Madrid, que llegan sin ilusión ninguna y sin otra finalidad que ir vegetando.

Pero esta creencia, si es que realmente existió, duró tan sólo la media hora que don Carmelo y el nuevo bibliotecario tardaron en retirarse. Porque así que volvieron las espaldas, Basáñez, que fué siempre el hombre mejor informado del pueblo, empezó a hacer el elogio del que acababan de presentarle. Se sabía su biografía desde que nació en Blesa, provincia de Teruel, en el año 1887. Sus estudios de filosofía y letras como becario en Salamanca. Su doctorado en 1910 y su marcha a Alemania, pensionado por el

Estado. Su residencia en Jena como alumno de las aulas de filólogos célebres.

Y, finalmente, su regreso a España en 1914, arrastrado por los torbellinos de la guerra.

Todo esto lo sabía Roberto Basáñez y exponíalo con el calor humano que en él encendían las causas nobles. A su juicio, aquel Miguel Artigas, desconocido en Santander, era el sucesor soñado por don Marcelino para el pastoreo de su inmenso rebaño bibliográfico.

—¡Y si no, al tiempo, que da la razón a los que de veras la tienen...!

Decíalo moviéndose de un lado a otro en aquel espacio reducido, dando la sensación de un león en la jaula. Y restregándose las manos, un gesto muy suyo, con el que subrayaba sus palabras.

Parecía animado de un soplo profético y los que le escuchábamos—don Pedro Arce, don Eusebio Sierra, don Gonzalo Alzola, don Julián Fresnedo, don Luis Martínez y el autor de este verídico relato—, quedamos convencidos por su elocuencia apasionada.

Lo que para Artigas supuso este arribo a Santander y el contacto con estos hombres (don Carmelo, Basáñez, etcétera), nos lo refiere él mismo en el discurso que en elogio de don Carmelo, muerto hacía poco, pronunció ante la Junta de Cultura Vasca el 29 de diciembre de 1928. Dijo con verbo emocionado:

«Conocí a don Carmelo en momentos de crisis espiritual, honda y decisiva. La resaca de la guerra Europea, después de varias peripecias que no son del caso, me arrojó a las playas santanderinas en la primavera de 1915. Para nosotros, para la generación que, atraída irresistiblemente por el prestigio de la cultura europea, se lanzaba a las cátedras de la docta Germania y de otras naciones, fué la gran guerra una sacudida terrible, que hizo volar de nuestras cabezas muchas ilusiones. El nimbo semidivino de la cultura de Europa comenzó a esfumarse; aquella diosa, a la que tan enardecidos sacrificábamos, tenía bajo sus espléndidas vestiduras el cuerpo de un dragón oriental y furioso,

ávido de sangre y de exterminio. Los que sepan de los desmayos, de la tristeza infinita del que pierde una fe, podrán darse cuenta del estado de ánimo de los que volvíamos con las alas quebradas.

»En las salas de la Biblioteca que aún guardaban el eco de la voz del Maestro, y junto a los volúmenes, orgullosos todavía del contacto de aquellas manos, en la paz silenciosa de tantas voces muertas, comenzó en mí una nueva vida, una nueva ilusión. Para fortuna mía, durante varios meses tuve a mi lado, entonces, a don Carmelo, que con sus palabras, con su ejemplo me ayudó a vencer la crisis y avivó la fe naciente de un nuevo ideal, conocer, difundir y continuar las enseñanzas de Menéndez Pelayo. Muchos, en la ciudad, le habían conocido y tratado; algunos eran sus amigos personales, y no pocos los inventores o los transmisores de esa sarta de anécdotas ridículas. Pero don Carmelo era el discípulo que le amaba y le comprendía y con él me era dado departir a mi sabor.

»Imaginad, por un momento, a los primeros convertidos al cristianismo que no conocieron a Cristo, cómo preguntarían a los Apóstoles sobre los hechos del Maestro, sobre sus enseñanzas; cómo anotarían y repetirían las palabras que no pudieron escuchar, y, si no os parece demasiado irreverente, comparar las cosas divinas con las humanas, podéis representaros así mis primeras conversaciones y coloquios con don Carmelo.

»No hubiera podido encontrar mejor intérprete ni más seguro guía. Pronto comprendí la grandeza y la inmensa bondad del corazón de mi nuevo amigo y su adhesión ferviente a don Marcelino.»

Así fué cómo el futuro director de la Biblioteca Nacional, el insuperable biógrafo de Góngora, el académico de la Española, puso su pie en el avispero, que era el Santander del año 1915. Un avispero en el que muy pocos entraban sin sentir en sus carnes el aguijón de las abejas y los zánganos.

Artigas evitó este peligro. Uno de los méritos de quien tuvo tantos es el haber sabido mantenerse al margen de las

luchas locales. Como es de suponer, no dejaron las brujas de *Macbeth* de tentarle, prometiéndole el oro y el moro si se incorporaba a una u otra de las banderías rivales. Pero él, risueño y serio al mismo tiempo, con un gesto entre bondadoso y socarrón que desarmaba, oía a todos y no se casaba con nadie. No había venido a Santander a participar de nuestras discordias, sino a poner a la disposición del mundo los tesoros de letra impresa y manuscrita acumulados por Menéndez y Pelayo.

Y a esa labor se consagró desde el mismo día de su llegada. Su cordialidad, su tono campechano tan distinto del pedantesco que otros usaban, le ganaron las simpatías de elementos jóvenes hasta entonces poco utilizados. Con éstos y algunas personas ya maduras, a las que rejuveneció su entusiasmo, acometió la investigación a fondo de la historia Cántabra.

Recordemos entre los nombres de estos auxiliares que él movilizó, al ilustre general don Fermín Sojo Lomba, a don Luis Escalante, a López Argüello, a José María Cossío, a don Marcial Solana, a José Fernández Regatillo, a Fernando Barreda, a Elías Ortiz de la Torre y a Francisco y Fernando González Camino.

Y hasta un hermano mío, Germán del Río, capitán de barco retirado y práctico del puerto, que no había escrito más que *Protestos de avería y arribada* y los *Acaecimientos* del diario de Navegación, sintió el influjo de aquella voluntad enérgica que llamaba a todos al trabajo, y empleó sus horas libres en revolver los papeles de la Biblioteca para extraer de ellos los materiales de una historia del tráfico de nuestra bahía que planeaba.

Frutos de este interés por el estudio que Artigas había suscitado, fueron las *Sociedad de amigos de Menéndez Pelayo* y su prestigioso *Boletín*, que, según la frase feliz de uno de los que ahora le gobiernan: «Es una mercancía española que sigue exportándose a todos los mercados.»

Miguel Artigas no era sólo el técnico formado en las Universidades alemanas, como nos había explicado Basáñez, sino, también, el hombre de buen sentido, que no daba

pasos en falso. Su consejo era siempre aceptado. A los pocos meses de estar en la ciudad, en vez de ser arrastrado por el torbellino de sus pasiones, era quien la orientaba, sin proponérselo. Establecía puntos de convivencia y empresas mutuas en que todos pudieran emplearse.

Contertulio de Basáñez desde su primer día santanderino, traspasó el espíritu de aquel parnasillo a este Ateneo, cuyas reuniones de la hora del café, presidió durante muchos años. Otros hablen de su gestión al frente de la sección de Literatura. Yo voy a hablar tan sólo, y ya para acabar, de la peña cafeteril que en la modesta instalación de la calle de Lepanto—tránsito entre dos edades ateneísticas—teníale a él de animador y presidente.

¡Asamblea inolvidable, que atronaba el vozarrón de don Jaime Espases, el canónigo de estatura, de grandeza y alma de niño!

¿Cuántos del grupo quedan ya? ¡Ay, al pasarles lista esta noche, me temo que sean mayoría los muertos! En el otro lado del misterio nos esperan: Miguel Artigas, Enrique Menéndez, Luis Barreda, Ramón Solano, Alberto López Argüello, don Pedro Santiago Camporredondo y su compañero de cabildo don Manuel López Arana, que murió de obispo de Ciudad Rodrigo; don Francisco Mirapeix, el ingeniero que hacía poesía con las turbinas, como un personaje galdosiano; José Fernández Regatillo, Pepe Ciria, que murió adolescente y al que, como a los Delfines de las monarquías, lloraron en versos antológicos los más altos poetas; Alberto Espinosa, Ramón Pérez Noriega, don Evaristo Rodríguez de Bedia, el decano y prudente Néstor de los periodistas montañeses; Ricardo Bernardo, fallecido en la expatriación; Manuel Obese, caído en Brunete; Antonio Lamadrid, Pancho Barreda, Paco Camino, Herminio Villegas y Arturo Casanueva, asesinados; Antonio Cabrero, hundido con el *Baleares:* Manuel Llano, Elías Ortiz de la Torre, don Francisco Burgués, Ángel Vidal, Policarpo Mingote, Fernández Llera, don Carmelo y Basáñez...

Todos, con unos pocos que quedamos vivos, formaron en las peñas de este Ateneo, continuadoras de la tertulia

de la calle de la Blanca. Artigas fué su constante animador desde 1915 a 1930, en que, marchando siempre tras las huellas de su Maestro, fué a ocupar el puesto que éste prestigiara en la dirección de la Biblioteca Nacional.

Hoy ya todo eso es ceniza y polvo de recuerdos, como la calle de la Blanca y todo el Santander del año 15, con el que Artigas se puso en contacto recién venido de Alemania...

JOSÉ DEL RÍO SAINZ.

ARTIGAS ÍNTIMO

Le conocí en sus años mozos, cuando llegó a Salamanca en los comienzos del curso de 1905 a 1906, después de haber ganado, no en reñida—porque ni para esto reñía Artigas—sino en pacífica, pero muy brillante y extraordinaria oposición, una beca del Colegio Mayor de San Salvador de Oviedo. «Ese turolense que ha caído por aquí es un muchacho muy listo y bien preparado, me dijo uno de sus jueces; hazte su amigo.»

Cuando tal consejo se me daba ya habíamos nosotros intimado. Me llamó la atención desde los primeros días que nos encontramos en la clase de literatura española: no traía el aire de suficiencia ni el aspecto grave de que gustaban entonces los becarios, muchos de ellos barbados ya y con gafas.

Vivía en una medio *casa de la Troya* de la calle de San Justo con dos estudiantes más de Medicina; un empleado de Hacienda, un dependiente de comercio y algunos otros pupilos de muy heterogéneas profesiones y variadas cataduras. Allí se jugaba a las siete y media y al julepe, se rasgueaba la guitarra y se entonaban guajiras y jotas a cualquier hora del día o de la noche, se daban bromas más o menos pesadas entre los *cofrades* y los visitantes, y se recibían con chacota las amonestaciones de la patrona, moralizadora y severa señora que se esforzaba inútilmente en convencer a su alegre clientela de que aquélla era *una*

casa muy seria. Esto casi siempre cuando al retorno de una novena se encontraba convertido en salón de baile, con la colaboración de su misma hija y de algunas chicas de la vecindad, la habitación de respeto de la casa: una pieza alargada con balcón a la calle, paredes desconchadas en las que colgaban dos retratos al óleo mal pintados; en el frente un sofá cojo que nos servía para hacer balancín y por los costados varias sillas que llenaban de peluche las asentaderas del que, incauto, quería utilizarlas.

Aquí no puede parar mucho Miguel, pensaba yo para mi capote; esta tropa no le dejará estudiar. Pero pasó un mes y otro y llegó el final de curso y Artigas continuaba hospedado en la misma casa, que seguía siendo *muy seria, muy seria,* pero con el tronido de siempre.

Después me lo he explicado: Artigas, que había sido seminarista en Teruel, poseía ya ese perfecto equilibrio de facultades que dan los estudios humanísticos, y una *seria alegría*—más seria que la de la casa de su patrona de Salamanca—que le acompañó durante toda su vida y le permitía encajar en cualquier parte y hacerse querer de todos.

En las primeras huelgas estudiantiles que hicimos los *pipiolos*, él, como todos los becarios, entró en clase. ¡Los becarios! Esta era para nosotros una palabra tabú que nos infundía profundo respeto. Podíamos los demás estudiantes faltar a clase con cualquier pretexto: porque un guardia había señalado la marca del sable en la espalda de un compañero, por ser día de *hueco* o de puente, como ahora se dice; para celebrar un acontecimiento o protestar de otro, o, sencillamente, porque había helado o porque salía un hermoso sol en el riguroso invierno.

¡Pobre del *pelotillero* que se atreviera a entrar en el aula una vez decretada la huelga o la juerga: menuda somanta le esperaba a la salida! Pero para los becarios era otro cantar. A las tres faltas colectivas perdían la beca, y aunque algunos la solicitaban más por tener ocasión de acreditarse y brillar en sus estudios que por necesidad, eran no pocos los que la disfrutaban como único medio de

poder costear su carrera, por lo cual todos ellos gozaban de bula e indulto general del cónclave alborotado de los promotores de algaradas, viejos estudiantones de los últimos años, que, resistiendo suspenso tras suspenso, iban terminando sus carreras y dejaban, al ausentarse definitivamente de la Universidad, una estela legendaria de alegre vagancia, dorada con chascarrillos escolares, que se trasmitían luego de curso en curso, durante unas cuantas nuevas hornadas.

Yo recuerdo un distinguido ejemplar de este tipo, a quien *al presentarse a sufrir*—como decían entonces las convocatorias, y no sé si continúan hoy cruelmente repitiéndolo—examen de Derecho Canónico, le oí definir el palio, tomando el rábano por las hojas, como *una especie de paraguas eclesiástico*. Y a pesar de todo es hoy un excelente abogado y padre de cinco chicos, extraordinarios tragalibros, pero que en el ingenio salen muy poco a la casta.

Artigas, digo, entró en clase, como todos los becarios, en la primera, tal vez en la segunda y hasta en la tercera huelga estudiantil; pero llegó una, movida por motivos muy simpáticos a los escolares, que envolvía cierta protesta, justa y respetuosamente expresada, y nuestro baturro becario dió un adiós a los de su casta privilegiada y se fué con la plebe estudiantil, que en aquella ocasión resultó vencedora, con gran contento de la mayoría de los profesores.

Este fué el espaldarazo del ingreso de Artigas en cierta ideal cofradía de estudiantes, a la que no se pertenecía por el mero hecho de matricularse en un curso de carrera universitaria; cofradía que jamás tuvo nombre encerrado en el enigma de solitarias mayúsculas, pero cuyo reglamento, aunque nunca se escribió, nos lo sabíamos todos de memoria, pues estaba condensado en una sola y entrañable palabra: *compañerismo*. Artigas alcanzó desde entonces cierta discreta popularidad entre los estudiantes: era un perfecto camarada—término que ya empleábamos por aquellas calendas—simpático, bueno, inteligente y, además, nada *empollón*, mérito extraordinario entre aquella clase escolar.

* * *

Aquel bondadosísimo profesor de literatura que tuvimos, en su aspecto exterior, en sus ademanes melindrosos y hasta en sus almibaradas expresiones, nos parecía un nuevo Martínez de la Rosa. No sé cuál de nuestros compañeros le había muy graciosamente parodiado la frase de *Rosita la Pastelera*, y por este remoquete conocíamos generalmente a nuestro catedrático más que por su nombre de pila.

Vamos a ver—hijitos míos—nos dijo un día, ya muy avanzado el curso; vamos a ver cuántos alumnos pueden aspirar a la nota de sobresaliente en esta asignatura. Para ello será necesario que presenten un trabajo completamente original—entiéndanlo bien, completamente original—sobre cualquier punto o cuestión de los tratados en el programa.

Pausa larga, un toquecito de pañuelo a los quevedos montados en oro, un suave remolinete de manos haciendo como que las friccionaba, una tosecita, y, finalmente, con el programa ya abierto en la mano, levantó un momento la vista por cima de los cristales y añadió: los trabajos tienen que ser presentados antes del 10 de mayo.

Luego, con una untuosidad tan relamida que le desfiguraba hasta el nombre, digno de pronunciarse a toque de tambor, llamó al alumno don Juan Pompeyo Valentín Tabarés y de la boca de nuestro profesor de literatura brotó nuevamente, «*cual dulce miel que del panal fluyera*», aquel eterno «Vamos a ver, hijito; vamos a ver qué nos dice usted del *Quijote*.»

Indudablemente los dos mejores trabajos que se presentaron y que obtuvieron no sólo el sobresaliente, sino matrícula de honor, fueron los del Padre Albino Menéndez Reigada, hoy Obispo de Córdoba, y el de Artigas. El Padre Albino, muy en carácter con su hábito de religioso, hizo un estudio comparativo entre *El Delincuente honrado*, de Jovellanos y *Los Malhechores del bien*, de Benavente; Artigas escribió larga y eruditamente sobre Luzán y su Poética, estudiando los antecedentes de ella y la influencia que en otras posteriores poéticas tuvo.

Todos nos miramos con cierto asombro. Aquel com-

pañero había leído ya *La Historia de las Ideas Estéticas*, de Menéndez Pelayo, y le citaba repetidas veces. Yo creo que desde entonces empezaron las aficiones menéndezpelayistas de Miguel Artigas.

El Padre Albino y Artigas trabaron gran amistad durante la carrera universitaria, y al final de ella ambos fueron pensionados a Alemania. De la estancia de Miguel allí, conozco algunas anécdotas curiosas y que le pintan de cuerpo entero; pero no puedo alargar este artículo refiriéndolas. Baste con saber que cuando regresó a España había dejado por aquellas tierras de Germania muy buenos amigos, con los que mantuvo durante toda su vida una afectuosa correspondencia.

* * *

Águeda, Antonia, María Teresa y otros nombres de mujer que no conozco, figuran en la vida íntima y cordial de Miguel Artigas. No, no sospechéis que os voy a contar aventuras románticas. Se trata de doña Águeda, doña Antonia y doña María Teresa, las patronas que tuvo en Salamanca, en Santander y en Madrid.

Aquel pupilo ideal, tan sencillo, que no se quejaba de nada, que se llevaba tan bien con todos los compañeros de hospedaje, sabía ganarse inmediatamente las simpatías de sus patronas, que le trataban como a uno de la familia y le comunicaban sus asuntos y negocios más íntimos. Él se entregaba plenamente y escuchaba con paciencia el recuento incabable de las calamidades y apuros que afligían a sus patronas, y participaba también en las pocas y no muy largas alegrías que la vida les proporcionaba de vez en cuando.

El marido de doña Águeda fué teniente de carrera, no de cuchara, cuando salió para Cuba, donde murió de unas fiebres malignas. ¡Qué vida más distinta para Juanita si su padre viviera aun! Tal vez por méritos de guerra hubiese llegado ya a coronel; ni doña Águeda ni Juanita tendrían que estar pasando tantas calamidades, ni aguantar las gro-

serías de Juárez, que requería de amores a la hija y debía ya dos meses de pupilaje a la madre.

—Dígale usted algo—Miguel—pedía, angustiada, doña Águeda. A ver si consigue—a usted sé yo que le hace caso—que deje en paz a la niña y que me pague lo que me debe. Y Artigas intervino discretamente en el espinoso asunto y consiguió que Juárez llegara a ponerse al corriente con doña Águeda... y también con Juanita, a la que al terminar su carrera la hizo nada menos que señora médica de un rico pueblo extremeño.

Artigas no tuvo más que una patrona en cada ciudad donde, de soltero, hubo de residir. En Salamanca hizo toda su carrera en casa de doña Águeda; en Santander vivió, hasta que se casó, en casa de doña Antonia, en la calle de Atarazanas. No puedo afirmar si fué una doña Frasquita la de Sevilla y una doña Pepeta la de Barcelona, pero de lo que sí estoy seguro es de que en cada una de estas ciudades tuvo también su patrona, su única patrona, que le contó sus cuitas, que le trató familiarmente y a la que él recordó siempre con cariño.

Ni una sola vez fué a Salamanca Artigas que no visitara a doña Águeda; ni una vez sola vino a Santander que no fuese a saludar a doña Antonia. A doña Águeda y a doña Antonia hasta las había asociado a sus estudios: doña Águeda era para él, helenizando el nombre, doña *Agata:* la buena; y doña Antonia—esto lo saben muchos santanderinos—era la *Antoniana Margarita*, como aquel rarísimo y hermoso ejemplar, edición príncipe de Medina del Campo, que se conserva como preciada joya en la Biblioteca de Menéndez Pelayo y del que el Maestro decía que más quería poseerlo que ser llamado rey de Celtiberia.

La casa de doña María Teresa, en Madrid, en la calle de Villanueva, muy cerquita de la Biblioteca Nacional, era, y sigue siendo, como una prolongación de la casa de los Artigas. Al llegar los veranos, los chicos, estos pequeños Artigas, que han heredado todas las bondades y mucho del talento de su padre, estaban ansiosos de esparcirse y dar algo de tregua a sus estudios. Su padre, bondadoso con

todos, no quería negarles el bien ganado descanso como premio a su aplicación; pero él no podía abandonar el timón de la Biblioteca Nacional, sobre todo, en aquellos primeros años de su gobierno, en que tantas cosas había que crear, reorganizar o darles nuevo impulso. La madre se iba con los hijos a la masía, en la provincia de Teruel, y nuestro don Miguel, solo o con el más rezagado de sus hijos, se trasladaba, invariablemente, a casa de doña María Teresa, donde tenía su habitación y donde era considerado no como un huésped, sino como un familiar más. *Ya llegó don Miguel*—se decían, regocijados, en aquella casa—como quien está esperando su vuelta; un *ya llegó don Miguel* que sonaba algo así como «ya llegaron las golondrinas este verano».

* * *

La recia y hasta si queréis un poco áspera figura y porte de Artigas no dejaban traslucir a primera vista todo lo que llevaba dentro; aquella barba dura, negra y muy cerrada, que mellaba todas las navajas, según expresión del rapador al que solía entregarse, porque él era bastante desmañado para tal menester; el potente y fuerte basamento en que se asentaba la noble testa, digna de un procónsul romano; el color tirando a cetrino; su hablar abaturrado, que nunca perdió; su aire nada marcial y hasta el atuendo de su persona, incapaz de reparar en la raya del pantalón o en el nudo de la corbata—Artigas, escribía con gracia un periodista baturro, es el hombre que peor lleva la boina en Zaragoza—, ponían sobre él cierta corteza rugosa, que era necesario romper para penetrar en la entraña.

Y las que primeramente calaban hondo en las bondades del corazón de Artigas y sabían recurrir a ellas, y explotarlas en más de una ocasión, eran las mujeres, guiadas por el instinto que para todo lo sentimental tienen.

—No te vayas—me decía Miguel una tarde en que, estando en su despacho de la Biblioteca Nacional, le anunciaron que le quería ver una señorita bibliotecaria.

—¡Esta mujer me trae frito, me acosa por todas partes. Quédate y defiéndeme, que ya no puedo resistir más!

Y efectivamente, entró la aludida con un pañuelito de batista en la mano como preparándose para la escena.

—¿Lo ha pensado usted ya, don Miguel? ¿Cuento con su permiso?

—¡Pero, hija mía, si acaba usted de venir de su pueblo! Y con la falta de personal que aquí tenemos.

—Don Miguel, ¿si es que mi padre está grave?

—Lo estuvo, lo estuvo...

—No, señor; ha recaído con un catarro muy fuerte. He cogido ya el billete. ¡Mire usted qué trastorno. Don Miguel, por Dios, por lo que usted más quiera...!

Y el pañuelito de fina batista comenzó a empaparse de lagrimones, a los que acompañaban hondos sollozos.

—Siéntese, siéntese y serénese para que hablemos con calma.

—¿Pero, me deja usted marcharme, aunque sólo sea por tres días?

—Bueno, le consiento que se vaya por tres y por algunos días más, con una condición.

—¡Qué bueno es V. don Miguel! Dígame qué es lo que quiere que haga.

—Que se case, que se case prontico.

Y la chica, con los ojos húmedos aún, salía riéndose del despacho de la Dirección.

Artigas no me hizo más comentario que recitarme estos versos del célebre soneto de Lope, *Daba sustento a un pajarillo un día:*

Que puede tanto una mujer que llora
que vienen a reñirla y enamora.

Claro—añadió luego—como queriendo disculpar su debilidad, que ésta poca guerra nos dará, porque, desengáñate, terminará como muchas: de cajera en el buen negocio que tiene su suegro, y se olvidará de que han existido bibliotecas en el mundo.

Y así de paternal era siempre Artigas para con la difícil grey femenina que tuvo que gobernar. Súplicas y lloros,

largas narraciones de conflictos familiares, alegrías y anhelos, ñoneces literarias de aspirantes a poetisas, de todo tenía que soportar frecuentemente, y, como si estuviera sentado en el tribunal de la penitencia, escuchaba pacientemente y siempre acertaba con frases consoladoras y que daban buen ánimo. Y esto acompañado de sabrosos comentarios, con su gracejo baturro, que muchas veces encerraban honda filosofía.

¿Quién de los que por los años de 1927 al 30 frecuentaba la Biblioteca de Menéndez Pelayo no se acuerda de Merceditas Angermeier?

Merceditas había nacido en Alemania; pero estaba recriada aquí, en Santander. Era hija de don Víctor, el competentísimo regente que trajo de allá Enrique Wagner cuando fundó en esta ciudad la Imprenta Aldus, que hoy con sólos Pérez o Rodríguez mantiene todo el prestigio a que la elevaron los Angermeier o Schneider de su primera época. Merceditas, rubia, de ojos azules, gafas de grandes cristales y tez que no tostaban ni los aires yodados de la playa, hablaba muy doctoralmente con *don Miguel* en alemán; y Merceditas, alumna del bachillerato, chiquilla alegre y decidora, de porte airoso y estatura nada germánica, pues tendía más bien a baja, charlaba en castellano castizo y hasta en puerto-chuiqueño o *pejino* con cualquiera que se presentara. Artigas fué dirigiendo prudentemente los primeros pasos literarios de Merceditas. Terminó su bachillerato y se colocó de auxiliar en la biblioteca de la Casa de Salud Valdecilla, donde llegaban a diario esos *Handbuch* alemanes que, sin respeto al nombre que les ponen, constan de muchos tomazos, y numerosas revistas de especialidades médicas, y las catalogaba y clasificaba sus artículos con arreglo a las instrucciones que le daba su mentor Artigas.

Merceditas tuvo que regresar a Alemania; pero no se olvidó de don Miguel. Seguramente que ella, siempre alegre, se habrá puesto muy triste al saber la noticia de su muerte y le habrá encomendado a Dios.

Tengo delante una carta suya, fechada en München en 3 de febrero de 1939, en la que le dice a Artigas:

«Mi estimado y querido don Miguel: Si esta carta llega

a sus manos, como de todo corazón espero, seguramente será para usted un momento de sorpresa. ¡Cuánto tiempo hace que nos hemos perdido de vista! ¿Cinco, seis años, o quizá más? ¡Y cuánto ha sucedido desde entonces! Sus hijos ya serán unos mocitos, y ésta, que era una mocita entonces, a la cual usted quería hacer un pequeño lucero en el firmamento de las buenas y sabias letras, se ha ido convirtiendo en lo que el mundo llama una persona mayor de edad.

Un poco confusa y despistada y un bastante movida ha sido mi vida en estos últimos tiempos. Pero no es ocasión ahora de hablar de ella. Del gran mar de dolor que se ha desbordado sobre España—amén del infinito compadecer—también a mí me ha tocado mi parte personalísima: el ver a mi familia casi a las puertas de la ruina y el ser yo lanzada fuera del camino trazado.

Largo tiempo estuve también penando por la suerte que pudiera haberle cabido a usted en Madrid, hasta que un día fueron despejadas mis preocupaciones por un pequeño artículo de su mano, con el cual, por casualidad, topé en un periódico y el que me reveló que estaba usted en Salamanca. Desde entonces, por las noticias que de cuando en cuando pillaba por aquí y por allá, desde lejos he seguido sus evoluciones.

Al fin, hoy me lanzo a escribirle con esperanzado valor y anhelosa alegría de poder quizá restablecer la comunicación con usted. Siempre me ha retenido el pequeño temor de poderle ser inoportuna, de que quizá ante el grave trance porque pasa España, pudiera serle de muy poco interés el saber qué fué de aquella muchachita de entonces. Si hoy tomo valor para hacer tal experimento, es porque tengo una cosa de bastante interés general que comunicarle.

Una importante casa editorial alemana me ha indicado que se interesa sumamente por publicar traducciones de obras de la literatura española contemporánea y también de la reciente. Bien sea de *bella literatura* o literatura religiosa o algo que en cualquier modo, espiritual y literaria-

mente valioso, recoja el alma y los ideales y los anhelos nacionales. Como yo, por falta de comunicación, no estoy ya al corriente de la producción literaria española, y como, por otra parte, nadie más indicado que usted para juzgar el valor de las obras y el interés que pueda tener su traducción, a usted con la encomienda le vengo.

Grandísimo interés tengo en el asunto, no tanto por lo que a mí personalmente pudiera reportarme, sino, ante todo, también, porque el infinito cariño que tengo a España me hace saludar con alegría todo aquello que pueda contribuir a extender el conocimiento de su alma y su genio por estas tierras alemanas. Que no hay mejor medio para fomentar la paz y la corriente de cordialidad entre los pueblos que el que se conozcan por sus verdaderas caras, las verdaderas ante Dios, que son sus altos ideales y propósitos. ¿Qué me dice usted, pues, del asunto? ¿Sabe usted algo especial que recomendarme? Espero impacientísima sus noticias.

Como ve usted por todo esto ando otra vez completamente enredada en ambiente literario y, al fin, según todos sus pronósticos, después de una pequeña incursión por los feudos de Esculapio e Hipócrates, en definitiva, todavía voy a parar a donde usted quería.

Pero como queda dicho: ya le contaré más de mi vida cuando tenga noticias suyas. ¿Tendré que esperarlas mucho tiempo o en vano? ¡Sería una gran tristeza y desilusión! En fin, esperemos.

Con muchos y buenísimos recuerdos para usted y los suyos, le saluda con todo respeto y fidelísimo cariño su afectísima.—*Mercedes Angermeier.*»

* * *

Por lo interesante y ejemplar de esta carta he querido reprducirla íntegra. Así sabía guiar y educar Miguel Artigas, así es como se hizo querer de todos y así acertó a infundir el amor a España, que rezuma la carta de Merceditas, en muchos extranjeros que frecuentaron los Cursos que la

Biblioteca de Menéndez Pelayo daba todos los veranos en Santander.

¿Qné será de Merceditas? ¿Dónde la habrán llevado los avatares de esta catástrofe mundial? Tengo delante su retrato, que acompaña con unos versos originales en alemán a su querido don Miguel.

. . . . . .

Ja, bendenkt es,
fühltet ihr nich den Engel—
saht ihr niemals sein Lächeln fliessen
in der Liebenden aufgerissnes Gesicht?

Donde quiera que estés, Merceditas, recibe mi emocionado y cordial saludo por ese fidelísimo cariño que conservaste para don Miguel. Él también, desde mejor vida, te saluda y te bendice paternalmente.

* * *

Tanto habían crecido ya los árboles, que nos tapaban la vista de las hermosas fachadas de ambas bibliotecas. Además era imposible su conservación al rebajar el jardín cerca de un metro.

Aquel hermoso laurel, que por la mano de Artigas había sido plantado, cayó por el hacha, como los magnolios. Y al venir a tierra, sentí un estremecimiento hondo, algo de escalofrío, pensando en aquel fraternal amigo, *dimidium animae meae*, que estaba para caer de un momento a otro, pues el agotamiento y la postración le tenían ya rendido.

Y a los dos días—yo no sé si aquello fué un presentimiento—me llegó el fatal telegrama comunicándome su muerte. Un recio roble más de los montes de su tierra, que con profundas heridas y ahuecado el tronco, caía por las inclemencias del temporal. Las doradas abejas le habían elegido para fabricar dentro dulces panales.

He visto muchos entierros en Madrid, he asistido a varios; pero jamás presencié tan sincero, tan emocionado duelo como el que se manifestó acompañando el cadáver de aquel amigo de todos hasta su última morada. Coches oficiales y coches particulares llegaron en más de un centenar hasta el mismo cementerio y allí todos rezaban devotamente.

. . . . . .

Al entrar al día siguiente en el Ministerio de Educación Nacional, se me acercó un portero y me dijo:

«Ayer estuve en el entierro de don Miguel y le di el pésame a la familia; pero también se lo quiero dar a usted, porque sé cómo se querían. ¡Pobre don Miguel! Yo no puedo juzgar lo que valía; pero lo que es como hombre bueno y sencillo, muy pocos, muy poquitos habrá habido.»

Y yo, al juicio de aquel portero me atengo. Muy competente, muy sabio fué Miguel Artigas; pero como amigo leal, como hombre sencillo y bueno, pocos le habrán aventajado. Lo dice quien siempre se vió colmado por sus bondades.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.

MIGUEL ARTIGAS FERRANDO (1887-1947). CURRICULUM VITAE.

En la Junta de la Sección de Literatura del Ateneo de Santander, celebrada el día 18 de junio de 1947, propuse a mis compañeros de directiva la organización de «una velada necrológica en honor de don Miguel Artigas, quien durante muchos años ocupó la presidencia de la Sección de Literatura del Ateneo de Santander» *(Libro de actas de la Sección, fol. 1, v.)*. En la sesión de 23 de julio siguiente di cuenta de haber solicitado las siguientes colaboraciones para el dicho acto de recuerdo: don Ángel González Palencia, don Enrique Sánchez Reyes, don Enrique Vázquez, don Miguel Bordonau, don Nicolás Fernández Victorio, don José del Río Sáinz, don José María de Cossío y don Luis de Escalante *(Libro de actas citado, fol. 2, v.)*. Por otra parte, la Junta de Gobierno de la Sociedad Menéndez Pelayo aceptó la propuesta que tuve el honor de someter a su consideración de dedicar un número del BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO—integrado por los trabajos que se leerían, sólo parcialmente, en la velada del Ateneo—al recuerdo del que fué su ilustre fundador y primer director.

Celebróse la velada el día 30 de octubre de 1947, y al final de la misma, como presidente de la Sección de Literatura, tuve el honor de pronunciar las siguientes frases:

«Perdonadme unas palabras, tan breves como inexcusables. La Sección de Literatura, como el pasado mes sintió la satisfacción de festejar el triunfo de un ilustre poeta montañés, siente en estos momentos la tranquilidad de conciencia que da el deber cumplido, y era para nosotros deber inesquivable este homenaje de recuerdo a quien tantos años presidió nuestra Sección.

»Y tenemos que felicitarnos por haber logrado reunir un coro de voces tan autorizadas, tan elocuentes como el que esta noche nos ha hecho revivir el recuerdo—cada día más próximo—de aquel tan humano maestro de humanidades que fué don Miguel Artigas.

»Habéis sabido de su bondad y sencillez a través de las elocuentes palabras de su sucesor en la dirección de la Biblioteca santanderina. El señor presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo ha sabido, por su parte, destacar las dotes de organizador de empresas culturales que adornaron a Artigas al poner los fundamentos de esa misma, ilustre Sociedad, al crear y dirigir una revista de crítica y erudición como el BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO, al poner en funcionamiento los Cursos para Extranjeros, que han sido la base de la actual Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en la que también—siquiera por seguir el ejemplo de Artigas—se ha trabajado, como decía el señor Escalante, con austeridad espartana y espíritu ateniense, aunque se haya logrado—confío que sin dañar por ello los intereses de la cultura ni menos los de la Montaña—que los presupuestos del Ministerio de Educación protegiesen el desarrollo de nuestra vida universitaria estival.

Don Enrique Vázquez ha sabido darnos un trasunto muy cabal de la personalidad de Artigas como contertulio de esta Casa; porque, en efecto, Artigas supo ser, supo que tenía que ser, además de erudito, eso otro que no todos los eruditos logran ser: hombre sociable y amigo de sus amigos. Y lo fué a maravilla, con su franca sonrisa, con su generosidad ejemplar para cuantos le pedían consejo, orientación y aun datos para sus trabajos, cumpliendo siempre el lema virgiliano que quiso presidiera la tarea de renunciamiento de los bibliotecarios: el *sic vos non vobis*...

»Don José del Río Sáinz ha destacado con firme trazo la figura de Artigas sobre el fondo de aquel Santander del primer tercio de este siglo, que nadie ha sabido pintar como el querido autor de los «Aires de la calle».

»Don José María Cossío, en fin, nos ha hecho ver, a tra-

vés de unas anécdotas epistolares, el noble carácter y la aguda sensibilidad del llorado maestro y, sobre todo, lo más profundo de su pensamiento: su claro, indivisible concepto de la cultura (con la que, naturalmente, no se puede jugar a los partidos) y su patriótica preocupación por el problema de España, siguiendo el pensamiento de Menéndez Pelayo. Porque Artigas, como ha señalado muy bien el señor presidente de la Sociedad, sirvió fielmente el espíritu del Maestro, sin pleitesías a la moda intelectual, es cierto, pero sin intentar detener la marcha del tiempo en un determinado momento, y así escribió su estudio de Góngora, seguro de que si don Marcelino hubiera alcanzado los tiempos de rehabilitación del arte barroco, hubiese rectificado alguno de sus juicios sobre el poeta cordobés, y así, también desde la presidencia de esta Sección de Literatura, contestó negativamente a la pretensión de muy sesudos varones que se oponían a la discusión de una ponencia de don Gerardo Diego sobre «Renovación poética y artística».

»Y nada más, señores, sino agradecer, en nombre de la Sección, su colaboración valiosísima a cuantos han participado en este acto, y a las dignas autoridades, que se unieron no hace mucho a nuestro homenaje a Gerardo Diego, agradecerlas también que hayan dado a éste de recuerdo el relieve que le presta tan destacada presidencia, y a que, en verdad, era acreedor el sabio y bondadosísimo maestro que todos lloramos.»

De propósito nos reservamos entonces la composición del trabajo que se publica a continuación. No queremos terminar estas palabras preliminares sin manifestar nuestro agradecimiento a don Luis Artigas Jiménez, que nos ha facilitado muchas noticias y nos cedió amablemente aun libreta de notas que perteneció a su difunto padre (q. e. p. d.); a don Manuel García Blanco, catedrático y Secretario General de la Universidad de Salamanca, que nos facilitó una copia del expediente académico del que fué becario del Colegio Mayor de San Salvador; a don Pascual López y don José María Pérez, que nos han comunicado curiosas noticias

sobre los primeros años de la vida de Artigas y a don Jaime Caruana y don Antonio Buj, directores de la Biblioteca y del Instituto de Teruel, respectivamente, por los datos que nos facilitaron.

DATOS BIOGRÁFICOS

A mediodía del 29 de septiembre de 1887, según la partida de nacimiento, y a las ocho de la mañana de la víspera, según la bautismal, nació en la calle de Medio, del pueblo de Blesa, provincia de Teruel, Miguel Jerónimo Artigas Ferrando Pérez Plou,[1] que recibió las aguas bautismales el día de San Miguel Arcángel, en la iglesia de la Santa Cruz, de Blesa, de la diócesis de Zaragoza.[2] Además de

---

1 En el folio 79 del cuaderno 12, sección de nacimientos del Registro Civil de Blesa, aparece el acta que a la letra dice: «Miguel Gerónimo Artigas Ferrando=En el pueblo de Blesa, provincia de Teruel, a las cuatro de la tarde del día veintinueve de setiembre de mil ochocientos ochenta y siete, ante D. Dionisio Bardagí Pérez, Juez municipal, y D. Isidoro Polo Miranda, Secretario, compareció D. Pedro Artigas Pérez, natural del Blesa, provincia de Teruel, mayor de edad, de estado casado, su ejercicio Secretario, domiciliado en este pueblo y su calle de Medio, según acredita por cédula personal que exhibe, expedida en veinte de julio último por la Alcaldía de este pueblo, solicitando que sé inscriba en el Registro civil, un niño; y al efecto, como padre del mismo declaró:=Que dicho niño nació en la casa del declarante el día veintinueve de setiembre a las doce de la mañana=Que es hijo legítimo del que declara, natural de Blesa, provincia de Teruel, de edad de treinta y seis años, de profesión Secretario, y de Catalina Ferrando, natural de Blesa, provincia de Teruel, de edad de treinta y dos años, dedicada a las ocupaciones propias de su sexo y domiciliada en el de su marido.=Que es nieto, por línea paterna de Cristóbal Artigas, natural de Blesa, mayor de edad, viudo, jornalero y vecino de este pueblo, y de Rudesinda Pérez, natural de Blesa, difunta, y por línea materna de Francisco Ferrando, natural de Moneva, provincia de Zaragoza, difunto, y de Ana Plou, natural de Blesa, difunta=Y que al expresado niño se le habían puesto los nombres de Miguel Gerónimo.=Todo lo cual presenciaron como testigos Román López, natural de Villar de Peodonso, provincia de Salamanca, y vecino de este pueblo, y Andrés Martín, natural de Plenas, provincia de Zaragoza y de la misma vecindad.=Leída íntegramente esta acta, e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas, si así lo creían conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado Municipal, y la firmaron el Sr. Juez, declarante y testigos, y de todo ello, como Secretario, certifico.»

2 «Don Rogelio Carod Artal, Cura párroco de la de la Santa Cruz de Blesa, provincia de Teruel y diócesis de Zaragoza, Certifico: Que en el folio veinte, vuelto, del tomo rehecho de Bautismos de este archivo parroquial, hay una partida que copiada literalmente dice así: Al margen: Miguel Jerónimo Artigas Ferrando. En el centro como a continuación sigue: En esta Iglesia Parroquial, día veintinueve de septiembre de mil ochocientos ochenta y siete, Don Joaquín Andreu, párroco, bautizó solemnemente a un niño nacido en la Parroquia el

Miguel Jerónimo, nacieron, del matrimonio de don Pedro Artigas Pérez y doña Catalina Ferrando Plou, otros tres hijos; el primogénito, Veremundo, que fué, como su padre, secretario de Ayuntamiento; el segundo, Urbano, sacerdote, y la tercera, Emilia, ejerció la profesión de maestra.

Fué don Pedro secretario del Ayuntamiento de Blesa hasta el año 1895, en que fué a servir el mismo cargo en Cella. En este pueblo asistió Miguel Jerónimo a la Escuela Nacional, de la que era maestro don Froilán Morencos. Se trasladó don Pedro, con su familia, a Villarquemado para servir la Secretaría de su Ayuntamiento, cargo de que tomó posesión el 9 de julio de 1899. Ya entonces cursaba Urbano el quinto año en el Seminario de Teruel, y Veremundo ayudaba a su padre en la Secretaría. Miguel, o Jerónimo, como le llamaban entonces sus familiares y amigos, inició sus estudios de latín con el cura de aquel pueblo, Mosén Manuel Domingo Cortés, y en setiembre de 1899 fué matriculado en el Seminario turolense como alumno libre.

Según el testimonio de algún compañero de estudios en estos años, fué Mosén Manuel Domingo Cortés—con reputación de muy docto en humanidades—quien despertó o puso en actividad la vocación de Miguel por las letras. No creemos aventurado suponer que el recuerdo del docto cura de Villarquemado estaba muy presente en la imaginación de don Miguel Artigas cuando, andando los años, hablaba muy reiteradamente de la necesidad de un libro que historiase la callada labor realizada durante el Renacimiento por los dómines humanistas de nuestros pueblos y aldeas.

En abril de 1900, y por recomendación de Mosén Manuel, se trasladó a Teruel su discípulo para escuchar las clases del

---

veintiocho del mismo a las ocho horas; hijo legítimo de Pedro Artigas Pérez, de Blesa, y de Catalina Ferrando Plou, del mismo. Se le llamó Miguel Jerónimo. Abuelos paternos, Cristóbal Artigas Plou, de Blesa, y Ana Pérez, del mismo; maternos, Francisco Ferrando, de Moneva (Zaragoza), y Ana Plou, de Blesa. Fué madrina, Paula Ferrando, advertida de cuanto previene el ritual... Incendiado el archivo parroquial, se rehace esta partida con datos facilitados por Modesta Lou Ferrando. De que certifico.

profesor de Humanidades en aquel Seminario, don Joaquín Blesa, que había de dirigir durante cuatro años los estudios del futuro bibliotecario. La entrada de Miguel en el aula fué triunfal. Veinticuatro alumnos asistían a la clase. El profesor hizo una pregunta al que ocupaba el primer puesto, sin obtener respuesta satisfactoria, y con el mismo resultado negativo la formuló a los demás escolares hasta llegar al penúltimo, que era Miguel, quien respondió con tanta modestia como cordura, lo que le valió pasar, ante el asombro de todos, al primer puesto de la clase, que conservó aquel curso.

Este primer curso y el siguiente los siguió como alumno libre y viviendo en una pensión, en la que pagaba, por cocinar y habitación, diez pesetas mensuales, pues los alimentos y la ropa limpia y arreglada se los mandaban de Villarquemado. El tercer curso le estudió como alumno oficial, y al año siguiente logró el beneficio—de que ya disfrutaba su hermano mayor—de pagar la pensión—sesenta y cinco céntimos por día—llamada de Josefino[1]. Urbano—testigo de las dotes para el estudio que adornaban a su hermano—aconsejó a don Pedro que autorizase a Miguel para simultanear los estudios del Seminario con los del Bachillerato.

Nombrado don Pedro Recaudador del Contigente Provincial de la Diputación, se trasladó con su familia—salvo Veremundo, que sucedió a su padre en la Secretaría de Villarquemado—a la capital, y Miguel salió del Seminario para ayudar a don Pedro en el desempeño de su nuevo cargo, a la vez que adelantaba en los estudios del Bachi-

---

[1] «Don Vicente Royuela Marco, Presbítero y Secretario del Seminario Conciliar de Teruel, Certifico: Que D. Miguel Jerónimo Artigas Ferrando, natural de Blesa, Prov. de Teruel y Diócesis de Zaragoza, cursó y aprobó en este Seminario los años y con las calificaciones que a continuación se expresan: Año académico 1899-1900. Latín y Castellano, Meritissimus, 1.er premio; Geografía, Meritissimus. Año académico 1900-1901. Latín y Castellano, Meritissimus; Historia Universal, Meritissimus, Mención honorífica. Año académico 1901-1902. Perfección de latín, Meritissimus, 2.° premio; Retórica y Poética, Meritissimus; Historia de España, Meritissimus. Año académico 1902-1903. Lógica y Psicología, Meritissimus, 2.° premio; Aritmética y Álgebra, Meritissimus; Metafísica e Historia de la Filosofía, Meritissimus.»

llerato. Inició éstos en la convocatoria de septiembre de 1903 y los terminó en la de junio de 1905, con la calificación de sobresaliente en los dos ejercicios del Grado de Bachiller, haciendo, en el curso siguiente, los estudios complementarios del Magisterio.[1] Le fué expedido el título de Bachiller por el Rector de la Universidad de Zaragoza, el 27 de marzo de 1906.

En 1905, y para conmemorar el Centenario del *Quijote*, el Instituto turolense organizó una velada, y en ella, el que había de ser Director de la Biblioteca Nacional, leyó un trabajo sobre el gran libro, que sospechamos sería el que le premió el Instituto y que aparece en el primer lugar de la bibliografía que a continuación insertamos.

El que luego había de ser fundador y director de importantes revistas científicas, ya en los últimos años de sus estudios en el Instituto, animó a algunos compañeros para redactar una revista de temas literarios y pedagógicos, encargándose de su dirección. Y aun añadiremos, como una muestra más de su precoz vocación por las letras, que cuando tenía unos catorce o quince años, compuso una obrita de teatro, que entregó a sólo sus más íntimos amigos con la

---

[1] En el archivo del Instituto de Teruel hay los siguientes datos: «Previa la aprobación en el examen de ingreso, que sufrió en este Instituto en 16 de setiembre de 1903, cursó y aprobó los estudios generales de la segunda enseñanza en la forma siguiente: Curso de 1902 a 1903, convocatoria de setiembre. Lengua Castellana, Gramática, Notable. Geografía general y de Europa, Aprobado. Geografía especial de España, Notable. Nociones de Aritmética y Geometría, Notable. Aritmética, Notable. Dibujo 1.º, Aprobado. Caligrafía 1.º, Notable. Curso de 1903 a 1904: Lengua latina 1.º, Sobresaliente con Matrícula de Honor. Lengua francesa 1.º, Aprobado. Historia de España, Notable. Geometría, Sobresaliente. Religión 1.º, Notable. Religión 2.º, Sobresaliente. Religión 3.º, Notable. Historia Universal, Sobresaliente. Álgebra y Trigonometría, Notable. Convocatoria de setiembre: Lengua latina 2.º, Sobresaliente. Preceptiva literaria, Notable. Lengua francesa 2.º, Notable. Gimnasia 1.º, presenta certificación. Curso de 1904 a 1905: Convocatoria de junio. Dibujo 2.º, Notable. Gimnasia 2.º, presenta certificación. Fisiología e Higiene, Aprobado. Elementos de Historia General de la Literatura, Sobresaliente. Física, Sobresaliente. Psicología y Lógica, Sobresaliente. Ética y Rudimentos de Derecho, Sobresaliente. Historia Natural, Notable. Agricultura y Técnica Agrícola e Industrial. Notable, Química general, Notable. El 17 de junio de 1905 obtuvo la calificación de Sobresaliente en los dos ejercicios del Grado de Bachiller. Estudios de Magisterio. Curso de 1905 a 1906. Nociones de Pedagogía, Sobresaliente, Pedagogía, Sobresaliente con Matrícula de Honor; Prácticas de Escuela, Sobresaliente».

recomendación de que no la dieran a leer a otros porque «tenía muchas faltas».

En el verano de 1905 se anunciaron unas oposiciones para la provisión de becas en la Universidad de Salamanca, y con fecha 21 de julio dirigió Artigas, desde Teruel, una instancia al señor Presidente de la Junta de los Colegios Universitarios solicitando ser admitido a la oposición. Un lacónico telegrama—sin más que dos palabras: «objeto conseguido»—hizo saber a los familiares y amigos de Teruel el éxito obtenido en la ciudad del Tormes.

El extracto de su expediente académico en las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho de la Universidad salmantina, es el siguiente:

Facultad de Filosofía y Letras: Año académico 1905-1906. Lengua y Literatura españolas (Prof. don Luis Rodríguez Miguel), Sobresaliente con premio (26 del V); Lógica fundamental (Prof. don Mariano Amador y Andreu), Sobresaliente (28 del V); Historia de España (Prof. don Timoteo Muñoz Orea), Sobresaliente con premio (26 del V). Año académico 1906-1907. Lengua y Literatura latinas (Prof. don Pedro Urbano González de la Calle), Sobresaliente con premio (28 del V); Teoría de la Literatura y de las Artes (Prof. don Julio Nombela y Campos), Sobresaliente con premio (23 del V); Historia Universal (Prof. don Santiago S. Martínez y González), Sobresaliente (29 del V); Año académico 1907-1908. Lengua griega (Prof. don Miguel de Unamuno y Jugo), Sobresaliente (30 del V); Paleografía (profesor don Gerardo Benito Corredera), Sobresaliente con premio (30 del V); Latín vulgar (Prof. don Gerardo Benito Corredera), Sobresaliente con premio (30 del V); Literatura española (Curso de investigación), Sobresaliente (30 del V); Lengua arábiga (Prof. don Santiago S. Martínez y González), Sobresaliente (30 del V). Año académico 1908-1909. Filología comparada de latín y castellano (Prof. don Miguel de Unamuno y Jugo), Sobresaliente con premio; Lengua y Literatura griegas (Prof. don Miguel Unamuno y Jugo), Sobresaliente con premio; Lengua hebrea (Prof. don Pascual Meneu y Meneu), Sobresaliente; Bibliografía (Prof. don Luis

Rodríguez Miguel), Sobresaliente con premio; Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas (Prof. don Domingo Miral y López), Sobresaliente.

Facultad de Derecho: Año académico 1906-1907. Derecho Natural (Prof. don Nicasio Sánchez Mata), Sobresaliente (3 del VI); Economía Política (Prof. don Francisco Bernis Carrasco), Sobresaliente (5 del VI); Derecho romano (profesor don Esteban Jiménez de la Flor), Sobresaliente (24 del IX).

El día 9 de junio de 1909 y ante el Tribunal designado por la Facultad e integrado por don Santiago Sebastián Martínez y González, don Timoteo Muñoz Orea y don Domingo Miral y López (que actuó de secretario), hizo Artigas los ejercicios para el Grado de Licenciado en Filosofía y Letras, Sección de Letras. En el primero y segundo ejercicio fué declarado Apto y en el tercero le fué concedida la calificación de Sobresaliente. En el ejercicio escrito desarrolló los temas 28 (Horacio: su vida y sus obras poéticas) y 54 (Concepto de la Diplomática. Procedimiento científico para la realización de su fin. Fuentes de conocimiento en Diplomática. Nombres de los diplomas y documentos). Ambos escritos se conservan en el Archivo universitario. El título de Licenciado, solicitado en 19 de abril de 1910, fué expedido por la Superioridad en 26 de abril de 1911.

En el Año académico de 1909 a 1910 cursó, como alumno oficial, en la Universidad de Madrid las asignaturas de Estética, (Prof. D. Francisco Fernández y González), Lengua y Literatura neo-latinas, (Prof. D. Antonio Sánchez Moguel), Sánscrito (Prof. D. Mario Daza) y Gramática comparada de las lenguas semíticas (Prof. D. Mariano Viscasillas), las cuatro correspondientes al período del Doctorado en Filosofía y Letras, Sección de Letras, y obteniendo en todas la calificación de Sobresaliente.

Como alumno libre se examinó en ese mismo curso de las asignaturas de Arqueología y Numismática y Epigrafía, obteniendo las calificaciones de Notable y Sobresaliente, respectivamente.

En 21 de septiembre de 1910, presentó la Memoria de

Doctor, y con fecha 25 de octubre del mismo año, verificó el ejercicio del Grado, obteniendo la calificaciónde Sobresaliente.

El día 1.º de noviembre de 1910, solicitó tomar parte en las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, anunciadas en *La Gaceta* del 12 de octubre del mismo año. Don Ángel González Palencia, testigo de mayor excepción, nos ha contado, en el elogio académico a su amigo y compañero, algunos incidentes de aquella oposición, Con el número 9 en la misma, ingresó en el Cuerpo de Archiveros el día 28 de julio de 1911, con destino en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. En 14 de diciembre del mismo año se le concede la excedencia para marchar en viaje de estudios a Alemania como becario del Colegio Mayor de San Salvador de Oviedo, siguiendo las enseñanzas de los profesores Willamovitz y Meister. Por R. O. de 19-XI-1912, se le concede el reingreso y es destinado a la Biblioteca Universitaria de Barcelona, y en 13-V-1913, pasa a prestar sus servicios a la Biblioteca Nacional de Madrid, tomando posesión el 1.º de junio.

La Junta para Ampliación de Estudios le concedió una de las pensiones donadas por el Doctor don Avelino Gutiérrez, residente en Buenos Aires, para continuar sus estudios en Alemania—esta vez en Jena y bajo la dirección del Prof. Goetz—, concediéndosele la oportuna autorización por R. O. de 29-IV-1914. El señor González Palencia, en su citado discurso, alude a lo que fué el viaje de retorno a la patria. En 1.º de septiembre del año 1914, se reintegra a su puesto en la Biblioteca Nacional.

Por R. O. de 22-II-1915, y con arreglo a lo dispuesto en el R. D. de 11-VIII-1914, referente a la organización y régimen de la Biblioteca legada a la ciudad de Santander por don Marcelino Menéndez Pelayo, fué convocada la oposición para el cargo de Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Dos bibliotecarios opositaron, ante un tribunal compuesto por don Francisco Rodríguez Marín, don Julián Paz y Espeso, don Adolfo Bonilla y San Martín, don José Ramón Lomba de la Pedraja y don Daniel López y López. En Acta de 15-IV-1915, el Tribunal acuerda pro-

poner a don Miguel Artigas para el cargo de Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, de Santander, y por Real Orden de 14-V-1915 se aprobó el expediente de la oposición y se hizo el nombramiento de don Miguel Artigas. El 16-V-1915, se hizo cargo de la Biblioteca.

En otras colaboraciones de este mismo número del Boletín se nos cuenta la grata acogida a que se hizo en seguida acreedor don Miguel Artigas en la capital de la Montaña. El verano de 1915 fué suficiente para que el bibliotecario justipreciase la importancia del tesoro que se confiaba a su cuidado, como lo demuestra la conferencia que el 22 de enero de 1926 leyó en el Ateneo de Santander. En esta docta institución leyó también, el 19 de mayo de aquel mismo año, un trabajo sobre la correspondencia de Menéndez Pelayo y Milá. En la Junta general de 17-XII-1918, fué elegido Artigas Bibliotecario del Ateneo, y más tarde—7-X-1925—presidente de la Sección de Literatura, cargo que desempeñó, casi sin interrupción, mientras residió en Santander. No sólo pronunció numerosas conferencias en el Ateneo, que van reseñadas en la bibliografía, sino que «cobró el portazgo», como él decía, a muchos de los investigadores que frecuentaron la Biblioteca del Maestro, y que ocuparon la tribuna del Ateneo. Además, presidió una diaria tertulia, de la que nos cuenta sabrosas anécdotas don Enrique Vázquez en el artículo con que ilustra esta publicación.

No sólo cuidó Artigas del tesoro bibliográfico confiado a su custodia, sino que procuró salvar de la dispersión o de la pérdida cuantos libros o documentos pudo. Así *El libro de miseria de homne*, que publicó en este Boletín, así también el documento alfonsí que pudo conocer y publicar don Antonio Ballesteros, gracias a la intervención de Artigas (vid. *El Pueblo Cántabro*, 17-XII-1918), así la adquisición por el Ayuntamiento de Santander de la magnífica «Colección Pedraja», en virtud de un documentado informe en cuya redacción tuvo parte principalísima Artigas.

Y no vamos a referirnos para nada a otros aspectos de la obra de Artigas—creación de la Sociedad Menéndez Pe-

layo, del Boletín de su Biblioteca, de los Cursos para Extranjeros, etc.— de que se ocupan autorizadas plumas en esta misma publicación.

En 1924 la Real Academia Española premia la magnífica biografía y estudio crítico sobre don Luis de Góngora, y en la sesión pública de la docta Corporación de 26-X-1924, en que ingresó Azorín, recibió Artigas la Medalla de Oro y Diploma de la Academia. Por su parte, los colegas archiveros y bibliotecarios tributaron a sus compañeros, don Miguel Artigas y don Justo García Soriano, premiados en el certamen académico, un homenaje en la tarde del 4-XI-24.

En 1926, asistió Artigas al Congreso de filólogos de Düseldorf, profesando conferencias en las Universidades de Bon, Leipzig y Hamburgo, en la Sociedad Filológica de Halle y en la *Spanische Arbeits gemeinschaft*, de Berlín.

En 1927 se otorga el Premio Nacional de Literatura a su *Semblanza de Góngora*, de la que se publican dos ediciones en 1928.

Por R. D. de 24-VII-1930, es nombrado don Miguel Artigas Director de la Biblioteca Nacional. La Sociedad Menéndez Pelayo acuerda nombrar a Artigas su Presidente Honorario y dedicarle dos nutridos volúmenes con trabajos de investigación. El escultor don Emiliano Barral esculpió un magnífico busto de don Miguel Artigas, que fué colocado en el salón central de la Biblioteca santanderina el 2-XII-1931.

Poco después de posesionarse de la dirección de la Nacional, emprende un viaje a Alemania, pronunciando en Berlín una conferencia sobre Menéndez Pelayo. Al regreso, explica otra conferencia en Bilbao sobre «Libros raros» y hace un sesgo en su viaje de retorno a la capital pasando unos días en Santander (Vid. *La Voz de Cantabria*, 31-XII-1930).

La inspiración cuando menos de cuanto se legisla en estos años sobre Bibliotecas, es de Artigas: Decreto de reorganización de las Bibliotecas Universitarias, de creación

de la Biblioteca Central de Alcalá de Henares, sobre Bibliotecas, catedrales, etc., etc.

En la sesión de 4 de mayo de 1933, los Académicos don Julio Casares, don Agustín G. de Amezúa y don Ignacio Bolívar, presentaron a la Real Academia Española la candidatura de don Miguel Artigas, siendo elegido académico numerario en la sesión de 14 de julio del mismo año. Leyó su discurso de ingreso en la sesión pública de 13-I-1935.

En 1935 pronunció una conferencia sobre Lope de Vega en la Universidad de Granada, y en el otoño de ese mismo año participó en un acto organizado por la Universidad de Oviedo para celebrar la adquisición de la «Colección Pidal» con destino a la Biblioteca Universitaria en formación. En Zamora también pronunció una conferencia en las postrimerías del año 1935.

El Alzamiento Nacional sorprendió a Artigas veraneando en su provincia natal. Remitimos al lector a las emotivas páginas que el señor González Palencia ha dedicado en su mencionado trabajo a este momento de la biografía de Artigas y al dramático de la muerte de su primogénito en el frente de Teruel como alférez provisional de Artillería.

Por Ley de 25-VIII-1939, se creó la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, de la que fué Artigas primer titular. En este mismo año y en el día aniversario de la muerte de su hijo Miguel, sufrió el primer ataque de hemiplejía. Víctima de esta dolencia, entregó su alma al Señor el 10-III-1947.

Fué don Miguel Artigas: Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia; de la de Buenas Letras, de Barcelona; de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba; Miembro Honorario de la «Casa Eucken», de Jena; Doctor por la Universidad de Munich; Miembro de la *Hispanic Society of America:* Doctor honoris causa de la Universidad de Colonia; Vocal del Pleno y del Ejecutivo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Director del Instituto Nicolás Antonio de Bibliografía y de su publicación periódica, *Revista de Bibliografía Nacional*, etcétera. Estaba en posesión de la Cruz del Mérito de primera

clase de la Orden del Águila, Grado de Jitisas de la Orden de la Medahuia y Comendador de la Orden de Alfonso el Sabio (O. M., 26-VIII-1924).

DATOS BIBLIOGRÁFICOS

VEINTE FALTAS SINTÁCTICAS DEL QUIJOTE.—Premio en el Instituto de Teruel. 1905. Inédito.

POESÍAS Y ARTÍCULOS. En «El Torico». Teruel, 1905.

POESÍAS Y ARTÍCULOS. En «Lo sé todo». Teruel, 1906-1909.

LA BIBLIOTECA DE LOS IRLANDESES, con R. Miguel. Inédito.

RESEÑAS DE LA ACADEMIA SANTO TOMÁS. MEMORIAS DE SECRETARÍA.

CONFERENCIA: LA HIPÓTESIS. [1906-1909]. Inéditos.

EL PANTEÍSMO.—Tesis de Metafísica. Salamanca [1906-1909]. Inédita.

LOS ESTUDIOS CLÁSICOS.—En «Movimiento Intelectual», revista de Madrid. dirigida por don Alberto de Segovia, 1910.

Nota crítica sobre *Elementos de Gramática Castellana*, de don Ángel Rosanes. Oviedo, 1910. En «La Ciencia Tomista». Año I (1910), pág. 550.

CONFERENCIA EN LA EXPOSICIÓN DE VALENCIA [SOBRE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS]. 1910. Inédita.

TESIS DOCTORAL SOBRE PALMIRENO. 1910. Inédita.

ARTÍCULOS para *Prensa Asociada* desde Alemania y Austria. 1911 y 1912.

INDOEUOPEO ORIGINARIO.—*Memoria del viaje como pensionado.* Inédita en el Archivo de la Universidad de Salamanca. 1912.

EL ACENTO LATINO.—Trabajo presentado a la Junta para Ampliación de Estudios. 1912. Inédito.

Nota crítica sobre *Historia de la Literatura romana*, de Martín Schanz. München, 1913. En «Revista de Libros. Boletín mensual de Bibliografía Española e Hispano-Americana». Año I (1913), páginas 27-29.

CRÓNICA DE SAMPIRO.—En el Centro de Estudios Históricos (sin terminar).

LIBER DIFFERENCIARUM (sin terminar).

NOTAS SOBRE LAS BIBLIOTECAS ALEMANAS. PRIMERA PARTE.—En «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Año XVII (1913), páginas 225-235.

ÁLVARO. VIDA DE SAN EULOGIO (acabada). Inédita.

FRAGMENTO DE UN GLOSARIO LATINO.—En «Revista de Filología Española». Año I (1914), páginas 245-274.

EPIDUCUS, traducido, y reproducción de los MENECHMOS y MILES GLORIOSUS, de Amberes. Tomo preparado. Inédito.

LA BIBLIOTECA MENÉNDEZ PELAYO. CONFERENCIA LEÍDA POR SU BIBLIOTECARIO, MIGUEL ARTIGAS Y FERRANDO, EL DÍA 22 DE ENERO DEL CURSO DE 1915-1916, EN EL ATENEO DE SANTANDER, QUE ACORDÓ PUBLICARLA A SUS EXPENSAS.—Santander.—Imp., Lit. y Enc. Vda. de F. Fons, 1916. Nota crítica sobre esta conferencia en «Revista de Filología Española». Año III (1916), páginas 197-198.

La Biblioteca de Menéndez Pelayo. Lo que debe ser, según el bibliotecario, por «Pick» [José del Río Sáinz]. En *La Atalaya*, diario de Santander, 25-I-1916, página 1.

A la memoria de Menéndez Pelayo. El IV aniversario, por «Pick». En *La Atalaya*, 19-V-1916, pág. 1. (Se refiere a la gran labor de Artigas al frente de la Biblioteca.)

Agamenón de Séneca, traducido por Menéndez Pelayo.—En *El Pueblo Cántabro*, diario de Santander, 19-V-1916, pág. 1.

Prólogo a dos cartas de Menéndez Pelayo y Milá.—En *El Pueblo Cántabro*, 20-V-1916. (Este trabajo fué leído, la víspera de su publicación, en el Ateneo de Santander.)

Nota crítica sobre *Das «Büchlein von der Kindererziehung» des spanischen Humanisten Aelius Antonius Nebrissensis*, de K. Hadank. En «Revista de Filología Española». Año III (1916), págs. 324-326.

Apuntes para un artículo titulado «Una visita a la Universidad Central». En «Filosofía y Letras. Revista publicada por alumnos de la Universidad Central». Año II (1917), págs. 1-5.

Lobo Lasso de la Vega.—En «Revista Crítica Hispano-Americana», publicada por A. Bonilla y San Martín. Año III (1917).

El programa del Maestro.—En *El Pueblo Cántabro*, 19-V-1917.

Catálogo-inventario de los papeles de Milá, existentes en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—Los pliegos 1, 2 y 3, se publicaron en «Revista Crítica Hispano-Americana». Año IV (1918). Los pliegos 4, 5, 6, 7 y 8, en tirada aparte del «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919).

Un «Quijote» extraño.—En «Revista Crítica Hispano-Americana». Año IV (1918), págs. 47-48.

La «Oda al Otoño», de Meléndez.—En «La Basílica Teresiana». Año V (1918), págs. 53-57.

Don Pedro Labrador.—En «La Basílica Teresiana». Año V (1918)?

Nota crítica sobre *Epistolario de Gabriel y Galán... por Mariano de Santiago Cividanes*. En *El Pueblo Cántabro*, 23-IX-1918. Firmado por «Eleuterio», seud. de Artigas.

Texto del Acta en la colocación de la primera piedra del edificio para Biblioteca y Museo municipales de Santander. Publicado en *El Pueblo Cántabro*, 31-VIII-1918.

Un nuevo poema por la cuaderna vía [El libro de miseria de homne]. Edición y anotaciones de Miguel Artigas. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», números 1, 2, 3, 4 y 6, de 1919, y 1, 2, 3 y 6, de de 1920.

A propósito de un libro [*Los hombres de toga en el proceso de D. Rodrigo Calderón*, por A. Ossorio y Gallardo]. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 48-52. (Se publica en este trabajo una carta inédita de don Adelardo López de Ayala.)

Dos promesas de la Avellaneda.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 69-71.

Los papeles de Quadrado.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 145-149.

Genus irritabile vatum [Tres cartas de D. J. Zorrilla a D. Manuel Cañete]. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 283-285.

Nota crítica sobre *Las polémicas sobre la cultura española*, de Pedro Sáinz Rodríguez. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 108-109.

Nota crítica sobre *Romancero de Carlos Quinto*, de Luis Barreda. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», Año I (1919), pág. 163.

Nota crítica sobre *La fiera campesina*, de Vicente de Pereda. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año I (1919), págs. 163-164.

Apostillas. El discurso del Sr. Redonet.—En *El Pueblo Cántabro*, 29-I-1919. (Se refiere al que lleva por título *El trabajo manual en las Reglas monásticas.)*

Menéndez Pelayo.—En «España», dirigida por Araquistain.

Aspectos de Santander. La Biblioteca de Menéndez Pelayo, por «Pick». En *La Atalaya*, 22-II-1919.

Ein unbekante spanisches Gedicht aus den Mittelalter.—Hamburg, 1920.

Al margen de una cuestión literaria. (Sobre el autor del Diálogo de la lengua). En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año II (1920), páginas 76-83.

Nota crítica sobre el *Catálogo de los códices y documentos de la Catedral de León*, por Zacarías García Villada, S. J. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año II (1920), págs. 54-56.

Nota crítica sobre *Une edition inconnue de la Propalladia de Bartolomé de Torres Naharro*, de Joseph E. Gillet. en «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año II (1920), pág. 323.

Nota crítica sobre *Spanien und das elisabethanische Drama*, por Rudolf Grossmann. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año II (1920), págs. 324-325.

Dr. Adolfo Schulten... Hispania (Geografía, Etnología, Historia). Traducción del alemán por los Doctores Pedro Bosch Gimpera... Miguel Artigas Ferrando. Barcelona.—Tip. «La Académica», 1920.

Informaciones locales. La Biblioteca de Menéndez Pelayo. Estado de las obras. Visitantes de nota. Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer, por «Pick». En *La Atalaya*, 25-VIII-1920.

Los manuscritos portugueses de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—En «Revista de Historia. Publicaçao trimestral. Louvada pelo Ministerio da Instrucçao Publica em Portaria de 9 de Dezembro de 1914». Año X (1921), págs. 97-108. Sobre este trabajo: en *La Atalaya*, 9-I-1922, por F. B.

BIBLIOGRAFÍA TAURINA.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 104-106.

LOS MANUSCRITOS DE JOVELLANOS DE LA BIBLIOTECA. (TEXTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, EN 14 DE JUNIO DE 1921.)—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 118-152.

CISNEROS Y SANTA CRUZ.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), pág. 166.

DON ENRIQUE [MENÉNDEZ PELAYO], BIBLIOTECARIO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 215-223.

RECTIFICACIÓN.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 336-337.

Nota crítica sobre *El falso «Quijote» y Fray Cristóbal de Fonseca*, por Narciso Alonso Cortés. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), pág. 54.

Nota crítica sobre *Estudio sobre el teatro de Lope de Vega*, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Edic. ordenada y anotada por D. Adolfo Bonilla y San Martín. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), pág. 109.

Nota crítica sobre *La Sociedad de Bibliófilos Españoles. Epístola a D. Francisco R. de Uhagón*, por Agustín G. de Amezúa y Mayo. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 110-111.

Nota crítica sobre *La oveja perdida*, de Juan de Timoneda. Ed. del Dr. don Antonio García Boiza. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año III (1921), págs. 338-339.

ARTÍCULO en «Santillana», órgano de la Federación de Estudiantes Católicos de Santander. Año I (1921) n.° 1 (7 de julio).

Reseña de la conferencia sobre *Precedentes literarios de la leyenda de Zorrilla*, «*A buen juez, mejor testigo*». En *El Pueblo Cántabro*, 2-IV-1921. (Elogia la conferencia y lamenta que la modestia de su autor le impidiese entregar el original para su publicación en el diario. Vid. el artículo de D. José María de Cossío en este mismo número.)

LOS HIJOS VENGADORES [Sobre C. Pereyra]. En «Cantabria», revista veraniega, dirigida por el Sr. Barrio y Bravo, 1921.

ARTÍCULOS en «La Provincia», de Teruel: *Los Amantes, Cartas al P. Gómez, Libros al frente, Floriano, D. Juan y D. Diego, Los tres soldados turolenses, Hora propicia, Teatro popular turolense, Pedantería pedagógica*, 1921.

SÉNECA. FRAGMENTO DRAMÁTICO DE D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año IV (1922), páginas 1-10.

CATÁLOGO DE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año IV (1922), números 1, 2, 3 y 4. Año V (1923), números 1, 2, 3 y 4. Año VI (1924), números 1, 2 y 3. Año VII (1925), números 1, 2, 3 y 4. Año VIII (1926), número 1, 2, 3 y 4. Año IX (1927), números 1, 3 y 4. Año X (1928), números 2, 3 y 4. Año XI (1929), números 1, 2, 3 y 4. Sobre esta obra: en «La Revista de Santander». Año 1930, pág. 192.

Nota crítica sobre *Cartas de Menéndez Pelayo a García Peres, publicadas*,

con prefacio e notas, por Fidelino Figueiredo. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año IV (1922), págs. 82-84.

SANTA TERESA CANTADA POR LOS GRANDES POETAS ESPAÑOLES.—Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el día 16 de marzo de 1922. Se publicó en *La Atalaya*, 21-III-1922, suplemento al número 10.890. También se publicó en «La Basílica Teresiana».

CARTA SOBRE LAS HABITACIONES DE MENÉNDEZ PELAYO EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA. En *El Pueblo Cántabro*, 18-VI-1922.

ARTÍCULOS en «La Provincia», de Teruel: *Folklore turolense*, *Unamuno*, *Sociedad de lectura*, *López Núñez*. 1922.

CONFERENCIAS DE MENÉNDEZ PELAYO SOBRE SÉNECA.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año V (1923), págs. 1-6.

UN POEMA ÉPICO DE MENÉNDEZ PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año V (1923), págs. 97-101.

UNA CORRESPONDENCIA DE BORJA PAVÓN.—En «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba». Año II (1923), págs. 5-11.

INVENTARIO GENERAL DE LA PRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA ESPAÑOLA.—Comunicación enviada a la Asamblea del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. En «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Año XXVII (1923), págs. 559-563.

ARTÍCULOS en «El Debate», de Madrid: *Memorias de D. Enrique*, *In memoriam*, *Hispanistas italianos*. 1923.

ARTÍCULOS en «La Provincia», de Teruel: *Góngora en Teruel*, *El ambiente literario*, *España e Italia*, *Universidades alemanas*. 1923.

UNA DISTINCIÓN MERECIDA. ARTIGAS, C. DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.—En *La Atalaya*, 21-I-1923.

DON PEDRO MUDARRA Y AVELLANEDA.—En «Boletín de la Real Academia Española». Año XI (1924), págs. 287-304.

UNOS «GOZOS DE LA VIRGEN», DEL SIGLO XIV.—En *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos.* Madrid.—Imp. de los Sucs. de Hernando, 1924, tomo I, páginas 371-375.

EL SONETO «NIGHT AND DEATH», DE BLANCO WHITE.—En «Bulletin of Spanish Studies». Año I (1924), págs. 125-133.

INTRODUCCIÓN AL PROGRAMA DE HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DE D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), págs. 1-19.

TRADUCCIÓN HECHA POR MENÉNDEZ PELAYO DE UNA EPÍSTOLA LATINA EN HONOR DE ZORRILLA.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), págs. 297-301.

Nota crítica sobre *Comunicaciones enviadas para la Asamblea del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.* En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), págs. 84-85.

Nota crítica sobre *La familia de Miguel de Cervantes Saavedra*, de José de la Torre y del Cerro. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Palayo». Año VI (1924), págs. 85-86.

Nota crítica sobre *Estudos de Litteratura. Artigos varios*, de Fidelino de Figueiredo. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), pág. 86.

Nota crítica sobre *Studien zu denletzten buchern des Amadisromans*, de Werner Mulertt. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), pág. 374.

Nota crítica sobre *Égloga en la muerte de Doña Isabel de Urbina*, de Pedro de Medina Medinilla, con prólogo, epílogo y apéndices de Gerardo Diego. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Año VI (1924), pág. 380.

Nota crítica sobre *El primer contacto de blancos y gentes de color en América*, de Francisco Maldonado de Guevara. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VI (1924), págs. 380-381.

Crepuscular. En la muerte de Enrique Menéndez Pelayo.—En *Sobre la tumba de Enrique Menéndez y Pelayo. Corona poética de sus amigos*. Valladolid.—Imp. y Lib. Vda. de Montero. 1924. Págs. 15-18. (Edición numerada de 200 ejemplares no destinados a la venta, de la colección «Libros para amigos». Vid. el artículo de D. José María de Cossío en este mismo número.)

La Sociedad de Menéndez y Pelayo.—En «Cantabria», de Buenos Aires. Año I (1924), págs. 55-56.

El premio de Historia Literaria a D. Miguel Artigas.—En «Cantabria», de Buenos Aires. Año II (1924), pág. 7.

Homenaje a los señores D. Miguel Artigas y D. Justo García Soriano.—Madrid.—Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». 1924.

Reseña de la entrega de la Medalla de Oro y Diploma a D. Miguel Artigas en la sesión pública celebrada por la Real Academia Española el día 26 de octubre de 1924. En «Boletín de la Real Academia Española». Año XI (1924), págs. 464-466.

Artículos en «El Debate», de Madrid: *Bachillerato clásico* y otros. 1924.

Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico. Obra premiada por la Real Academia Española.—Madrid.—Tip. de la «Revista de Archivos», 1925.—Notas críticas sobre esta obra: en «Revista de Filología Española», año XII (1925), págs. 298-301, por Lucien Paul Thomas. En «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», año XXIX (1925), págs. 501-503, por A[ngel] [González] P[alencia]. En *El Diario Montañés*, 13-VI-1925, por E[varisto] R[odríguez] de B[edia].

Memorias Familiares y Literarias del Poeta Don Luis de Ulloa y Pereira. Publícalas la Sociedad de Bibliófilos Españoles.—Madrid.—[Imp. de Ramona Velasco], 1925. El prólogo, que ocupa las páginas V-LXXXII, está firmado por Miguel Artigas.

Don Carmelo de Echegaray y la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—En «Euskalerriaren Alde». Año XV (1925), págs. 430-435.

Un opúsculo inédito de Lope de Vega. El anti-Jáuregui del Liz. Don Luis de la Carrera.—En «Boletín de la Real Academia Española». Año XII (1925), págs. 587-605.

JUAN VERZOSA, TRADUCTOR DE PLAUTO.—En «Universidad». Revista de Cultura y vida universitaria. Zaragoza, 1925, págs. 25-29.

ARMA TUS HIJOS, VARA TUS GALERAS [Interpretación de una estrofa de Góngora]. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VII (1925), págs. 26-28.

LOS AMIGOS DE GÓNGORA. EL CONDE DE SALINAS.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VII (1925), págs. 189-194.

ALGUNAS FUENTES DE LA «EPÍSTOLA MORAL A FABIO», APUNTADAS POR MENÉNDEZ PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VII (1925), págs. 270-274.

AGASAJO ÍNTIMO QUE DEDICARON A D. MIGUEL ARTIGAS FERRANDO Y DON JUSTO GARCÍA SORIANO SUS COMPAÑEROS DEL CUERPO DE ARCHIVEROS, CON MOTIVO DE SU TRIUNFO EN EL ÚLTIMO CERTAMEN DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, CELEBRADO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL, A LAS SEIS DE LA TARDE DEL DÍA 4 DE NOVIEMBRE DE 1924.—Madrid.—José Góngora, impresor, 1925. (Contiene el texto del discurso de gracias de D. Miguel Artigas.)

EL MONTAÑESISMO DEL MARQUÉS DE COMILLAS.—En *El Diario Montañés*, 19-V-1925, pág. 1.

EL CENTENARIO DE UN SABIO MONTAÑÉS. DON TOMÁS ANTONIO SÁNCHEZ.—En *El Diario Montañés*, 6-XII-1925, pág. 1.

INICIATIVAS DE «LA REGIÓN». LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS PARA SANTANDER.—En *La Región*, de Santander, 24-VII-1925, página 1. (Se publica una carta de M. Artigas a D. Víctor de la Serna, director del diario e iniciador de la campaña pro Facultad santanderina.)

HISTORIA PERDIDA. LOS AMANTES DE TERUEL.—En «Noticiero de Zaragoza», 1925.

Reseña de la inauguración del Curso para Extranjeros y de las conferencias de D. Miguel Artigas, sobre *La vida de nuestro idioma en América*, y del P. Villada, sobre *Influencia de la cultura oriental en España*. En *El Diario Montañés*, 16-VIII-1925, pág. 1.

MENÉNDEZ Y PELAYO.—En «Ibérica». *Zeitschrift für spanische und portugiesische Aualandskunde. Organ des Ibero-amerikanischen Instituts*. Hamburg. Band V (1926), págs. 1-3.

HOMENAJE A D. TOMÁS ANTONIO SÁNCHEZ EN EL II CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD DE MENÉNDEZ Y PELAYO CON LA COOPERACIÓN DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SANTANDER.—Santander.—Imp. Provincial, [1926]. En las páginas 5-8, se inserta el discurso pronunciado por D. Miguel Artigas, en el claustro de la Colegiata de Santillana, en nombre de la Sociedad de Menéndez Pelayo.

DAS GEISTIGE LEBEN IN HEUTIGEN SPANIEN.—«Abendland». Colonia, 1926. Hamburgo, 1927.

COMEDIA NUEVA EN CHANZA. EL COMENDADOR DE OCAÑA.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VIII (1926), págs. 59-83.

UN DICTAMEN PARLAMENTARIO DE D. MARCELINO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VIII (1926), págs. 290-297.

Nota crítica sobre *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VIII (1926), páginas 351-353.

Nota crítica sobre «Azorín» (José González Ruiz). *Zur Kenntnis Spanischen Schriftums um die Jahrhundert wende*, de Werner Mulertt. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VIII (1926), págs. 350-351.

NOTAS PARA LA BIBLIOGRAFÍA DE HUARTE DE SAN JUAN.—En *Homenaje a D. Carmelo Echegaray*. San Sebastián, 1926.

Nota crítica sobre *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, de Julián Zarco Cuevas. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año VIII (1926), págs. 348-350.

INFORME AL MINISTRO SOBRE EL VIAJE A ALEMANIA.—1926. Inédito.

UN LIBRO REGIO.—*Gesellschaft Gutemberg*. Maguncia, 1926.

VALORES LITERARIOS NACIONALES DENTRO DE NUESTRA PATRIA CHICA. JUICIOS DE UN MONTAÑÉS EN LA MONTAÑA, por el P. Constancio Eguía. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander y publicada en *El Diario Montañés*. En su número de 14-IV-1926, pág. 3, se inserta la parte de la conferencia en que se hace un cumplido elogio de D. Miguel Artigas.

MENÉNDEZ Y PELAYO.—Santander.—[Aldus, S. A.], 1927. Notas críticas sobre esta obra: En *El Diario Montañés*, 15-IX-1927, por H[uidobro?]. En *La Voz de Cantabria*, 21-IX-1927, por M. Ruiz de Villa, y en *La Voz de Cantabria*, 3-II-1928, pág. 4, por «Francisco Antonio».

VIDA INTELECTUAL DE MENÉNDEZ PELAYO.—Conferencia leída en el Salón de Actos de la Real Academia de la Historia, en la serie organizada por el Colegio de Doctores de Madrid, el día 16 de febrero de 1927. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año IX (1927), págs. 289-305.

GÓNGORA. RESUMEN BIOGRÁFICO.—En «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba».—Córdoba.—Tip. Artística, 1927.

REVISIÓN DE LA BIOGRAFÍA DE GÓNGORA ANTE LOS NUEVOS DOCUMENTOS.—En «Revista de Filología Española». Año XIV (1927), págs. 405-416.

EN EL CENTENARIO DE GÓNGORA.—En «Investigación y Progreso». Año I (1927), pág. 25.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES. TEATRO INÉDITO DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS. CÓMO HA DE SER EL PRIVADO. BIEN HAYA QUIEN A LOS SUYOS PARECE. PERO VÁZQUEZ DE ESCAMILLA (FRAGMENTO), FRAGMENTO (SIN TÍTULO).—Madrid.—Tip. de la «Revista de Archivos», 1927. (Ed. por D. Miguel Artigas, que firma la «Introducción», págs. V-LXXX.)

NUEVA REDACCIÓN DE LAS «COPLAS DE LA PANADERA», SEGÚN UN MANUSCRITO DE LA BIBLIOTECA MENÉNDEZ PELAYO. En *Homenaje a Bonilla y San Martín, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central*. Madrid.—Imp. Vda. e Hijos de Jaime Ratés, 1927. Tomo I, págs. 75-89.

UNA COLECCIÓN DE PAPELES MANUSCRITOS DE D. FERNANDO WOLF. (APUNTES PARA LA HISTORIA DEL HISPANISMO EN ALEMANIA.)—En

Voretz-Festschrift. Halle, 1927, págs. 523-538. Nota crítica sobre este trabajo: en «Revista de Filología Española». Año XV (1928), pág. 140.

CONFERENCIAS DADAS EN EL CENTRO DE INTERCAMBIO INTELECTUAL GERMANO-ESPAÑOL. ASPECTOS DEL HISPANISMO EN LA ALEMANIA ACTUAL. CONFERENCIA DADA EL 15 DE FEBRERO DE 1927. Madrid.—[Blass, S. A.], 1927.

ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA POR EL DOCTOR DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. EDICIÓN ORDENADA Y DIRIGIDA POR DON MIGUEL ARTIGAS. TOMO VI.—Madrid.—[Imp. de Ramona Velasco], Librería General de Victoriano Suárez, 1927.

NUESTROS COLABORADORES. MOR DE FUENTES EN SANTANDER.—En *El Diario Montañés*, 2-I-1927, pág. 1.

LA LEYENDA OSCURA [Sobre la ed. de *Las Soledades*, de Góngora, por don Dámaso Alonso]. En *El Diario Montañés*, 7-V-1927, pág. 1.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA.—En *La Voz de Cantabria*, de Santander, 30-VIII-1927, pág. 8.

EL MUSEO ETNOGRÁFICO.—En *La Voz de Cantabria*, 14-IX-1927, pág. 1.

MARIUS ANDRÉ.—En *La Voz de Cantabria*, 20-IX-1927, pág. 3.

MINERÍA LITERARIA.—En *La Voz de Cantabria*, 27-IX-1927, pág. 1.

LITERATURA POLÍTICA.—En *La Voz de Cantabria*, 5-X-1927, pág. 1.

EN LA CAPILLA DE LOS CORROS.—En *La Voz de Cantabria*, 11-X-1927, página 1.

LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—En *La Voz de Cantabria*, 26-X-1927, pág. 1. Se reproduce en «Cantabria», de Buenos Aires. Año V (1928), pág. 9.

EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—En *La Voz de Cantabria*, 1-XI-1927, pág. 1.

EL BUEN CAMINO.—En *La Voz de Cantabria*, 15-XI-1927, pág. 20.

LA CASA DE GALDÓS.—En *La Voz de Cantabria*, 22-XI-1927, pág. 1.

LUCES NUEVAS.—En *La Voz de Cantabria*, 29-XI-1927, pág. 1.

UN EXPLORADOR INTRÉPIDO.—En *La Voz de Cantabria*, 6-XII-1927, página 20. Se reproduce en «Cantabria», de Buenos Aires. Año V (1928), pág. 28-29.

EL BIBLIÓFILO EN LA SELVA DE LIBROS, por «Pick». En *La Voz de Cantabria*, 20-XII-1927, pág. 1.

PERIÓDICOS Y ESCRITORES.—En *La Voz de Cantabria*, 13-XII-1927, página 1.

DON MIGUEL ARTIGAS, PREMIADO POR LA R. ACADEMIA DE LA LENGUA.—En *El Diario Montañés*, 20-XII-1927, pág. 8.

UNA SUCURSAL DE LA SOCIEDAD DE NACIONES EN LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO, por «Pick». En *La Voz de Cantabria*, 30-VIII-1927, página, 20.

PARA EL SANTANDER FUTURO. LA AVENIDA DE LAS BIBLIOTECAS, por «Pick». En *La Voz de Cantabria*, 7-IX-1927, pág. 1.

El Centenario [de Góngora] en Córdoba.—En «La Gaceta Literaria». Año I (1927), n.° 11.

Premio Nacional de Literatura (1927). Semblanza de Góngora.—Madrid.—[Blass, S. A.]. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1928.

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Concursos Nacionales. Semblanza de Góngora. Miguel Artigas, Premio de Literatura en 1927.—Madrid.—[Blass, S. A.], 1928.

Góngora y el gongorismo.—En «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba». Córdoba.—Tip. Artísica, 1928. (Se hizo una traducción en alemán—inédita y posiblemente desaparecida—que debió leer el autor, como conferencia, en Hamburgo.)

Real Academia Española. Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles. Poesías de Fray Luis de León con anotaciones inéditas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Madrid.—Tip. de Archivos, 1928. 2 vols. (Ed. por Miguel Artigas, que firma la «Advertencia preliminar», págs. 7-17 del tomo I y la «Advertencia» del tomo II, págs. 5-6.

Evocaciones literarias en la provincia de Santander.—En *Santander. La capital. La provincia. Riqueza artística. Excursiones. Evocaciones literarias. Prehistoria. Caza. Pesca. Agricultura. Etnografía.* Madrid.—[Blass, S. A.], Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., [1928]. Ocupa el trabajo las páginas 77-98, y está ilustrada con once grabados.

Un episodio desconocido de la juventud de Menéndez Pelayo.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año X (1928), páginas 289-337.

Una colección de cartas de Gallardo.—En «Boletín de la Real Academia Española» (1928, págs. 636-650; 1929, 49-72, 350-365, 438-466, 658-671; 1930, 72-96, 506-522; 1931, 102-117, 216-231, 372-394; 1932, 101-117, 327-361).

En la Alemania actual. Aspectos del Hispanismo.—En «La Gaceta Literaria». Año II (1928), n.° 23.

El problema de la Cultura.—En «Cantabria», de Buenos Aires. Año V (1928), pág. 9.

Historia de los Heterodoxos españoles. Segunda edición refundida por el Doctor Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Edición ordenada y dirigida por Don Miguel Artigas (Tomos IV y V). Madrid.—[Imp. de Ramona Velasco], Librería General de Victoriano Suárez, 1928.

Del Retablo Histórico Español. Cervantes y su monumento.—En *La Voz de Cantabria*, 10-I-1928, pág. 1.

Bosch Gimpera.—En *La Voz de Cantabria*, 17-I-1928, pág. 1.

El Colegio Mayor Universitario de Santander.—En *La Voz de Cantabria*, 27-I-1928, pág. 20, y 2-II-1928, págs. 3 y 4.

DEL RETABLO HISTÓRICO ESPAÑOL. BLASCO IBÁÑEZ.—En *La Voz de Cantabria*, 8-II-1928, pág. 3, y 14-II-1928, págs. 1-3.

LA REFORMA UNIVERSITARIA.—En *La Voz de Cantabria*, 21-II-1928, página 1.

DEL RETABLO HISTÓRICO ESPAÑOL. GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS.—En *La Voz de Cantabria*, 28-II-1928, pág. 5.

LA ACADEMIA Y LOS ACADÉMICOS.—En *La Voz de Cantabria*, 13-III-1928, página 1.

Reseña de la conferencia en el Ateneo Popular de Santander sobre *Las dos Españas*. En *La Voz de Cantabria*, 23-II-1928, pág. 16.

FIGURAS ESPAÑOLAS. MIGUEL ARTIGAS, por Luis Barreda. En *La Voz de Cantabria*, 30-VII-1928, pág. 20.

EL COLEGIO MAYOR DE SANTANDER.—En «Horizontes», revista de Valladolid. 1928.

PUBLICACIÓN DE LA JUNTA DE CULTURA VASCA. DON CARMELO DE ECHEGARAY. CONFERENCIA LEÍDA EN LA SESIÓN DE HOMENAJE QUE LA JUNTA DE CULTURA VASCA DEDICÓ AL CRONISTA DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS EL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1928.—Bilbao.—Imp. de la Excma. Diputación, 1929.

APUNTES TAQUIGRÁFICOS DE HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, TOMADOS AL SR. PROFESOR DOCTOR MENÉNDEZ PELAYO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XI (1929), números 3-4; año XII (1930), números 1, 2, 3 y 4; año XIII (1931), números 1, 2, 3 y 4.

LA PROVINCIA DE SANTANDER EN EL ÚLTIMO QUINQUENIO. 1923-1928.—Santander.—Imp. Provincial, 1929. (El proemio, sin firma, que ocupa las páginas V-X, es de Miguel Artigas.)

LOS ESTUDIANTES Y SUS ASOCIACIONES.—En *El Diario Montañés*, 7 de marzo de 1929, pág. 6.

ARTÍCULOS en «El Debate», de Madrid: *Misiones y misioneros*, *Historia de las matemáticas*, *El legado del Conde de Cartagena*, *Primo de Rivera, poeta*, *Carta del tío Jacinto*. 1929.

MENÉNDEZ PELAYO.—En *La Voz de Cantabria*, 26-IV-1929, pág. 3, se anuncia una conferencia sobre ese tema de D. Miguel Artigas para la inauguración del Curso para Extranjeros, el día 1.° de agosto.

CULTURA MONTAÑESA CONTEMPORÁNEA.—En *La Voz de Cantabria*, 1 de diciembre de 1929, pág. 7, se reseña la conferencia dada en la Biblioteca de Torrelavega sobre ese tema.

MENÉNDEZ PELAYO Y LA CULTURA MONTAÑESA.—En *La Voz de Cantabria*, 14-XII-1929, pág. 3, se reseña la conferencia sobre ese tema dada en el Palacio de Proyecciones de la Exposición de Barcelona.

LO QUE NO TENÍA Y TIENE LA MONTAÑA [ARTÍCULO DE ELOGIO A MIGUEL ARTIGAS], por Consuelo Berges. En «Cantabria», de Buenos Aires. Año VI (1929), págs. 7-9. Se reproduce este artículo en *La Voz de Cantabria*, 13-X-1929, págs. 1-2.

EPISTOLARIO DE VALERA Y MENÉNDEZ PELAYO. PUBLICADO CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR MIGUEL ARTIGAS FERRANDO, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO, Y PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.—Madrid.—[Tall. Tip. Voluntad]. 1930.

EL FELICÍSIMO VIAJE DEL MUY ALTO Y MUY PODEROSO PRÍNCIPE DON FELIPE. POR JUAN CRISTÓBAL CALVETE DE ESTRELLA. LO PUBLICA LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.—Madrid.—[Santander, Imp. Aldus], 1930. (La ed. está cuidada por Miguel Artigas, que firma el prólogo inserto en las págs. V-XVI.)

EL EPISTOLARIO DE PABLO PIFERRER. MEMORIA LEÍDA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA EL DÍA 18 DE DICIEMBRE DE 1929, POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE D. MIGUEL ARTIGAS.—Barcelona.—Imp. La Renaxensa, 1930. Esta separata corresponde al fascículo V del tomo IX de la publicación académica.

CÓMO Y POR QUÉ FUÉ D. JOSÉ MARÍA QUADRADO QUIEN SE ENCARGÓ DE REDACTAR EL TOMO DE ARAGÓN.—En «Aragón», revista gráfica de cultura aragonesa. Año VI (1930), págs. 29-30.

RELIEVES.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XII (1930), págs. 45-53.

PEREGRINOS (D. PEDRO SALINAS, D. FERNANDO DE LOS RÍOS Y D. EUGENIO D'ORS).—En «La Revista de Santander». Año I (1930), págs. 94-96. Se reprodujo en «Cantabria», de Buenos Aires. Año VII (1930), pág. 16.

LOS CURSOS DE VERANO EN SANTANDER.—En «La Revista de Santander». Año I (número extraordinario de 1930), págs. 311-312.

CARTAS A CONSUELO.—En «Cantabria», de Buenos Aires. Año VII (1930), página 9.

ARTÍCULOS en «El Debate», de Madrid: *Anales Salmantinos*, *Sobre Eugenio d'Ors* (dos artículos), *Equivocación esencial*, *Un ensayo y una catástrofe*. 1930.

HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES. SEGUNDA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL DOCTOR DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. EDICIÓN ORDENADA Y DIRIGIDA POR DON MIGUEL ARTIGAS. TOMO VI... Madrid.—[Imp. de Ramona Velasco], Librería General de Victoriano Suárez, 1930.

MENÉNDEZ PELAYO Y LA CULTURA ESPAÑOLA.—En *La Voz de Cantabria*, 2-VIII-1930, pág. 6, se reseña la conferencia dada por D. Miguel Artigas sobre ese tema en la inauguración de los Cursos del Colegio Mayor Universitario de Santander.

GLOSAS. CÁTEDRA MENÉNDEZ Y PELAYO. PROFECÍA SOBRE LOS HUESOS Y SOBRE LOS LIBROS. ARTIGAS Y ALBO, por Eugenio d'Ors. En «Cantabria», de Buenos Aires. Año VII (1930), págs. 6-7. (Reproducido del *A B C*, de Madrid.)

NOTICIAS. DON MIGUEL ARTIGAS, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XII (1930), págs. 286-287.

AIRE DE LA CALLE. DE LA TERTULIA DE BASÁÑEZ A LA DIRECCIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, por «Pick». En *La Voz de Cantabria*, 6-VII-1930, página 1. Vid. artículo de D. José del Río Sáinz («Pick») en este mismo número.

¡MIGUEL ARTIGAS, VITOR!, por Víctor de la Serna. En «Cantabria», de Buenos Aires. Año VII, págs. 8-9. En este mismo número, 84 de la revista, que lleva en su cubierta el retrato de Miguel Artigas con la noticia al pie de su nombramiento para la Dirección de la Biblioteca Nacional, se le elogia también, en las páginas 18-21, al reseñar la inauguración de los Cursos en el Colegio Mayor Universitario de Santander y la conferencia que pronunció en dicho acto el Sr. Artigas sobre *Menéndez Pelayo y la cultura española*.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO. NÚMERO EXTRAORDINARIO EN HOMENAJE A D. MIGUEL ARTIGAS.—Santander.—Artes Gráficas, Vda. de F. Fons, 1931-1932. 2 vols.

MANUEL LLANO. BRAÑAFLOR. PRÓLOGO DE MIGUEL ARTIGAS...—Santander.—Imp. y Enc. de la Librería Moderna, 1931. Ocupa el prólogo las páginas IX-XV, y está firmado en Madrid y mayo de 1931.

REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS.—Año XXXV (1931). En una hoja sin numerar, en cabeza del número 10-12 (octubre-diciembre), se inserta una «Advertencia», para anunciar una nueva época de la revista, que, aunque sin firma, fué escrita por Artigas.

ANUARIO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ARQUEÓLOGOS. 1931. El trabajo titulado *El Anuario*, que, a manera de prólogo a la nueva publicación, se inserta en las páginas IX-XI, fué escrito por Artigas.

BIBLIOTECA NACIONAL. CATÁLOGO DE LOS LIBROS DE LA SALA GENERAL.—Madrid.—Tip. de Archivos. 1931. La «Advertencia», sin firma, que se inserta en las páginas III-VI, es de Artigas.

ARTÍCULOS en «El Debate», de Madrid: *Las Bibliotecas Provinciales*, *La Universidad de antaño*. 1931.

CATÁLOGO GENERAL DE LA LIBRERÍA ESPAÑOLA E HISPANO-AMERICANA. AÑOS 1901-1930. AUTORES. Madrid.—[Imp. Gráfica Universal], 1932. El prólogo, de Artigas, ocupa las páginas 5-8.

HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES. SEGUNDA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL DOCTOR DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. EDICIÓN ORDENADA Y DIRIGIDA POR DON MIGUEL ARTIGAS. TOMO VII. Madrid.—[Imp. de Ramona Velasco], Librería General de Victoriano Suárez, 1932.

LA BIBLIOTECA POPULAR DE CASTROPOL.—En la revista que publicaba el dicho Centro. 1932.

ARTÍCULO en «La Época», de Madrid: *Menéndez Pelayo*. 1932.

ARTÍCULO en «El Imparcial», de Madrid: *Problemas de Filosofía moral de Diego de Rojas*. 1932.

DE LA CORRESPONDENCIA ENTRE PEREDA Y MENÉNDEZ PELAYO. LAS

PRIMERAS CARTAS.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XV (1933), págs. 83-107.

PEREDA Y MENÉNDEZ PELAYO.—Conferencia leída en el Ateneo de Santander el día 30 de mayo de 1933. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XV (1933), págs. 318-336.

LA CIENCIA ESPAÑOLA POR EL DOCTOR DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. EDICIÓN ORDENADA Y DIRIGIDA POR DON MIGUEL ARTIGAS.—Madrid.—[Imp. Góngora], Librería General de Victoriano Suárez. 1933. 2 vols.

ARTIGAS, ACADÉMICO.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XV (1933), págs. 363-364.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. INTRODUCCIÓN Y PROGRAMA DE LITERATURA ESPAÑOLA. PUBLICADO POR MIGUEL ARTIGAS...—Madrid.—[Tall. Tip. Ed. Plutarco], «Cruz y Raya», 1934. Nota crítica sobre esta obra en «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XVI (1934), página 572.

JOSÉ REYNOSO. REFLEXIONES SOBRE EL USO DE LAS PALABRAS NUEVAS EN LA LENGUA CASTELLANA. LEÍDAS A LA ACADEMIA DE LETRAS HUMANAS, DE SEVILLA, EN 24 DE JUNIO DE 1798, POR D. FÉLIX JOSEPH REYNOSO, SU SECRETARIO. EDICIÓN Y PRÓLOGO DE ESTE MANUSCRITO DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO, POR M. ARTIGAS. En anejo, de 66 páginas, al número de diciembre de 1934 de la revista «Cruz y Raya».

DISCURSO EN LA 7.ª SESIÓN DEL ÓRGANO EJECUTIVO DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES DE BIBLIOTECARIOS, CELEBRADA EN MADRID EL DÍA 28 DE MAYO DE 1934.—Vid. «Boletín de Bibliotecas y Bibliografía». Año I (1934), pág. 130.

DISCURSOS LEÍDOS ANTE LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL ILMO. SR. D. MIGUEL ARTIGAS, EL DÍA 13 DE ENERO DE 1935. [CONSIDERACIONES SOBRE LA PUREZA DE LA LENGUA EN LA HISTORIA LITERARIA ESPAÑOLA].—Madrid.—[S. Aguirre], 1935. Nota crítica sobre este discurso en «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XVII (1935), págs. 86-87.

ACADEMIA ESPAÑOLA. EL ACENTO CASTELLANO, POR T. NAVARRO TOMÁS. DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN ACADÉMICA, EL DÍA 19 DE MAYO DE 1935. CONTESTACIÓN DE MIGUEL ARTIGAS FERRANDO.—Madrid.—Tip. de Archivos, 1935. El discurso de contestación ocupa las páginas 47-59.

EL PLEITO SOBRE EL AUTOR DE «LA CELESTINA».—En *El erudito español don Manuel Serrano Sanz. (Notas bio-bibliográficas, apuntes sobre su personalidad, impresiones, recuerdos...) Como contribución al homenaje que le rinde la ciudad de Sigüenza el 28 de julio de 1935, consagran este libro a la memoria del sabio alcarreño sus admiradores...* Madrid.—Nuevas Gráficas, 1935, págs. 146-147.

PONENCIA ANTE LA «SECCIÓN DE COLABORACIÓN Y MUTUA AYUDA ENTRE BIBLIOTECAS», EN EL II CONGRESO INTERNACIONAL DE BIBLIOTECAS

y Bibliografía, celebrado en Madrid en mayo de 1935.—Vid. «Boletín de Bibliotecas y Bibliografía». Año II (1935), pág. 19.

Lope de Vega.—En «Anales de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias». Año II, n.° 4, 1935, págs. 861-873.

Junta del Centenario de Lope de Vega. Catálogo de la Exposición Bibliográfica de Lope de Vega organizada por la Biblioteca Nacional.—Madrid.—[Gráfica Universal], 1935. El prólogo, que ocupa las páginas V-VIII, está firmado por M. Artigas.

Prospecto y Apéndice de la «Colección Tesoro» (facsimilar de textos clásicos) y dirección de la misma.

Un diccionario geográfico español del siglo XVI.—Madrid.—Tip. de Archivos, 1936.

Una fuente de «El Pradico Aragonés», de Lope de Vega.—En *Homenaje a Rubió*. 1936.

La España de Menéndez Pelayo. Antología de sus obras, selección y notas de Miguel Artigas.—Zaragoza.—Editorial Heraldo, 1938.

Antología de la Literatura española. Primer grado (siglos XVIII y XIX) [En colaboración con D. Manuel Machado].—[Santander.—Aldus, S. A.], Instituto de España, 1938.

Ministerio de Educación Nacional. Curso para Extranjeros. Textos de prosistas españoles modernos.—Santander [Zaragoza.—Ed. «Heraldo de Aragón»], 1938.

Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. XV Congreso celebrado en Santander durante los días 19 al 25 de agosto de 1938... Discursos inaugurales del Congreso y de sus Secciones y trabajos de éstas.—Madrid-Barcelona.—s. a. Sección sexta. Ciencias filosóficas, históricas y filológicas. Discurso inaugural por el Excmo. Sr. D. Miguel Artigas [Sobre una Nueva Biblioteca de Autores Españoles], páginas 311-321.

Discurso de D. Miguel Artigas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, el día 19 de mayo de 1938.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Años XVIII-XX (1936-1938), págs. 34-38.

El epistolario de Menéndez Pelayo.—En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Años XVIII-XX (1936-1938), págs. 62-110.

Luis Barreda [Artículo necrológico].—En *El Diario Montañés*, 30-VI-1938, pág. 1.

La vida y la obra de Menéndez Pelayo.—Zaragoza.—[Tip. «Heraldo de Aragón»], 1939.

Antología de la Literatura española. Segundo grado (siglos XII al XVII) [En colaboración con D. Manuel Machado].—Santander-Madrid.—Aldus, S. A.], Instituto de España, 1939.

Enrique Menéndez Pelayo. Obras Completas.—Córdoba.—Editorial Nueva España (s. i.-s. a.). En el tomo I, págs. 5-16, se inserta el prólogo de Miguel Artigas, fechado en Santander a 21-I-1939. Se reproduce este prólogo en *El Diario Montañés*, 6-VIII-1939, págs. 2 y 6.

Discurso en la inauguración de los Cursos para Extranjeros.—En *El Diario Montañés*, 1-VIII-1939, pág. 6, se inserta el dicho discurso.

DISCURSOS LEÍDOS ANTE LA REAL ACADEMIA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR DON ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA, EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1940.—Madrid.—Imp. de Estanislao Maestre, 1940. En las páginas 53-66, el discurso de contestación por D. Miguel Artigas.

LAS CIEN MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA ESCOGIDAS POR DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. EDICIÓN REVISADA POR D. MIGUEL ARTIGAS. SEGUNDA TIRADA.—Madrid.—[Marsiega], Victoriano Suárez, 1940.

EDICIÓN NACIONAL DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MENÉNDEZ PELAYO. DIRIGIDA POR D. MIGUEL ARTIGAS, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES. 1940-1947.—Bajo la dirección de D. Miguel Artigas han visto la luz los siguientes volúmenes:

1940. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA. 5 vols.

1941-42. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA. 7 vols.

1943. ORÍGENES DE LA NOVELA. 4 vols.

1944-45. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. 10 vols.

1947. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES. Tomos I y II.

LAS CIEN MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA ESCOGIDAS POR DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. EDICIÓN REVISADA POR D. MIGUEL ARTIGAS. TERCERA EDICIÓN.—Madrid.—[Vda. de J. Pueyo], Victoriano Suárez, 1943.

LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO.—En «Revista Nacional de Educación». Año III (1943), págs. 19-29.

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO. EPISTOLARIO DE VALERA Y MENÉNDEZ PELAYO. 1877-1905. CON UNA INTRODUCCIÓN DE MIGUEL ARTIGAS FERRANDO Y PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ.—Madrid.—[Tall. Tip. de la Ed. Espasa-Calpe, S. A.], 1946. Esta edición añade 259 cartas a las 176 de la primera edición, que también reproduce.

POESÍAS, CUENTOS VARIOS Y NOVELA EMPEZADA. Inéditos.

ED. DORIDA Y TRIBUNAL DE VENUS. Inédito.

ARTÍCULO INÉDITO. En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Año XXIII (1947), págs. 7-12.

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA. MIGUEL ARTIGAS (1887-1947). [ELOGIO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA].—En «Boletín de la Real Academia Española». Año XXVI (1947), págs. 19-26.

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA. MEMORIA CORRESPONDIENTE AL CURSO ACADÉMICO 1945-1946. ACTIVIDADES ACADÉMICAS DEL DE 1946-47.—Salamanca.—Hijos de Francisco Núñez, 1947. En las páginas 62-63, se inserta una nota necrológica de D. Miguel Artigas.

DON MIGUEL ARTIGAS, HA MUERTO.—En hoja suelta de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», n.° 1 del tomo LIII (1947).

NECROLÓGICA. DON MIGUEL ARTIGAS FERRANDO. NOTA BIO-BIBLIOGRÁFICA, POR ÁNGELA GONZÁLEZ SIMÓN.—En «Revista Bibliográfica y Documental. Archivo General de Erudición Hispánica», del «Instituto Nicolás Antonio de Bibliografías». Año I (1947), págs. 119-123.

PROYECTOS E IDEAS

Quinto tomo del Ensayo de Gallardo.—Gallardo, filólogo.—Paso honroso, ed. con Mulertt.—Conspiración contra la gota.—Un retazo del «Libro de Buen Amor».—Las horas de la Cruz.—Quadrado, autor dramático.—Correspondencia de Cañete.—El P. Estala.—Marcial y Quevedo.—Quevedo, trabajo de conjunto.—Cuaderna vía.—El libro de los sabios.—Estímulo de Amor de Dios.—Vida de la Virgen, del Arcipreste de Talavera.—Viaje por Italia, de G. de la Huerta.—Retazos de Gallardo.—Jerónimo de los Agonizantes.—Miranda Villafáñez. —Otros libros raros.—Peralta Barnuevo.—Las tragedias de Séneca. Anotado.—La estética con Laverde. Cosas inéditas o semi inéditas.—La Picaresca.—Ciclos de la Cultura Literaria Española.—Artículos sobre «Riquezas y cultura de Santander», para «Mercurio».

IGNACIO AGUILERA.

Biblioteca de Menéndez Pelayo, mayo de 1948.

NOTICIARIO NECROLÓGICO

El día 11 de marzo llegó a Santander la triste noticia del fallecimiento del Presidente de Honor de nuestra Sociedad, don Miguel Artigas Ferrando. Sin más dilaciones reunióse la Junta de Gobierno de la Sociedad de Menéndez Pelayo, a la que el Presidente efectivo, don Luis de Escalante y de la Colina, se dirigió en emocionadas frases, dándole cuenta del temido desenlace que había tenido la larga enfermedad del que durante más de quince años fué Director de la Biblioteca del Maestro, y después de la Biblioteca Nacional. Hizo un cálido elogio de la labor llevada a cabo por el ilustre muerto desde los más altos cargos que en la cultura patria desempeñó, principalmente en su puesto al frente de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y de su *Boletín*.

Propone a continuación, y su propuesta es aprobada por unanimidad, hacer constar en acta, y trasladar este acuerdo a sus familiares, el más profundo sentimiento por la pérdida de quien supo, con fervor de discípulo y mente esclarecida, hacer que esta Biblioteca fuese la base firme del resurgir cultural de la Montaña.

En segundo lugar, sufragar solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre fallecido, en la Santa Iglesia Catedral, a las once de la mañana del próximo día 13, invitando a ellas a todas las autoridades y representaciones culturales de la capital, y rogando a los señores directores de los Centros docentes que se sumasen al piadoso acto, suspendiendo las clases en la hora señalada.

Se acordó también dirigirse a la Excma. Diputación Provincial de Santander, rogándole que en la primera sesión tomara el acuerdo de nombrar hijo adoptivo de la provincia a quien tanto trabajó por su engrandecimiento científico.

En sentido parecido se acuerda dirigirse al Excmo. Ayuntamiento de la capital demandando que, en atención a la admirable labor y a las fecundas iniciativas que desarrolló don Miguel Artigas Ferrando durante los quince años que como Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo vivió en esta ciudad, y por los constantes desvelos que por ella tuvo desde los altos cargos que posteriormente ocupó, como fundador y Director de los Cursos para Extranjeros y Director General de Archivos y Bibliote-

cas, acuerde dar el nombre de *Calle del Bibliotecario Miguel Artigas*, a una de las de la ciudad que estén próximas a la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Todos estos acuerdos se cumplieron puntualmente. El 13 de marzo, a los dos días de haber formulado la petición nuestra Sociedad, se reunía la Gestora Provincial, y acordaba «hacer constar en acta el sentimiento de la Corporación por el fallecimiento del ilustrísimo señor don Miguel Artigas, Director General de Archivos y Bibliotecas, dándose traslado de pésame a sus familiares. Teniendo en cuenta la propuesta hecha por la Sociedad de Menéndez Pelayo, se acuerda también nombrar al señor Artigas hijo adoptivo de la Provincia, por los méritos excepcionales que en él concurrieron y el cariño e interés que siempre puso en la resolución de toda clase de problemas de orden cultural de la Montaña, y a quien se deben también importantes concesiones y beneficios en este aspecto».

En el mismo día 13 se celebraron, en la Santa Iglesia Catedral, las solemnes honras fúnebres, costeadas por la Sociedad de Menéndez Pelayo. El templo estaba lleno de piadosos amigos del finado, miembros de nuestra Sociedad y representaciones de Centros docentes.

En la Presidencia figuraban las autoridades locales, con el Presidente de la Sociedad de Menéndez Pelayo, don Luis de Escalante y de la Colina, y los miembros directivos que se encontraban en Santander. También hubo una nutrida representación de las Órdenes Religiosas masculinas de nuestra ciudad.

El Excmo. Ayuntamiento de Santander acogió también con cariño la propuesta de la Sociedad de Menéndez Pelayo, y acordó dar el nombre del *Bibliotecario Miguel Artigas* a la prolongación de la calle de Rubio, o sea, a la continuación de la en que hoy está la entrada principal de la Biblioteca. Por necesidades de obras inmediatas y por buscar el momento más oportuno, este acuerdo se llevó a efecto el 30 de octubre de 1947.

La Sección de Literatura del Ateneo de Santander tenía también el proyecto de honrar la memoria del que fué Presidente de esta misma Sección, celebrando una velada necrológica en sus salones. De acuerdo la Sociedad de Menéndez Pelayo con el Ateneo, se convino en unificar todos estos actos y celebrarlos el ya mencionado día 30 de octubre, actos que por acuerdo de la Sociedad debían comenzar por una misa rezada en sufragio del alma del homenajeado. He aquí cómo un periódico local da la reseña de estos actos:

«La intelectualidad santanderina tributó ayer un homenaje a la memoria del que fué Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y posteriormente de la Nacional, don Miguel Artigas. La Sociedad que agrupa a los amigos del maestro, sufragó una misa rezada en la iglesia de San Francisco, a la que asistieron las autoridades locales, Junta de Gobierno de la Sociedad y numerosísimos amigos y admiradores del llorado e ilustre bibliotecario. Posteriormente, y en la calle que hasta ahora se llamó Prolongación de la de Rubio, fué descubierta la lápida, trazada por el

reputado escultor don Daniel Alegre, que da el nombre de *Bibliotecario Miguel Artigas* a dicha vía urbana.

»El Alcalde, señor González Mesones, pronunció unas elocuentes palabras para ofrecer el homenaje de la ciudad al insigne bibliotecario, contestándole el señor Escalante, como Presidente de la Sociedad de Menéndez Pelayo, para agradecer el homenaje y para pedirle que en el que llamaba familiarmente el señor Artigas *barrio latino*, se dedique una calle a don Enrique Menéndez Pelayo y otra a don Luis Barreda, poetas insignes ambos, que tanto brillo dieron a las letras santanderinas.

»Un público numeroso que acudía a este emotivo acto, subrrayó con sus aplausos el descubrimiento de la lápida.

»Dispuesto por la Sección de Literatura del Ateneo de Santander se celebró, a las siete y media de la tarde, una brillante velada literaria dedicada a estudiar la personalidad de don Miguel Artigas, Presidente que fué de la dicha Sección. En la Presidencia figuraron un representante del Gobernador Militar, el Primer Teniente de Alcalde, don José María Amieva Escandón; el Delegado de Hacienda, señor Miño; el M. I. señor don Agustín Martín Pelayo, magistral; el canónigo señor Vega Hazas; el Director del Instituto Nacional de Enseñanza Media, don Cipriano Rodríguez Aniceto; el Presidente de la Sociedad de Menéndez Pelayo, don Luis de Escalante; el Presidente del Ateneo, don Fernando Barreda; Directivos de la docta Casa y otras distinguidas personalidades de las letras y de las artes santanderinas. Un público, numeroso y selecto, acudió a esta sesión memorable, en la que se trazaron de bellísima manera las facetas de la vida y de la obra de Artigas.

»Se inició la velada con la lectura de unas cuartillas por don Enrique Sánchez Reyes, Director de la Biblioteca del maestro. Fué una admirable semblanza de Artigas, estudiante en Salamanca, llena de finos matices humanos, constituyendo el trabajo del ilustre bibliotecario una magnífica pieza literaria, que fué premiada con abundantísimos aplausos. Después el señor Escalante destacó las dotes de organizador de empresas culturales que adornaron al tan querido bibliotecario, recordando que fué él quien fundó la Sociedad de Menéndez Pelayo y el *Boletín de la Biblioteca* y los Cursos de Verano para Extranjeros, origen de la actual Universidad Internacional. En todas esas empresas el señor Artigas puso, no sólo sus excepcionales dotes de organizador, sino todo su amplio talento, al extremo de insertarlas en la vida cultural santanderina con fuerte arraigo, y con irradiación nacional e internacional.

»El compañero en la prensa, don Enrique Vázquez, *Polibio*, dió a conocer, seguidamente, un estudio de Artigas como ateneísta. *Polibio*, con su fino gracejo, trazó un cuadro de apretados perfiles y bello colorido, de la célebre tertulia del Ateneo, en que conmemoró hechos y personajes y personajillos que por ella pasaron, y que componen toda una generación intelectual santanderina. Fué ovacionado.

»Después fueron leídos sendos trabajos de nuestro ilustre colaborador

don José del Río Sainz y del escritor don José María de Cossío. El primero fué una evocación sentimental del Santander del primer tercio de este siglo, en torno a don Miguel Artigas, que llegó aquí joven y animoso, creando alrededor suyo un clima de fecunda actividad literaria y de alta investigación.

»El trabajo del señor Cossío constituyó un análisis admirable del pensamiento de Artigas a través de su epistolario, en el que latía su honda preocupación por el gran problema nacional; ambos trabajos—leídos, uno por don Ricardo Gullón, y el segundo por el señor Aguilera—, obtuvieron el premio de abundantes aplausos del auditorio.

»Finalmente, el Presidente de la Sección de Literatura y Director Adjunto de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, don Ignacio Aguilera, hizo un compendiado resumen de los trabajos leídos, exaltando la significación de esta reunión.

»Señaló cómo la obra de Artigas se perpetúa en la Biblioteca y en la Universidad Internacional de Menéndez Pelayo, donde—dijo—también se trabaja con austeridad espartana y espíritu ateniense. Agradeció a las autoridades su adhesión a los actos que en un corto espacio de tiempo organizó la Sección de Literatura: El homenaje a Gerardo Diego y este recuerdo entrañable al ilustre don Miguel Artigas.»

Como el lector puede ver hojeando el presente número, la mayor parte de él está formado por los trabajos que se leyeron en la velada a que acabamos de hacer referencia. Conste aquí nuestro agradecimiento a los autores.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

González Palencia, Ángel.—Miguel Artigas (1887-1947). Separata del *Boletín de la Real Academia Española.* Tomo XXVI. Cuaderno CXX. Precede un buen retrato fotograbado de Jalón Ángel.

Muchos fueron los artículos necrológicos que con motivo de la muerte de don Miguel Artigas se publicaron en la prensa periódica, y principalmente en la de Madrid, Santander y Zaragoza. Entre ellos merecerían destacarse los de Gerardo Diego, José María de Cossío y Enrique Vázquez, *Polibio:* pero no hemos de romper el molde y tradición de nuestro *Boletín,* cuyo campo en reseñas bibliográficas se limitó siempre a libros y revistas científico-literarias.

Nuestro amigo, consocio y colaborador don Ángel González Palencia, recibió en desconcertante y trágica situación, que con vigor y concisión describe como introducción a su trabajo, el encargo de la Academia Española de hacer—de improvisar casi mejor—el elogio fúnebre de Artigas. Y, en verdad, que sobreponiéndose al dolor que le rodeaba o sintiendo en el corazón ambas tragedias, la ya consumada con la muerte del amigo y la que le amenazaba—y que Dios quiso, afortunadamente, apartar—con la grave enfermedad de su esposa, a la que el sacerdote llevaba el

Santo Viático, acertó a escribir unas páginas impresionantes y llenas de recuerdos íntimos.

«Conocí a Artigas—escribe el señor Palencia—cuando los dos aspirábamos a ingresar en el Cuerpo de Archiveros, y nos atosigaban los temas del extenso y nada fácil cuestionario de las oposiciones. Él procedía de la Universidad de Salamanca, donde había estudiado como becario del Colegio Mayor de San Salvador de Oviedo, y en cuyas aulas había adquirido la gran dosis de humanismo, que sería la base de toda su actuación literaria.»

Y luego nos relata aquella *santa inocencia* con que Artigas, sin conocer a nadie del Tribunal y sin tratar de que alguno siquiera de aquellos graves señores le conociera, se presentó a las oposiciones, a cuerpo limpio, fiado solamente en sus conocimientos y facultades intelectuales, cosa que le pudo ocasionar un grave tropiezo.

El nuevo bibliotecario es destinado a Sevilla, viaja luego pensionado en Alemania, y estudia en la Universidad de Jena, y la primera guerra europea le obliga a regresar a España, precisamente—y providencialmente también—cuando están para anunciarse las oposiciones a la Dirección de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, plaza que obtiene por unanimidad.

El señor González Palencia comenta la labor magnífica de organización llevada a cabo por el primer Director de este Centro y las obras que en tal remanso de quietud va elaborando, alguna como su *Don Luis de Góngora*, premiada por la Real Academia Española. Y luego la creación de la *Sociedad de Menéndez Pelayo* y del BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO y de los *Cursos de Verano para Extranjeros*, fundaciones a las que supo imprimir tal savia y pujanza que, a pesar de los malos temporales que han tenido que ir capeando, viven hoy prósperamente y se extienden y fructifican beneficiosamente para la verdadera y tradicional cultura española.

En estas pocas páginas todos los rasgos fundamentales de la personalidad de Artigas han sido magistral y cariñosamente recogidos por el señor González Palencia: La persuasiva y dulce energía con que, ya Director de la Biblioteca Nacional, comienza su mando y acertadas innovaciones en nuestro primer Centro Bibliográfico, su entusiasta e inteligente colaboración al ser nombrado en 1933 Académico de número de la Española, su labor fecunda en el campo de las letras, como autor de importantísimas obras literarias y como mentor y guía de muchos, puesto que él fué quien primero, dando un gran ejemplo de desinterés y sacrificio, practicó aquel sabio lema que deseaba sirviera de divisa al Cuerpo de Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios: el *sic vos non vobis*, y, sobre todo, sus afanes por divulgar la obra ingente y altamente aleccionadora de Menéndez Pelayo.

Ni olvida tampoco el señor González Palencia los rasgos íntimos de la personalidad de Artigas, de todo lo que en él había de profundamente humano, de hombre bueno y cariñoso, de varón ejemplar y amigo entrañable.

Termina su estudio con este emocionante párrafo que a la letra queremos transcribir:

«Con gran satisfacción pudo Artigas contemplar en el entusiasmo de los días zaragozanos de 1937 que España era todavía *capaz de creer, amar y esperar*, como deseaba desalentado el Maestro. Pero, como suele ocurrir tantas veces en la vida, el discípulo que tanto disfrutara con ver difundidas y apreciadas las ideas y doctrinas del Maestro, apenas ha podido gozar de su triunfo, y realmente pocos volúmenes habrá podido leer de la *Edición Nacional de Obras Completas*, iniciada bajo su dirección, y que ha consagrado el magisterio de don Marcelino. La estúpida bala de cañón que en las cercanías de Teruel segó en flor la vida del hijo amado, cortó, a la vez, la salud espiritual del padre y truncó la suerte del erudito, que había hecho como un sacerdocio su misión de evangelizar con los escritos del autor inmortal de los *Heterodoxos*. La Real Academia sufrió también con ello la pérdida de uno de sus más queridos miembros, de un hombre sencillo, afectuoso y bueno, a quien recordaremos siempre con cariño. Él me recibió en esta Casa, en nombre vuestro; la Divina Providencia ha dispuesto que sea yo quien os pida una oración por el fraternal amigo que acabamos de perder.»

Son las del señor González Palencia páginas sobrias y compendiosas, dignas del momento y del lugar en que se leyeron, hondamente pensadas y más hondamente sentidas.

S. R.

ÍNDICE

ENERO - DICIEMBRE 1947

Aguilera, Ignacio.

Miguel Artigas Ferrando (1887-1947): *Curriculum vitae*. (Octubre-Diciembre), página 84.

Alda Tesán, Jesús Manuel.

Bocángel y su obra poética. (Enero-Marzo), página 5.
Los cautivos de Cervantes. (Abril-Setiembre), página 150.

Alonso Cortés, Narciso.

Un notable biógrafo de Cervantes: Jerónimo Morán. (Abril-Setiembre), página 65.

Artigas, Miguel.

Un artículo inédito. (Octubre-Diciembre), página 7.

Baquero Goyanes, Mariano.

«Clarín» y la novela poética. (Enero-Marzo), página 96.
Sobre el realismo del *Persiles*. (Abril-Setiembre), página 212.

Barreda, Fernando.

Dos cartas del General Palafox. (Enero-Marzo), página 104.

Cascón, Miguel, S. J.

Los jesuítas según Cervantes. (Abril-Setiembre), página 179.

Cortines Murube, Felipe.

Cervantes en Argel y sus libertadores trinitarios. (Abril-Setiembre), página 87.

Cossío, José M.ª de.

Artigas entre nosotros. (Octubre-Diciembre), página 33.

Escalante, Luis de.

Artigas y la «Sociedad de Menéndez Pelayo». (Octubre-Diciembre), página 22.

Espina, Concha.

Don Quijote y el río Ebro. (Abril-Setiembre), página 5.

Farinelli, Arturo.

Cervantes y el sueño de la vida. (Abril-Setiembre), página 12.

Figueiredo, Fidelino.

Don Francisco Rodríguez Marín. Una visita en 1927 al maestro de los estudios cervantinos. (Abril-Setiembre), página 112.

Gili Gaya, Samuel.

Las Sergas de Esplandián, como crítica de la caballería bretona. (Abril-Setiembre), página 103.

Hoyos Sainz, Luis de.

Un avance en la etnogenia cántabra. (Enero-Marzo), página 29.

Lapesa, Rafael.

Aldonza-Dulce-Dulcinea. (Abril-Setiembre), página 48.

Maldonado de Guevara, Francisco.

Ociosidad y sanchoquijotismo. (Abril-Setiembre), página 119.

Martínez Cachero, José M.ª

Tres notas para una fortuna póstuma de Bécquer. (Enero-Marzo), página, 101.

Montiel, Isidoro.

La belleza en las mujeres de Cervantes. (Abril-Setiembre), página 219.

Pereda, Vicente de.

Génesis de un libro inmortal. (Abril-Setiembre), página 54.

Peres, Ramón D.

Mi Cervantes. Recuerdos y confesiones. (Abril-Setiembre), página 171.

Redonet, Luis.

Divagaciones sobre motivos cervánticos. (Abril-Setiembre), página 21.

Río Sainz, José del.

El Santander de Miguel Artigas. (Octubre-Diciembre), página 56.

Rogerio Sánchez, José.

El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes. (Abril-Setiembre), página 163.

Sánchez Reyes, Enrique.

Artigas íntimo. (Octubre-Diciembre), página 71.

Sojo, Fermín de.

Don Fernando de la Serna y Riva. Eterno viajero. (Enero-Marzo), página 57.

Vázquez López, Enrique.

Don Miguel Artigas en sus ocios de ateneísta. Algunas anécdotas pintorescas. (Octubre-Diciembre), página 46.

Bibliografía.

(Enero-Marzo), página 107.
(Octubre-Diciembre), página 117.

Crónica.

IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. (Abril-Setiembre), página 227.
Noticiario Necrológico sobre Don Miguel Artigas. (Octubre-Diciembre), página 114.

PUBLICACIONES

DE LA

SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO

Cayetano Alberto de la Barrera: **El Cachetero del Buscapié.** Santander, 1916. (Agotado).

Rodolfo Schevill: **Menéndez Pelayo y el estudio de la cultura española en los Estados Unidos.** Santander, 1919. (Agotado).

José María de la Riva Agüero: **El Perú histórico y artístico. Influencia y descendencia de los montañeses en él.** Santander, 1921.

Epistolario de Fernán Caballero. Colección de cartas inéditas, publicada y anotada por Alberto López Argüello. Barcelona, 1922. (Agotado).

El libro de Job. Versión directa del hebreo e introducción crítica por D. Francisco Javier Caminero. Advertencia preliminar por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Obra inédita, publicada y anotada por el P. Sandalio Diego, S. J. Madrid, 1923. (Agotado).

Homenaje a D. Tomás Antonio Sánchez en el II centenario de su nacimiento. Santander, 1926.

Alberto Lista: **Poesías inéditas.** Edición y estudio preliminar de José María de Cossío. Madrid, 1927. (Agotado).

M. Artigas: **Menéndez Pelayo.** Santander, 1927. (Agotado).

Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, publicado con una introducción por Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid, 1946.

Homenaje a D. Miguel Artigas en conmemoración de su nombramiento de Director de la Biblioteca Nacional. 2 volúmenes. Santander, 1931-32.

Romancero Popular de la Montaña. Colección recogida y ordenada por José María de Cossío y Tomás Maza Solano. 2 vols. Santander, 1933-34.

José María de Cossío: **La obra literaria de Pereda. Su historia y su crítica.** Santander, 1934.

Gerda Outzen: **El dinamismo en la obra de Pereda.** Traducción del alemán por María Fernanda de Pereda y Torres Quevedo. Santander, 1936.

Marcelino Menéndez Pelayo: **Los grandes polígrafos españoles. Guiones y reseñas.** Edición y prólogo de Enrique Sánchez Reyes. Santander, 1944.

PUBLICACIÓN PERIÓDICA

Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Comenzó a publicarse en 1919.

EPISTOLARIO

DE

MENÉNDEZ PELAYO

Agradeceremos a cuantos posean cartas de Menéndez Pelayo, contestaciones sin duda a las que se guardan en esta Biblioteca a él dirigidas, que se pongan en comunicación con este Centro, bien para facilitarnos copias o la adquisición de los autógrafos.

Tiene gran interés toda esa correspondencia—aun la que no trata de asuntos literarios—para el estudio de la genial figura del Maestro.

ESCRIBAN A

Biblioteca de Menéndez Pelayo

SANTANDER

OBRAS COMPLETAS DE

MENÉNDEZ PELAYO

EDICIÓN NACIONAL DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

SECCIÓN LITERARIA

1.ª Serie: «Historia de las Ideas Estéticas en España». 5 volúmenes. Obra aumentada con un *guión inédito* sobre las Ideas Estéticas en el siglo XIX por Menéndez Pelayo. (2.ª tirada).

2.ª Serie: «Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria». 7 vols. Se recopilan más de 100 trabajos dispersos y casi desconocidos que no aparecieron en la 1.ª edición; algunos de ellos inéditos.

3.ª Serie: «Orígenes de la Novela». 4 vols.

4.ª Serie: «Antología de Poetas Líricos Castellanos». 10 volúmenes. Nuevamente ordenada para su más fácil manejo en la siguiente forma: Estudio doctrinal sobre «La Poesía en la Edad Media»: vols. I, II y III. «Textos Poéticos Medievales»: vols. IV y V. «Tratado de los Romances Viejos»: vols. VI y VII. «Romancero»: vols. VIII y IX. «Boscán»: volumen X.

SECCIÓN HISTÓRICO-FILOSÓFICA

1.ª Serie: «Historia de los Heterodoxos Españoles». (Se han puesto a la venta).

Cada serie lleva su Índice de autores, títulos y materias, y al final de la Colección se recogerán y ordenarán todos en un Índice General.

Los miembros de la SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO, dirigiendo a ésta la petición, obtendrán un descuento del 25 por 100.

Suscripciones y pedidos a Biblioteca de Menéndez Pelayo. Santander.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

Revista trimestral de la Sociedad de Menéndez Pelayo

Dirección: Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander

SEÑORES SOCIOS

Abarca, Estanislao.
Abascal Berenguer, Gerardo. Santiago de Cuba.
Abascal Berenguer, Pedro. Habana.
Aguilera Maruri, Ceferino.
Aguilera Santiago, Ignacio.
Al-Andalus.
Alarcos, Emilio.
Albarrán, Gonzalo.
Albarrán Martínez de Tejada, Manuel.
Alcalde, José María G.
Alda-Tesán, Jesús Manuel.
Alén Carrera, José.
Alonso, Dámaso.
Alonso Cortés, Narciso.
Alonso Pagaza, Antonio.
Álvarez Delgado, Juan.
Álvarez Ruiz, Cipriano.
Álvarez de Simón, Enrique.
Amezúa, Agustín G. de.
Anales y Bol. de los Museos de Arte de Barcelona.
Anales de la Universidad Hispalense.
Anales de la Universidad de Murcia.
Anales de la Universidad de Santo Domingo.
Aragón Azlor, José de, Duque de Villahermosa.
Arce Fernández, Joaquín.
Archivo-Biblioteca de la Casa de Juntas, Guernica.
Archivo y Bibliotecas Municipales, Zaragoza.
Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona.
Archivo de la Chancillería, Granada.
Archivo de la Chancillería, Valladolid.
Archivo General, Simancas.
Archivo General de Indias, Sevilla.
Archivo Hispalense.
Archivo Ibero Americano.
Archivo de Prehistoria Levantina.
Archivo Regional de Galicia.
Archivo Regional de Mallorca.
Archivo Regional de Valencia.
Archivum Historicum S. J., Roma.
Areitio, Darío.
Areizaga, Adolfo de.
Argüeso, Manuel.
Arquer Civera, Francisco.
Artigas, Miguel, viuda de.
Artime, Rodrigo.
Astrana Marín, Luis.
Atenas.
Ateneo de Madrid.
Ateneo de Santander.
Aznar, Javier.
Bada Sánchez, Víctor.
Ballesteros, Pío.
Banco de Santander.
Baquero Goyanes, Mariano.
Barreda y Ferrer de la Vega, Fernando.
Barrio, Ladislao del.
Bedia Trueba, Vicente Diego.
Beltrán de Heredia y Castaño, Pablo.
Bello, Organización.
Berástegui, Vicente.
Berenguer Carisomo, Arturo.
Bermejo Sanz, Rafael.
Bibliografía Hispánica.
Biblioteca del Archivo Histórico Nacional.
Biblioteca del Archivo del Palacio Nacional.
Biblioteca del Cabildo Catedral, Santander.
Biblioteca Central, Barcelona.
Biblioteca del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, Zaragoza.
Biblioteca del Consejo de Estado.
Biblioteca del Conservatorio Nacional de Música.
Biblioteca de la Escuela de Arquitectura.
Biblioteca Especial de Orihuela.
Biblioteca «José María de Pereda», Torrelavega.
Biblioteca del Ministerio de Educación Nacional.
Biblioteca del Ministerio de Hacienda.
Biblioteca Municipal, San Sebastián.
Biblioteca Municipal, Valencia.
Biblioteca del Museo de América.
Biblioteca del Museo de Artes Decorativas.
Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional.
Biblioteca del Museo de Reproducciones Artísticas.
Biblioteca Nacional, Habana.
Biblioteca Nacional, Lisboa.
Biblioteca Nacional, Madrid.
Biblioteca del Palacio Nacional.
Biblioteca Popular, Granada.
Biblioteca Popular «Menéndez Pelayo», Madrid.
Biblioteca Popular, Mahón.
Biblioteca Popular, Salamanca.
Biblioteca Popular, Santiago de Compostela.
Biblioteca Popular, Valencia.
Biblioteca Popular (Escuela Industrias), Valencia.
Biblioteca Popular, Valladolid.
Biblioteca Popular, Zaragoza.
Biblioteca Pública, Albacete.
Biblioteca Pública, Alicante.
Biblioteca Pública, Almería.
Biblioteca Pública, Ávila.
Biblioteca Pública, Badajoz.
Biblioteca Pública, Burgos.
Biblioteca Pública, Cáceres.
Biblioteca Pública, Cádiz.
Biblioteca Pública, Castellón de la Plana.
Biblioteca Pública, Ciudad Real.
Biblioteca Pública, Córdoba.
Biblioteca Pública, Coruña.
Biblioteca Pública, Cuenca.
Biblioteca Pública, Gerona.
Biblioteca Pública, Gijón.
Biblioteca Pública, Guadalajara.
Biblioteca Pública, Huelva.
Biblioteca Pública, Huesca.
Biblioteca Pública, Jaén.
Biblioteca Pública, La Laguna.
Biblioteca Pública, León.
Biblioteca Pública, Lérida.
Biblioteca Pública, Logroño.
Biblioteca Pública, Málaga.
Biblioteca Pública, Murcia.
Biblioteca Pública, Orense
Biblioteca Pública, Palencia.
Biblioteca Pública, Palma de Mallorca.
Biblioteca Pública, Pontevedra.
Biblioteca Pública, Santa Isabel.
Biblioteca Pública, Santander.
Biblioteca Pública, Segovia.
Biblioteca Pública, Soria.
Biblioteca Pública, Tarragona.
Biblioteca Pública, Teruel.
Biblioteca Pública, Toledo.
Biblioteca Pública, Vitoria.
Biblioteca Pública, Zamora.
Biblioteca Pública Española, Tánger.
Biblioteca Pública Municipal, Cartagena.
Biblioteca Pública Municipal, Ferrol del Caudillo.
Biblioteca Pública Municipal, Vigo.
Biblioteca de la Real Academia de Bellas Artes.
Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
Biblioteca de la Real Academia Española.
Biblioteca de la Real Academia de la Historia.
Biblioteca del Seminario Diocesano, Vitoria.
Biblioteca de la Sociedad Económica Matritense.
Biblioteca Universitaria, Barcelona.
Biblioteca Universitaria, Granada.
Biblioteca Universitaria, Madrid.
Biblioteca Universitaria, Oviedo.
Biblioteca Universitaria, Salamanca.
Biblioteca Universitaria, Santiago de Compostela
Biblioteca Universitaria, Valencia.
Biblioteca Universitaria, Valladolid.
Biblioteca Universitaria, Zaragoza.
Bibliotheca Hispana.
Biblos. Coimbra.
Blackwell, Ltd. B. H. Oxford.
Blanco Valeiras, José.
Blecua, José Manuel.
Boletín de la Academia de Ciencias y Nobles Artes, Córdoba.
Boletín de la Academia Gallega, Coruña.
Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos, Valladolid.
Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos, Burgos.
Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos, Lugo.
Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos, Orense.
Boletín de Información del Instituto Nacional de Previsión, Madrid.
Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, Toledo.
Boletín de la Real Academia Española.

Boletín de la Real Academia de la Historia.
Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana, Palma de Mallorca.
Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura.
Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.
Botín, Emilio.
Botín Polanco, José.
Bringas Camino, Manuel.
Bulletín Hispanique.
Bustamante, Manuel.
Bustelo, Lina.
Cabal, Constantino.
Cabrero Mons, Antonio.
Cabrero Mons, José.
Cáceres, Francisco de.
Calabritto, Giovanni, Milano.
Calderón y G. de Rueda, Fernando.
Cámara de Comercio, Santander.
Cámara de la Propiedad Urbana, Santander.
Campo, Isidoro del.
Campuzano, Felipe.
Campuzano, José.
Cano, José Luis.
Cantera, Francisco.
Cardenal Iracheta, Manuel.
Carmelitas, RR. PP., Santander.
Carrasco, Juanita.
Casanueva, Eduardo.
Cascón, Miguel, S. J.
Casino de Madrid.
Castilla.
Ceano-Vivas, Nicolás de.
Centro Artístico de Granada.
Centro Coordinador de Bibliotecas de Asturias.
Centro Coordinador de Bibliotecas, Santander.
Centro de Estudios Montañeses, Santander.
Centro Montañés, Buenos Aires.
Cienfuegos, Casimiro.
Círculo de Recreo, Santander.
Cisneros.
Ciudad de Dios, La.
Clocchiatti, Emilio.
Club de Regatas, Santander.
Colegio «La Salle», Santander.
Colegio de Loyola, S. J., Azpeitia.
Colegio de Loyola, S. J., Cotocollao-Quito.
Colegio de S. Estanislao, S. J., Aranjuez.
Colegio de San Francisco Javier, S. J., Oña (Burgos.)
Colegio de S. Luis Gonzaga, Puerto de Santa María.
Colmenares, Ricardo; Conde de las Posadas.
College of Saint Teresa, Winona (E. U. A.).
Comisión Provincial de Monumentos, Santander.
Cook, W. Ch., Cork. (Irlanda).
Corcho Pila, Luis.
Cordero Arronte, Bernardino.
Córdova, Sixto.
Cortines Murube, Felipe.
Cossío, José María de.
Cruz Ulloa, Antonio.
Cruzado, Javier.
Cuadernos de Estudios Gallegos.
Cuadernos de Literatura Contemporánea.
Cultura Bíblica.
Darmouth College, Hanover (E. U. A.).
Díaz Bustamante, Fernando.
Díaz Caneja, Emilio.
Diego, Gerardo.
Diego, Sandalio, S. J.
Díez Ceballos, Víctor.
Díez Ferrerucla, Benigno.
Dominicos, RR. PP., Las Caldas.
Dorao y Díez-Montero, Alberto.
Echegaray, Bonifacio.
Echegaray, Fernando.
Eguía, Constancio, S. J.
Emérita.
Entrambasaguas, Joaquín de.
Escalante, Eugenio.
Escalante, Luis.
Escalante, Petronila.
Escuela de Artes y Oficios, Torrelavega.
Espina, Concha.
Espinosa, Aurelio M. Stanford University.
Etkin, Alberto M. Río Cuarto, (Argentina).
Ezquerra, José Luis.
Ezquerra Abadía, Ramón.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Literario, Argentina.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Granada.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Salamanca.
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.
Facultad de Letras, Sala Española. Coimbra.
Farinelli. Arturo. Torino.
Fenollera Velón, Francisco J.
Fernández, Luis, S. J.
Fernández Alvarez, Manuel.
Fernández Cobo, Gustavo.
Fernández Dosal, Felipe.
Fernández Pello, Prudencio.
Fernández Regatillo, Ramón.
Fernández Regatillo, viuda de José.
Fernández de la Torre, Vicente. Tánger.
Figueiredo, Fidelino de. Lisboa.
Fomento Social.
Fons, viuda de.
Galán Bustamante, María del Carmen.
Gamazo, José María.
García Alonso, Diego.
García Blanco, Manuel.
García Revillo, José.
García Rico y Compañía.
García de los Ríos, Eduardo.
García de los Ríos, Gonzalo.
García de los Ríos, José Lorenzo.
García de los Ríos, Luis.
García de los Ríos, Luis Jesús.
García Sanchiz, Federico.
García de la Torre, Rodrigo.
García Zalacaín, Pedro.
Gil Robles, José María. Estoril, (Portugal).
Gili Gaya, Samuel.
Giráldez y Riarola, Joaquín.
Gómez Acebo, Javier.
Gómez Aldalur, César.
Gómez Muñoz, Fernando.
Gómez Vega, José.
González Camino, Luis.
González de Castejón, Joaquín, Conde de Aybar.
González Domenech, Joaquín.
González Marañón, Jesús.
González Palencia, Ángel.
González del Valle, Martín, Marqués de la Vega de Anzo.
González Valledor, Antonio.
Gras Marrero, Rafael. Habana.
Güell, Eusebio, Vizconde de Güell.
Güell, Juan Claudio, Conde de Ruiseñada.
Gullón, Ricardo.
Gutiérrez, Ángel. Buenos Aires.
Gutiérrez, Jacinto.
Gutiérrez Mier, Santiago.
Gutiérrez Solar, Manuel.
Guzmán Carrancio, Julio.
Heras, Antonio. Los Ángeles (Cal.)
Hernández Mora, Juan.
Herrera Oria, Ilmo. Sr. D. Ángel, Obispo de Málaga.
Herrera de Pedro, Luis
Herreras, Domiciano.
Hispania, Madrid.
Hispania, Stanford University. (Cal.)
Horma, Juan de.
Huarte, Amalio.
Huidobro, Gabriel.
Huidobro, María.
Instituto «Caro y Cuervo», Bogotá.
Instituto Español, Lisboa.
Instituto Nacional de Enseñanza Media «Balmes».
Instituto Nacional de Enseñanza Media «M. Unamuno», Bilbao.
Instituto Nacional de Enseñanza Media, Granada.
Instituto Nacional de Enseñanza Media, «C. Cisneros». Madrid.
Instituto Nacional de Enseñanza Media, Orense.
Instituto Nacional de Enseñanza Media, Palencia.
Inst. Nac. de En. Med. Femenino. Salamanca.
Instituto Nacional de Enseñanza Media, San Sebastián.
Instituto Nacional de Enseñanza Media «Zorrilla».
Instituto Nacional de Enseñanza Media, Zamora.
Iñiguez, Mariano.
Iscar Peira, Fernando.
Itinerarium, Buenos Aires.
Jado, Ángel.
Juliá Martínez, Eduardo.
Jusué Mendicouague, Pedro de.
Lapesa, Rafael.
Lapuente, Alfredo.
Lasso de la Vega, Miguel, Marqués del Saltillo.
Letras. Lima (Perú).
Library of Congress-Washington.
Librería Beltrán.
Lomba y Pedraja, José Ramón.
Lombera Arce, Joaquín.
Longás y Bartibás, Pedro.
López Dóriga, José María.
Lostal, Feliciano.

Lumen (Habana).
Llimona, Juan.
Llorente y Paggi, Ángel.
Macho Quevedo, José.
Martín Sánchez, Fernando.
Maruri Gregorisch, José Luis.
Mateo de Celis, Regino.
Mateo Ortega, Isidro.
Matorras, Emilio.
Maura Gamazo, Gabriel, Duque de Maura.
Maza Solano, Tomás.
Mazarrasa, Agustín.
Mazarrasa, Carlos.
Mazarrasa, Juan Manuel.
Mazarrasa y Bilbao, Adolfo.
Mediterráneo.
Menéndez Boneta, viuda de M.
Menéndez Pidal, Ramón.
Menéndez Reigadas, Fray Albino, O. P.
Merino Tapia, Gregorio.
Michels, Ralph. S. Francisco (Cal.)
Miranda del Hoyo, Germán.
Miscelánea Comillas.
Modern Philology. Chicago.
Molina, Rodrigo, O. F. M. (Washington).
Montero de la Puente, Lázaro.
Montes Álava, Pablo.
Montoto, Santiago.
Morales, Mariano.
Morales Oliver, Luis.
Morán, César, O. S. A.
Muñoz Alonso, Adolfo.
Muñoz, Luis.
Museo Arqueológico, Badajoz.
Museo Arqueológico, Barcelona.
Museo Arqueológico, Burgos.
Museo Arqueológico, Cádiz.
Museo Arqueológico, Córdoba.
Museo Arqueológico, Gerona.
Museo Arqueológico, Granada.
Museo Arqueológico, (Alhambra).
Museo Arqueológico, Huesca.
Museo Arqueológico, Ibiza.
Museo Arqueológico, León.
Museo Arqueológico, Mérida.
Museo Arqueológico, Murcia.
Museo Arqueológico, Orense.
Museo Arqueológico, Palencia.
Museo Arqueológico, Sevilla.
Museo Arqueológico, Soria.
Museo Arqueológico, Tarragona.
Museo Arqueológico, Toledo.
Museo Arqueológico, Valladolid.
Museo Arqueológico, Villanueva y Geltrú
Museo Canario.
Museo de Pontevedra.
Música Sacra Española.
Nárdiz Pombo, Francisco de.
Nicholson, Helen S. Tucson (Ariz.)
Nijhoff, N. V. Martinus. Gravenhage (Holanda).
Noriega, Celestino.
Ocháran Aburto, Luis.
Odriozola, Antonio.
Oliveros, Wenceslao G.
Oria Puente, María.
Oriol, José Luis.
Ortiz, Aurelio.
Ortiz Dou, Anselmo.
Ortiz de la Torre, Eduardo.
Otero, Amparo.
P. M. L. A. New York.
Pardo Gutiérrez de la Torre, Ángel.
Peers, E. Allison. Liverpool.
Peláez, Ángel.
Pelayo, María Luisa, Marquesa de Pelayo.
Pensamiento.
Pereda, Vicente de.
Pereda Aparicio, Fernando.
Peredo Vallina, Adolfo.
Perés, Ramón D.
Pérez Bustamante, Ciriaco.
Pérez Bustamante, José.
Pérez Delgado, Guillermo Servando.
Pérez Herrera, Carlos.
Pérez Urbel, Justo, O. S. B.
Pirineos.
Pombo Cortiguera, Carlos.
Porter, José.
Posada Curros, José G.
Príncipe de Viana.
Pulgar, Pedro.
Quijano, José Antonio.
Quijano, Juan José, viuda de.
Quijano, Miguel.
Quijano, Ramón.
Ramírez, Alfonso F. México.
Ranero, José.
Razón y Fe.
Real de la Riva, César.
Redonet y López Dóriga, Luis.
Revilla de la Cañada, Marqués de.
Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo, Madrid.
Revista Cubana. Habana.
Revista Chilena de Historia y Geografía. S. de Chile.
Revista de Dialectología.
Revista Española de Pedagogía.
Revista de Estudios Extremeños.
Revista de Estudios Hispánicos, Puerto Rico.
Revista de Filología Española.
Revista Hispánica Moderna, New York.
Revista de Historia, La Laguna.
Revista de Indias.
Revista de las Indias, Bogotá.
Revista Internacional de Sociología.
Revista de Menorca.
Riancho, Aníbal.
Riancho Mazo, Javier.
Ribalaygua Mendicouague, Jesús.
Ribalaygua Mendicouague, Pedro
Rodríguez, José.
Rodríguez Amaya, Esteban.
Rodríguez Aniceto, Cipriano.
Rodríguez Spiteri, Carlos.
Roiz de la Parra, Gabriel.
Romero Raizábal, Ignacio.
Royo, José.
Rubió y Balaguer, Jorge.
Ruigómez Bolívar, Alfredo.
Ruiz de Huidobro, Luis.
Ruiz Zorrilla, Luis.
Sáinz Rodríguez, Pedro.
Saitabí.
Sáiz Antomil, Miguel A.
Sánchez, Fermín.
Sánchez, José Rogerio.
Sánchez Losada, Joaquín.
Sánchez Maza, Trinidad.
Sánchez Reyes, Enrique.
Sancho Sala, Esteban.
Santa Cruz.
Santander, Iltmo. Sr. Obispo de.
Sefarad.
Seminario de Arte Aragonés.
Serrano Castilla, Francisco.
Serrano Puente, Vicente.
Siguán, Miguel.
Simón Cabarga, José.
Simón Fernández, Benito.
Smith College, Northampton, E. U. A.
Sociedad Bilbaína.
Sojo y Lomba, Fermín de.
Solana, Marcial.
Solvay y Compañía.
Suárez. Victoriano.
Suárez, Carlos B. Bragado (Argentina).
Talleres Tipográficos J. Martínez.
Tamayo, Juan Antonio.
Tamés García, María Teresa.
Teira Herrero, Gabino.
Toledo, Augusto. Barranquilla.
Torre Velarde, Conde de.
Torroja, José María.
Turola, Filippo. Padova.
Universidad.
Universitetsbibliotek, Uppsala. (Suecia)
Universidades de E. U. A.:
Brown University, Providence.
Ohio State University, Columbus.
State University of Iowa, Iowa City.
Yale University, New Haven.
University of California, Berkeley.
University of California, Los Ángeles.
University of Chicago, Chicago.
University of Indiana, Bloomington.
University of Kansas, Lawrence.
University of Michigan, Ann Arbor.
University of Minnesota, Minneapolis.
University of Missouri, Columbia.
University of North Carolina. Chapel Hill.
University of Pennsylvania, Philadelphia.
University of Princeton, Princeton.
University of Toronto (Canadá).
Urigüen, Luis.
Urquijo, Julio.
Usandizaga, Manuel.
Uzcudun, José.
Valle Cillero, Fernando, SS. CC.
Vallina Palacios, Antonio.
Vega, Francisco Arturo de la.
Velasco, Gonzalo.
Velasco Nespral, Joaquín.
Viñas, Aurelio. París.
Wellesley College, Wellesley. (E. U. A.)
Zamanillo, José Luis.

M. Menéndez y Pelayo